

Diarios de Campaña

Por

José Martí

Freeditorial 

DE MONTE CRISTI A CABO HAITIANO

Mis niñas:

Por las fechas arreglen esos apuntes, que escribí para ustedes, con los que les mandé antes. —No fueron escritos sino para probarles que día por día, a caballo y en la mar, y en las más grandes angustias que pueda pasar hombre, iba pensando en ustedes.

14 de Febrero

Las seis y media de la mañana serían cuando salimos de Montecristi el General, Collazo y yo, a caballo para Santiago: Santiago de los Caballeros, la ciudad vieja de 1507. Del viaje, ahora que escribo, mientras mis compañeros seestean, en la casa pura de Nicolás Ramírez, solo resaltan en mi memoria unos cuantos árboles, —unos cuantos caracteres, de hombre o de mujer —unas cuantas frases. La frase aquí es añeja, pintoresca, concisa, sentenciosa: y como filosofía natural. El lenguaje común tiene de base el estudio del mundo, legado de padres a hijos, en máximas finas, y la impresión pueril primera. Una frase explica la arrogancia innecesaria y cruda del país: —“Si me traen (regalos, regalos de amigos y parientes a la casa de los novios) me deprimen, porque yo soy el obsequiado.” Dar, es de hombre; y recibir, no. Se niegan, por fiereza, al placer de agradecer. Pero en el resto de la frase está la sabiduría del campesino: —“Y si no me traen, tengo que matar las gallinitas que le empiezo a criar a mi mujer.” El que habla es bello mozo, de pierna larga y suelta, y pies descalzos, con el machete siempre en puño, y al cinto el buen cuchillo, y en el rostro terroso y febril los ojos sanos y angustiados. Es Arturo, que se acaba de casar, y la mujer salió a tener el hijo donde su gente de Santiago. De Arturo es esta pregunta: “¿Por qué si mi mujer tiene un muchacho dicen que mi mujer parió, —y si la mujer de Jiménez tiene el suyo dicen que ha dado a luz?” —Y así, por el camino, se van recogiendo frases. A la moza que pasa, desgoznada la cintura, poco al seno el talle, atado en nudo flojo el pañuelo amarillo, y con la flor de campeche al pelo negro: —“¡Qué buena está esa pailita de freír para mis chi— charranes!” A una señorona de campo, de sortija en el guante, y pendientes y sombrilla, en gran caballo moro, que en malhora casó a la hija con un musié de letras inútiles, un orador castelaruno y poeta zorrillesco, una “luz increada, y una “sed de ideal inextingible,” —el marido, de sombrero de manaca y zapatos de cuero, le dice, teniéndole el estribo: “Lo que te dije, y tú no me quisiste oír: “Cada peje en su agua.”

A los caballos les picamos el paso, para que con la corrida se refresquen, mientras bebemos agua del río Yaque en casa de Eusebio; y el General dice esta frase, que es toda una teoría del esfuerzo humano, y de la salud y

necesidad de él: —“El caballo se baña en su propio sudor.”— Eusebio vive de puro hombre: lleva amparada de un pañuelo de cuadros azules la cabeza vieja, pero no por lo recio del sol, sino porque de atrás, de un culatazo de fusil, tiene un agujero en que le cabe medio huevo de gallina, y sobre la oreja y a media frente, le cabe el filo de la mano en dos tajos de sable: lo dejaron por muerto. “¿Y Don Jacinto, está ahí?” Y nuestros tres caballos descansan de quijadas en la cerca. Se abre penosamente una puerta, y allí está Don Jacinto; aplanado en un sillón de paja, con un brazo flaco sobre el almohadón atado a un espaldar, y el otro en alto, sujeto por los dos lazos de una cuerda nueva que cuelga del techo; contra el ventanillo reposa una armazón de catre, con dos clavijas por tuercas: el suelo, de fango seco, se abre a grietas: de la mesa a la puerta están en hilera, apoyadas de canto en el suelo, dos canecas de ginebra, un pomo vacío, con tapa de tusa: la mesa, coja y polvosa, está llena de frascos, de un inhalador, de un pulverizador, de polvos de asma. A Don Jacinto, de perfil rapaz, le echa adelante las orejas duras el gorro de terciopelo verde: a las sienes lleva parches: el bigote, corvo y pesado, se le cierra en la mosquilla: los ojos ahogados se le salen del rostro, doloroso y fiero: las medias son de estambre de color de carne, y las pantuflas desteñidas, de estambre roto. —Fue prohombre, y general de fuego: dejó en una huida confiada a un compadre la mujer, y la mujer se dio al compadre: volvió él, supo, y de un tiro de carabina, a la puerta de su propia casa, le cerró los ojos al amigo infiel. “¡Y a ti, adiós!: no te mato, porque eres mujer.” Anduvo por Haití, entró por tierra nueva, se le juntó la hija lozana de una comadre del rincón, y entra a besarnos, tímida, una hija linda de ocho años, sin medias, y en chancletas. —De la tienda, que da al cuarto, nos traen una botella, y vasos para el romo.

Don Jacinto está en pleitos: tiene tierras, —y un compadre, —el compadre que lo asiló cuando iba huyendo del carabinazo, —le quiere pasear los animales por la tierra de él. “Y el mundo ha de saber que si me matan, el que me mató fue José Ramón Pérez. —Y que a mí no se me puede decir que él no paga matadores: porque a mí vino una vez a que le buscara por una onza un buen peón que le balease a Fulano: y otra vez tuvo que matar a otro, y me dijo que había pagado otra onza.” —“¿Y el que viene aquí, Don Jacinto, todavía se come un alacrán?” Esto es: se halla con un bravo: se topa con un tiro de respuesta. —Y a Don Jacinto se le hinchan los ojos, y le sube el rosado enfermizo de las mejillas: “Sí”, dice suave, y sonriendo. Y hunde en el pecho la cabeza. Por la sabana de aromas y tunas—, cómoda y seca, llegamos, ya a la puesta, al alto de Villalobos, a casa de Nené, la madraza del poblado, la madre de veinte o más crianzas, que vienen todas a la novedad, y le besan la mano. “Utedes me dipensen”, dice al sentarse junto a la mesa a que comemos, con rom y café, el arroz blanco y los huevos fritos: “pero toito ei día e stao en ei conuco jalando ei machete.” El túnico es negro, y lleva pañuelo a la cabeza. El poblado todo de Peña la respeta. Con el primer sol salimos del alto, y por entre

cercados de plátano o maíz, y de tabaco o yerba, llegamos, echando por un trillo, a Laguna Salada, la hacienda del General: a un codo del patio, un platanal espeso: a otro, el boniatol: detrás de la casa, con cuatro cuartos de frente, y de palma y penca, está el jardín, de naranjos y adornapattios, y, rodeada de lirios, la cruz, desnuda y grande, de una sepultura. Mercedes, mulata dominicana, de vejez limpia y fina, nos hace, con la leña que quiebra en la rodilla su haitiano Albonó, el almuerzo de arroz blanco, pollo con llerén, y boniato y aullama: al pan, prefiero el casabe, y el café pilado tiene, por dulce, miel de abeja. En el peso del día conversamos, de la guerra y de los hombres, y a la tarde nos vamos a la casa de Jesús Domínguez, padre de muchas hijas, una de ojos verdes, con cejas de arco fino, y cabeza de mando, abandonado el traje de percal carmesí, los zapatos empolvados y vueltos, y el paraguas de seda, y al pelo una flor: —y otra hija, rechoncha y picante, viene fumando, con un pie en media y otro en chancleta, y los diez y seis años del busto saliéndosele del talle rojo: y a la frente, en el cabello rizo, una rosa.

“Don Jesús” viene del conuco, de quemarle los gusanos al tabaco, “que da mucha briega”, y recostado a la puerta de su buena casa, habla de sus cultivos, y de los hijos que vienen con él de trabajar, porque él quiere “que los hijos sean como él”, que ha sido rico y luego no lo ha sido, y cuando se le acaba la fortuna sigue con la cabeza alta, sin que le conozca nadie la ruina, y a la tierra le vuelve a pedir el oro perdido, y la tierra se lo da: porque el minero tiene que moler la piedra para sacar el oro de ella, —pero a él la tierra le da “el oro jecho, y el peso jecho.” Y para todo hay remedio en el mundo, hasta para la mula que se resiste a andar, porque la resistencia no es sino con quien sale a viaje sin el remedio, que es un limón o dos, que se le exprime y frota bien en las uñas a la mula, —“y sigue andando.” En la mesa hay pollo y frijoles, y arroz y viandas, y queso del Norte, y chocolate. —Al otro día por la mañana, antes de montar para Santiago, Don Jesús nos enseña un pico roído, que dice que es del tiempo de Colón, y que lo sacaron de la Esperanza, “de las excavaciones de los indios, “cuando la mina de Bulla: ya le decían “Bulla” en tiempo de Colón, porque a la madrugada se oía de lejos el rumor de los muchos indios, al levantarse para el trabajo. Y luego Don Jesús trae una buena espada de taza, espada vieja castellana, con la que el General, puesto de filo, se guarda el cuerpo entero de peligro de bala, salvo el codo, que es lo único que deja afuera la guardia que enseñó al General su maestro de esgrima. —La hija más moza me ofrece tener sembradas para mi vuelta seis matas de flores. —Ni ella siembra flores, ni sus hermanos, magníficos chicuelos, de ojos melosos y pecho membrudo, saben leer. Es la Esperanza, el paso famoso de Colón, un caserío de palma y yaguas en la explanada salubre, cercado de montes. “La Providencia” era el nombre de la primer tienda, allá en Guayubín, la del marido puertorriqueño, con sus libros amarillos de medicina vejancona, y su india fresca, de perfil de marfil, inquieta sonrisa, y ojos llameantes: la que

se nos acercó al estribo, y nos dio un tabaco. “La Fe” se llama la otra tienda, la de Don Jacinto. Otra, cerca de ella, decía en letras de tinta, en una yagua: “La Fantasía de París.” Y en Esperanza nos desmontamos frente a “La Delicia”. — De ella sale, melencólico y zancón, a abrirnos su talanquera, “a abrirnos la pueita” del patio para las monturas, el general Candelario Lozano. No lleva medias, y los zapatos son de vaqueta. El cuelga la hamaca; habla del padre, que está en el pueblo ahora, “a llevarse los cuaitos de las confirmaciones”; nos enseña su despacho, pegado en cartón, de general de brigada, del tiempo de Báez; oye, con las piernas colgantes en su taburete reclinado, a su Ana Vitalina, la niña letrada, que lee de corrido, y con desembarazo, la carta en que el ministro exhorta al general Candelario Lozano a que continúe “velando por la paz”, y le ofrece llevarle, “más tarde” la silla que le pide. El vende cerveza, y tiene de ella tres medías, “poique no se vende má que cuando viene ei padre”. Él nos va a comprar romo. —Allá, un poco lejos, a la caída del pueblo, están las ruinas del fuerte de la Esperanza, de cuando Colón, —y las de la primera ermita. De la Esperanza, a marcha y galope, con pocos descansos, llegamos a Santiago en cinco horas. El camino es ya sombra. Los árboles son altos. —A la izquierda, por el palmar frondoso, se le sigue el cauce al Yaque. Hacen arcos, de un borde a otro, las seibas potentes. Una, de la raíz al ramaje, está punteada de balas. A vislumbres se ve la vega, como chispazo o tentación de serena hermosura, y a lo lejos el azul de los montes. De lo alto de un repecho, ya al llegar la ciudad, se vuelven los ojos, y se ve el valle espeso, y el camino que a lo hondo se escurre, a dar ancho a la vega, y el montío leve al fondo, y el copioso verdor: que en luengo hilo marca el curso del Yaque.

14 de Febrero.

Es Santiago de los Caballeros, y la casa de yagua y palma de Nicolás Ramírez, que de guajiro insurrecto se ha hecho médico y buen boticario: y enfrente hay una casa como pompeyana, mas sin el color, de un piso corrido, bien levantado sobre el suelo, con las cinco puertas, de ancho marco tallado, al espacioso colgadizo, y la entrada a un recodo, por la verja rica, que de un lado lleva por la escalinata a todo el frente, y del fondo, por una puerta de agraciado medio punto, lleva al jardín, de rosas y cayucos: el cayuco es el cactus: —las columnas, blancas y finas, del portal, sustentan el friso, combo y airoso. Los soldados, de dril azul y quepis, pasan relucientes, para la misa del templo nuevo, con la bandera de seda del Batallón del Yaque. Son negros los soldados, y los oficiales: mestizos o negros. El arquitecto del templo es santiaguero, es Onofre de Lora—: la puerta principal es de la mano cubana de Manuel Boitel.

Manuel Boitel vive a la otra margen del río. Paquito Borrero, con su cabeza santa y fina, como la del San Francisco de Elcano, busca el vado del río en su caballo blanco, con Collazo atrás, en el melado de Gómez. Gómez y

yo aguardamos la balsa, que ya viene, y se llama “La Progresista”. Remontamos la cuesta, y entramos por el batey limpio de Manuel Boitel. De allí se ve a la otra ribera, que en lo que sube del río es de veredas y chozas, y al tope el verde oscuro, por donde asoman las dos torres y el cimborrio del templo blanco y rosado, y a lo lejos, por entre techos y lomas, el muro aspillado y la torre de bonete del “reducto patriótico,” de la fortaleza de San Luis. En la casita, enseña todo la mano laboriosa: esta es una carreta de juguete, que a poco subirá del río cargada de vigas, aquel es un faetón, amarillo y negro, hecho todo, a tuerca y torno, por el hábil Boitel, allí el perro sedoso, sujeto a la cadena, guarda echado la puerta de la casa pulcra. En la mesa de la sala, entre los libros viejos, hay una biblia protestante, y un tratado de Apicultura. De las sillas y sillones, trabajados por Boitel, vemos, afuera, el sereno paisaje, mientras Collazo lo dibuja. La madre nos trae merengue criollo. El padre está en el aserradero. El hijo mayor pasa, arreando el buey, que hala de las vigas. El jardín es de albahaca y guacamaya, y de algodón y varita de San José. Cogemos flores, para Rafaela, la mujer de Ramírez; con sus manos callosas del trabajo, y en el rostro luminoso el alma augusta: —No menos que augusta: —Es leal, modesta y tierna. —El sol enciende el cielo, por sobre el monte oscuro. Corre ancho y claro el Yaque.

Me llevan, aún en traje de camino, al “Centro de Recreo”, a la sociedad de los jóvenes. Rogué que desistiesen de la fiesta pública y ceremoniosa con que me querían recibir; y la casa está como de gala, pero íntima y sencilla. La buena juventud aguarda, repartida por las mesas. El gentío se agolpa a las puertas. El estante está lleno de libros nuevos. Me recibe la charanga, con un vals del país, fácil y como velado, a piano y flauta, con güiro y pandereta. Los “mamarrachos” entran, y su música con ellos: las máscaras, que salen aquí de noche, cuando ya anda cerca el carnaval: —sale la tarasca, tragándose muchachos, con los gigantones. El gigante iba de guantes, y Máximo, el niño de Ramírez, de dos años y medio, dice que “el gigante trae la corbata en las manos”. —En el centro fue mucha y amable la conversación: de los libros nuevos, del país, —del cuarto libre de leer, que quisiera yo que abriese la sociedad, para los muchachos pobres, —de los maestros ambulantes, los maestros de la gente del campo, que en un artículo ideé, hace muchos años, y puso por ley, con aplauso y arraigo, el gobierno dominicano, cuando José Joaquín Pérez, en la presidencia de Billini. Hablamos de la poquedad, y renovación regional, del pensamiento español: de la belleza y fuerza de las obras locales: del libro en que se pudieran pintar las costumbres y juntar las leyendas, de Santiago, trabajadora y épica. Hablamos de las casas nuevas de la ciudad, y de su construcción apropiada, de aire y luz.

Oigo este cantar:

“El soldado que no bebe

Y no sabe enamorar,
¿Qué se puede esperar de él
Si lo mandan avanzar?”

14 de Febrero

—Nos rompió el día, de Santiago de los Caballeros a la Vega, y era un bien de alma, suave y profundo, aquella claridad. A la vaga luz, de un lado y otro del ancho camino, era toda la naturaleza americana: más gallardos pisaban los caballos en aquella campiña floreciente, corsada de montes a lo lejos, donde el mango frondoso tiene al pie la espesa caña: el mango estaba en flor, y el naranjo maduro, y una palma caída, con la mucha raíz de hilo que la prende aún a la tierra, y el coco, corvo del peso, de penacho áspero, y el seibo, que en el alto cielo abre los fuertes brazos, y la palma real. El tabaco se sale por una cerca, y a un arroyo se asoman caimitos y guanábanos. De autoridad y fe se va llenando el pecho. La conversación es templada y cariñosa. —En un ventorro nos apeamos, a tomar el cafecito y un amargo: Rodeado de oyentes está, en un tronco, un haitiano viejo y harapiento, de ojos grises fogosos, un lío mísero a los pies, y las sandalias desflecadas. Le converso, a chorro, en un francés que lo aturde, y él me mira, entre fosco y burlón. Calló, el peregrino, que con su canturria dislocada tenía absorto al gentío. Se le ríe la gente: ¿con que otro habla, y más aprisa que el Santo, la lengua del Santo. —“¡Mírenlo, y él que estaba aquí como Dios en un platanar! —“Como la yuca éramos nosotros, y él era como el guayo.” Carga el lío el viejo, y echa a andar, comiéndose los labios: a andar, al Santo Cerro. —De las paredes de la casa está muy oronda la ventorrillera, por los muñecos deformes que el hijo les ha puesto, con pintura colorada. Yo, en un rincón, le dibujo, al respaldo de una carta inútil, dos cabezas, que mira él codicioso. Está preso el marido de la casa: es un político.

15 de Febrero.

Soñé que, de dos lanzas que había, sobre la lanza oxidada no daba luz el sol, y era un florón de luz, y estrella de llamas, la lanza bruñida. Del alma perezosa, no se saca fuego— Y admiré, en el batey, con amor de hijo, la calma elocuente de la noche encendida, y un grupo de palmeras, como acostada una en la otra, y las estrellas, que brillaban sobre sus penachos. Era como un aseo perfecto y súbito, y la revelación de la naturaleza universal del hombre. — Luego, ya al mediodía, estaba yo sentado, junto a Manuelico, a una sombra del batey. Pilaban arroz, a la puerta de la casa, la mujer y una ayuda: y un gallo pica los granos que saltan. —“Ese gallo, cuidao, que no lo dejen comer arroz, que lo afloja mucho.” Es gallero Manuelico y tiene muchos, amarrados a estacas, a la sombra o al sol. Los “solean” para que “sepan de calor,” para que “no se ahoguen en la pelea”, para que “se maduren”: “ya sabiendo de calor, aunque corra no le hace”. “Yo no afamo ningún gallo, por bueno que sea: el

día que está de buenas, cualquier gallo es bueno. El que no es bueno, ni con carne de vaca. Mucha fuerza que da al gallo, la carne de vaca. El agua que se les da es leche; y el maíz, bien majado. El mejor cuidado del gallo, es ponerlo a juchar, y que esté donde escarbe; y así no hay gallo que se tulla.” Va Manuelico a mudar de estaca a un giro, y el gallo se le encara, erizado el cuello, y le pide pelea. —De la casa traen café, con anís y nuez moscada.

19 de Febrero.

De Ceferina Chaves habla todo el mundo en la comarca: suya es la casa graciosa, de batey ancho y jardín, y caserón a la trasera, donde en fina sillería recibe a los viajeros de alcurnia, y les da a beber, por mano de su hija, el vino dulce: ella compra a buen precio lo que la comarca da, y vende con ventaja, y tiene a las hijas en colegios finos, a que vengan luego a vivir, como ella, en la salud del campo, en la casa que señorea, con sus lujos y hospitalidad, la pálida región: de Ceferina, por todo el contorno, es la fama y el poder. Nos paramos a una cerca, y viene de lo lejos de su conuco, por entre sus hombres que le cogen el tabaco. A la cerca se acoda, con unas hojas en la mano seca y elegante, y habla con idea y soltura, y como si el campo libre fuera salón, y ella la dueña natural de él. El marido, se enseña poco, o anda en quehaceres suyos: Ceferina, que monta con guantes y prendas cuando va de pueblo, es quien de ama propia, y a brío de voluntad, ha puesto a criar la tierra ociosa, a tenderse al buniatal, a cuajarse el tabaco, a engordar el cerdo: Casará la hija con letrado: pero no abandonará el trabajo productivo, ni el orgullo de él. El sillón, junto al pilón. En la sala porcelanas, y al conuco por las mañanas. “Al pobre, algo se ha de dejar, y el dividivi de mis tierras, que los pobres se lo lleven”. Su conversación, de natural autoridad, fluye y chispea. La hija suave, con el dedal calzado, viene a damos vino fresco: sonrío ingenua, y habla altiva, de injusticias o esperanzas: me da a hurtadillas el retrato de su madre que le pido: la madre está diciendo, en una mecida del sillón: “Es preciso ver si sembramos hombres buenos.”

18 de Febrero

Y vamos conversando, de la miel de limón, que es el zumo, muy hervido, que cura las úlceras tenaces; del modo moro, que en Cuba no se conoció, de estancarse la herida con puñados de tierra; de la guacaica, que es pájaro gustoso, que vive de gusanos, y da un caldo que mueve al apetito; de la miel de abeja, “mejor que el azúcar, que fue hecha para el café.” “El que quiera alimento para un día, exprima un panal que ya tenga pichones, de modo que salga toda la leche del panal, con los pichones revueltos en la miel. Es vida para un día, y cura de excesos.” —“A Carlos Manuel le vi yo hacer una vez, a Carlos Manuel Céspedes, una cosa que fue de mucho hombre: coger un panal vivo es cosa fácil, porque las avispa son de olfato fino, y con pasarse la mano por la cuenca del brazo sudorosa, ya la avispa se aquieta, del despego al olor

acre, y deja que la muden, sin salir a picar. Me las quise dar de brujo, en el cuarto de Carlos Manuel, ofreciéndome a manejar el panal; y él me salió al paso: “Vea, amigo: si esto se hace así.” Pero parece que la medicina no pareció bastante poderosa a las avispas, y vi que dos se le clavaron en la mano, y él, con las dos prendidas, sacó el panal hasta la puerta, sin hablar de dolor, y sin que nadie más que yo le conociera las punzadas de la mano.

18 de Febrero.

A casa de Don Jesús vamos a la cena, la casa donde vi la espada de taza del tiempo de Colón, y la azada vieja, que hallaron en las minas, la casa de las mocetonas que regañé porque no sembraban flores, cuando tenían tierra de luz y manos de mujer, y largas horas de ocio. De burdas las acusó aquel día un viajero, y de que no tenían alma de flor. —Y ahora ¿qué vemos? Sabían de nuestra vuelta, y Joaquina, que rebosa de sus dieciocho años, sale al umbral, con su túbano encendido entre dos dedos, y la cabeza cubierta de flores: por la frente le cae un clavel, y una rosa le asoma por la oreja: sobre el cerquillo tiene un moño de jazmines: de geranios tiene un mazo a la nuca, y de la flor morada del guayacán. La hermana está a su lado, con un penacho de rosas amarillas, en la cabellera cogida como tiesto, y bajo la fina ceja los dos ojos verdes. Nos apeamos, y se ve la mesa, en un codo de la sala, ahogada de flores: en vasos y tazas, en botellas y fuentes; y a lo alto, como orlando un santo, en dos pomos de aceitunas, dos lenguas de vaca, de un verde espeso y largo, con cortes acá y allá, y en cada uno un geranio.

2 de Marzo

Salimos de Dajabón, del triste Dajabón, último pueblo dominicano, que guarda por el Norte la frontera. Allí tengo a Montesinos, el canario volcánico, guanche aún por la armazón y rebeldía, que desde que lo pusieron en presidio, cuando estaba yo, ni favor ni calor acepta de mano española. Allí vive “Toño” Calderón, de gran fama de guapo, que cuando pasé la primer vez, en su tiempo de Comandante de armas, me hizo apear, a las pocas palabras, del arrenquín en que ya me iba a Montecristi, y me dio su caballo melado, el caballo que a nadie había dado a montar, “el caballo que ese hombre quiere más que a su mujer”: “Toño” de ojos grises, amenazantes y misteriosos, de sonrisa insegura y ansiosa, de paso velado y cabellos lacios y revueltos. Allí trabaja, como a nado y sin rumbo, el cubano Salcedo, médico sin diploma, —“mediquín, como decimos en Cuba”, —azorado en su soledad moral; azotado, en su tenacidad inútil; vencido, con su alma suave, en estos rincones, de charlatán y puño: la vida, como los niños, maltrata a quien la teme, —y respeta y obedece a quien se le encara: Salcedo, sin queja ni lisonja, —porque me oye decir que vengo con los pantalones deshechos, —me trae los mejores suyos, de dril fino azul, con un remiendo honroso: me deslía con su mano, largamente, una dosis de antipirina: y al abrazarme, se pega a mi corazón. Allí, entre Pancho y Adolfo,

— Adolfo, el hijo leal de Montesinos, que acompaña a su padre en el trabajo humilde, me envuelven capa y calzones en un maletín improvisado, me ponen para el camino el ron que se beberá la compañía, y pan puro, y un buen vino, áspero y sano, del Piamonte: y dos cocos. A caballo, en la silla de Montesinos, sobre el potro que él alquiló a un “compadre” del general Corona: “Ya el general está aquí, que es ya amigo”, “por la mira que nos hemos echado”: panamá ancho, flus de dril, quitasol con puño de hueso: buen trigueño, de bigote y patillas guajiras. A caballo, al primer pueblo haitiano, que se ve de Dajabón, a Ouanaminthe.

Se pasa el río Massacre, y la tierra florece. Allá las casas caídas, y un patio u otro, y el suelo seco, o un golpe de árboles, que rodea al fuerte de Bel Air, de donde partió, cuando la independencia, el disparo que fue a tapar la boca del cañón de Haití: y acá, en la orilla negra, todo es mango en seguida, y guanábana y anón, y palma, y plátano, y gente que va y viene: en un sombrero, con su montón de bestias, hablan, al pie mismo del vado, haitianos y dominicanos: llegan bajando, en buenas monturas, los de Ouanaminthe, y otro de más lejos, y un chalán del Cabo: sube, envuelta en un lienzo que le ciñe el tronco redondo, una moza quinceña: el lienzo le coge el seno, por debajo de los brazos y no baja del muslo: de la cabeza, menuda y crespuda, le salen; por lia nuca, dos moños, [...]: va cantando. “Bon jour, conmère”, “Bon jour, compère”: es una vieja descalza, de túnico negro, muy cogido a la cintura, que va detrás del burro, con su sombrero quitasol, [...]: es una mocetona, de andar cazador, con la bata morada de cola, los pechos breves y altos, la manta negra por los hombros, y a la cabeza el pañolón blanco de puntas—. Ya las casas no son de palma y yagua, leprosas y polvosas; sino que es limpio el batey, lleno de árboles frutales, y con cerca buena, y las casas son de embarrado sin color, de su pardo natural, grato a los ojos, con el techo de paja, ya negruzca de seca, y las puertas y ventanas de tabla cepillada, con fallebas sólidas, —o pintadas de amarillo, con borde ancho de blanco a las ventanas y puertas. Los soldados pasan, en el ejercicio de la tarde, bajos y largirutos, enteros y rotos, azules o desteñidos, con sandalias o con botines, el quepis a la nariz, y la bayoneta calada: marchan y ríen: un cenagal los desbanda, y rehacen la hilera alborotosos. Los altos uniformes ven desde el balcón. —El cónsul dominicano pone el visto bueno al pasaporte, “para continuar, debiendo presentarse a la autoridad local”, —y me da una copa de vino de Garnacha. —Corona llega caracoleando: quitaipón de fieltros, y de la cachucha consular: salimos con el oro de la tarde.

1 de Marzo

Ouana Minthe, el animado pueblo fronterizo, está alegre, porque es sábado, y de tarde. Otra vez lo vi, cuando mi primera entrada en Santo Domingo: me traía deprisa, en lo negro de la tormenta, el mozo haitiano que

me fue hablando de su casita nueva, y el matrimonio que iba a hacer con su enamorada, y de que iba a poner cortinas blancas en las dos ventanas de la sala: y yo le ofrecí las cintas. Sin ver, de la mucha agua, y de la oscuridad del anochecer, entramos aquella vez en Ouanaminthe con los caballos escurridos, yo a la lluvia, y mi mozo bajo el quitasol de Dellundé. A la guardia fuimos, buscando al Comandante de Armas, para que refrendase los pasaportes.

Y eso fue cuanto entonces vi de Ouanaminthe: el cuarto de guardia, ahumado y fangoso, con teas por luz, metidas en las grietas de la pared, un fusil viejo cruzado a la puerta, hombres mugrientos y descalzos que entraban y salían, dando fumadas en el tabaco único del centinela, y la silla rota que por especial favor me dieron, cercada de oyentes. Hablaban el criollo del campo, que no es el de la ciudad, más fácil y francés, sino crudo, y con los nombres indios o africanos. Les dije de guerra, y de nuestra guerra, e iba cayendo la desconfianza, y encendiéndose el cariño. Y al fin exclamó uno esta frase tristísima: “¡Ah! gardezçá: blanc, soldat aussi”. — El cuarto de guardia vi, y al comandante luego, en una casa de amigas, con pobre lámpara en la mesa de pino, ellas sentadas, de pañuelo a la cabeza, en sillones mancos, y él, flaco y cortés. Así pasé entonces. Esta vez, la plaza está de ejercicios, y los edecanes corretean por frente a las filas, en sus caballos blancos o amarillos, con la levita de charretera, y el tricornio, que en el jefe lleva pluma. Pasan, caracoleando, los caballos que vienen a la venta. En casas grandes se ve sillería de Viena. La iglesia es casi pomposa, en tal villorrio, con su recia manipostería, y sus torres cuadradas. Hay sus casas de alto, con su balcón de colgadizo, menudo y alegre. Es el primer caserío haitiano, y ya hay vida y fe. Se sale del poblado saludando al cónsul dominicano en Fort Liberté, un brioso mulato, de traje azul y sombrero de Panamá, que guía bien el caballo blanco, sentado en su montura de charol. Y pasan recuas, y contrabandistas. Guando los aranceles son injustos, o rencorosa la ley fronteriza, el contrabando es el derecho de insurrección. En el contrabandista se ve al valiente, que se arriesga; al astuto, que engaña al poderoso; al rebelde, en quien los demás se ven y admiran. El contrabando viene a ser amado y defendido, como la verdadera justicia. Pasa un haitiano, que va a Dajabón a vender su café: un dominicano se le cruza, que viene a Haití a vender su tabaco de mascar, su afamado andullo: — “Saludo.”— “Saludo.”

2 de Marzo

Corona, “el general Corona”, va hablándome al lado. “Es cosa muy grande, según Corona, la amistad de los hombres”. Y con su “dimpués” y su “inorancia” va pintando en párrafos frondosos y floridos el consuelo y fuerza que para el corazón “sofocado de tanta malinidad y alevosía como hai en este mundo” es el saber que “en un conuco de por áhi está un eimano poi quien uno puede dai la vida.” “Puede Uté decir que, a la edad que tengo, yo he peleado

más de ochenta peleas.” Él quiere “decencia en el hombre”, y que el que piense de un modo no se dé por dinero, ni se rinda por miedo, “a quien le quiere prohibir ei pensar.” “Yo ni comandante de aimas quiero ser, ni inteiventor, ni ná de lo que quieren que yo sea, poi que eso me lo ofrece ei gobierno poi que me ve probe, pa precuraime mi deshonor, o pá que me entre temó de su venganza, de que no le acepté ei empleo.” “Pero yo voy viviendo, con mi honradé y con mi caña.” Y me cuenta los partidos del país; y cómo salió a cobrar, con dos amigos, la muerte de su padre al partido que se lo mató; y como con unos pocos, porque falló el resto, defendió la fortaleza de Santiago, “el reducto de San Luis”, cuando se alzó con él, contra Lili, Tilo Patiño” que aorita etá de empleado dei gobierno”. “Poi ete hombre o poi ei otro no me levanto yo, sino de la ira muy grande y de la desazón que me da e vei que los hombres de baiba tamaña obedecen o siven a la tiranía”. “Guando yo veo injuticia, las dos manos me bailan, y me le voi andando ai rifle, y ya no quiero ma cuchillo ni tenedor”. “Poi que yo de aita política no sé mucho, pero a mí acá en mi sentimiento me parece sabé que política a como un debé de dinidá.” “Poi que yo, o todo, o nada”. “Trece hijos tengo, amigo, pero no de la misma mujer: poi que eso sí tengo yo, que cuando miro asina, y veo que voi a tener que etai en un lugai ma de un me o do, ensegúa me buco mi mejó comodidá”: y luego, a la despedida, “ella ve que no tiene remedio, y la deajo con su casita y con algunos cuaitos: poi que a mi mujei legítima poi nada de ete mundo le deberé faitai.” A ella vuelve siempre, ella le guardó la hacienda cuando su destierro, le pagó las deudas, le ayuda en todos sus trabajos, y “que ella tiene mi mesma dinidá, y si yo tengo que echáme a la mala vida a pasai trabajo, yo sé que mis hijito quedan detrás mui bien guardaos, y que esa mujé no me tiene a mal que yo me condúca como un hombre”. —De pronto, ya caída la noche, pasa huida, arrastrando el aparejo, que queda roto entre dos troncos, una muía de la recua de Corona. Él se va con sus dos hombres a buscar la muía por el monte, en lo que pasará la noche entera. Yo me buscaré un guía haitiano en aquella casita del alto donde se ve luz. Yo tengo que llegar esta noche a Fort Liberté. Corona vuelve, penoso por mí. —“Vd. no va a jallá ei hombre que buca.” Les habla él, y no van. Lo hallé.

2 de Marzo

Mi pobre negro haitiano va delante de mí. Es un cincuentón zancudo, de bigote y pera, y el sombrero deshecho, y el retazo de camisa colgándole del codo, y por la espalda un fusil de chispa, y la larga bayoneta. Se echa a trancos por el camino, y yo, a criollo y francés, le pago sus dos gourdes, que son el peso de Haití, y le ofrezco que no le haré pasar de la entrada del pueblo, que es lo que teme él, porque la ordenanza de la patrulla es poner preso al que entre al poblado después del oscurecer: “Mosié blanc pringarde: li metté mosié prison.” De cada rama me va avisando. A cada charco o tropiezo vuelve la cara atrás. Me sujeta una rama, para que no dé contra ella. La noche está

velada, con luz de luna a trechos, y mi potro es saltón y espantadizo. En un claro, al salir, le enseño al hombre mi revólver Colt, que reluce a la luna: y él, muy de pronto, y como chupándose la voz, dice: “¡Bon, papá!”

2 de Febrero.

Ya después de las diez entro en Fort Liberté, solo. De lejos venía oyendo la retreta, los ladridos, el rumor confuso. De la casa cerrada de una feliciana, que me habla por la pared y no tiene alojamiento, voy buscando la casa de Nephtalí, que lo puede tener. Ante el listón de luz que sale de la puerta medio cerrar recula y se me sienta mi caballo. —“¿Es acá Nephtalí?” —Oigo ruido, y una moza se acerca a la puerta. Hablamos, y entra...“Bien sellé, bien bridé: pas commin...” Eso dicen, adentro, de mí. Sí puedo entrar; y la moza, con su medio español, va a abrirme la puerta del patio. En la oscuridad desensillo mi caballo, y lo amarro a una higuera. La gallera está llena de hamacas, donde duerme gente que vino de sábado a gallear. Y adentro “de caridad” ¿habrá dónde duerma, y qué coma, un pasajero respetuoso? Me viene a hablar, en camiseta y calzones negros, un mocete blancucho, de barbija, bigotín y bubones, que habla un francés castizo y pretencioso. En la mesa empolvada revuelvo libros viejos: textos descuadernados, catálogos, una biblia, periódicos masones. Del cuarto de al lado salen risas, —y la moza luego, la hija de la casa, a arreglar hacia el medio las sillas de Viena— y luego sale el colchón: que echo yo por tierra, y las sillas a un lado. ¿De allá adentro, quién me ha dado su colchón? Por la puerta asoma una cabeza negra, un muchachón que ríe en camisola de dormir. De cena, dulce de mani, y casabe: y el vino piamontés que me puso Montesinos en la cañonera, y parto con la hija, segura y sonriente. El castizo, se fue en buen hora: “¡Le chemin est voitureable!”: el camino a Fort Liberté: “¡Oh, monsieur: l’aristocratie est toujours bien reçue!”: y que no hay que esperar nada de Haití, y que hay mucha superstición, y que “todavía” no ha estado en Europa, y que si “las señoras de al lado quieren que las vaya a ayudar.” Le acaricio la mano fina a la buena muchacha, y duermo tendido, bajo el techo amable. —A las seis, está en pie Nephtalí a mi cabecera: bienvenido sea el huésped: el huésped no ha molestado: perdónelo el huésped porque no estaba anoche a su llegada. Todo él sonríe, con su dril limpio, y sus patillas de chuleta: van saliendo en la plática nombres conocidos: Montesinos, Montecristi, Jiménez. No me pregunta quién me envía. Para mí es el almuerzo oloroso, que el mocetín, muy encorbatado, se sienta a gustar conmigo: y Nephtalí y la hija me sirven: el almuerzo es buen queso, y pan suave, del homo de la casa, y empanadillas de honor, de la harina más leve, con gran huevo: el café es oro, y la mejor leche. “Madame Nephtalí” se deja ver, alta y galana, con su libro de misa, de mantón y sombrero; y me la presenta con ceremonia Nephtalí. En el patio, baña el sol los rosales, y entran y salen a la panadería, con tableros de masa, y la gallera está como una joya, de limpia y barrida, y Nephtalí dice al castizo que “superstición en Haití, hay y no hay: y

que el que la quiere ver la ve, y el que no, no da nunca con ella, y él; que es haitiano, ha visto en Haití poca superstición. Y ¿en qué se ocupa monsieur Lespinasse, el castizo, amigo de un músico de bailes que lo viene a ver? ¡Ah! Escribe uno u otro artículo en L'Investigateur: "on est journaliste": "L'aristocratie n'a pas d'avenir dans ce paysci." Para el camino me pone Neptalí del queso bueno, y empanadilla y panetela. Y cuando me llevo al buen hombre a un rincón, y le pregunto temeroso lo que le debo, me ase por los dos brazos, y me mira con reproche: —"¿Comment, frère? On ne parle pas d'argent, avec un frère." Y me tuvo el estribo, y con sus amigos me siguió a pie, a ponerme en la calzada.

3 de Marzo.

Como un cestón de sol era Petit Trou aquel domingo. A vagos grupos, planchados y lucientes, veía el gentío de la plaza los ejercicios de la tropa.

La fiesta está en el sol, que luce como más claro y tranquilo, dorándolo todo de un oro como de naranja, con los trajes planchados y vistosos, y el gentío sentado a las puertas, o bebiendo refrescos, o ajenjo anisado, en las mesas limpias, al sombrío de los árboles, o apiñado bajo un guanábano, donde oye el coro de carcajadas a un vejancón que tienta de amores a una vieja, y los mozos, de dril blanco, echan el brazo por la cintura a las mozas de bata morada. Una madre me trae, al pie del caballo, su mulatico risueño, con camisolín de lino y cintas, el gorro rosado, y los zapatos de estambre blanco y amarillo. Y los ojos me comen, y luego se echa a reír, mientras se lo acaricio y se lo beso. Vuelvo riendas, sobre la tienda azul, a que el potro repose unos minutos, y a tender sobre una mesa mi queso y mi empanada, con la cerveza que no bebo. Con el bastón en alto parecía un ochentón, de listado fino y botines de botonadura. La esposa, bella y triste, me mira, como súplica y cuento, medio escondida al marco de una puerta; y juega con su hija, distraída. El amo, de espaldas, me cubre con los ojos redondos desde su sillón, de botín y saco negro, y reloj bueno de plata, y la conversación pesada y espantadiza. Con los libros de la iglesia, y los cabos del pañuelo a la nuca, entra la amiga, hablando buen francés. De un ojeo copio la sala, embarrada de verde, con la cenefa de blando amarillo, y una lista rosada por el borde. El aire mueve en las ventanas, las cortinas. Adiós. Sonríe el amo, solícito a mi estribo.

3 de Marzo.

Vadeé un riachuelo, que al otro lado tiene un jabillal, de fronda alta y clara, por donde cae, arrasando hojas y quebrando ramos, la jabilla madura que revienta. Me detengo a remendar las amarras de mi capote, que son de cordel rabón, a poco de andar, a la salida del río, junto a un campesino dominguero, que va muy abotinado en su burro ágil, con la pipa a los labios barbudos, y el cabo del machete saliéndole por la rotura del saco de dril blanco. De un salto

se apea, a servirme. —“¡Ah, compère! ne vous dérangez pas.”— “Pas çá, pas çá, l'amí. En chemin, garçon aide garçon. Tous sommes haïtiens ici.” Y muerde, y desdobla, y sujeta los cordeles; y seguimos hablando de su casa y de su mujer y de los tres hijos con que “Dieu m’a favorisé”; y del bien que el hombre siente cuando da con almas amigas, que el extraño de pronto le parece cosa suya, y se le queda en el alma recio y hondo, como una raíz. —“¡Ah, oui!”, con el oui haitiano, halado y profundo: “Quand vous parlez de chez un ami, vous parlez de chez Dieu.”

1 de Marzo.

Por los fangales, que eran muchos, creí haber perdido el camino. El sol tuesta, y el potro se hala por el lodo espeso. De la selva, a un lado y otro, cae la alta sombra. Por entre un claro veo una casa, y la llamo. Despacio asoma una abuela, y la moza luego con el niño en brazos, y luego un muchachón, con calzones apenas, un harapo por sombrero, y al aire la camisa azul. Es el camino. Dieciséis años tiene la madre traviesa. Por dejarles una pequeñez en pago de su bondad les pido un poco de agua, que el muchachón me trae. Y al ir a darle unas monedas, “Non: argent non: petit livre, oui.” Por el bolsillo de mi saco asomaba un libro, el segundo prontuario científico de Paul Bert. — De barro y paja, en un montón de maíz, es la “habitation de Mamenette”, chemin du Gap. Al rededor, fango, y selva sola. Sobre la cerca pobre empinaba los ojos luminosos Auguste Etienne

2 de Marzo.

En un crucero con el río a la bajada, está de un lado, donde se abre la vía, un cristo de madera, bajo dosel de zinc, un cristo francés, fino y rosado, en su cruz verde, y la cerca de alambre. Enfrente, entre las ruinas desdentadas de una ancha casa de ladrillo, hay un rancho embarrado, y un centinela a la puerta, de sombrero azul, que me presenta el arma. Y el oficial saluda —Me entro por una enramada, a rociar el agua con ron de anís del ventorrillo, y nadie tiene cambio para un peso. —Pues ¿dejaré el peso, porque he hecho gasto aquí? Pas çá, pas çá mosié. No me quieren el peso. Reparto saludos. —“Bon blanc!” “Bon blanc!” — A las ocho me llamó hermano Nephtalí, en Fort Liberté: a las cinco, costeano la concha de la bahía, entro, por la arena salina, en Cabo Haitiano. Echo pie a tierra delante de la puerta generosa de Ulpiano Dellundé.

2 de Marzo.

Duerme mal, el espíritu despierto. El sueño es culpa, mientras falta algo por hacer. Es una deserción. Hojeo libros viejos: Origins des Découverts attribuées aux Modernes, de Dutens, en Londres, en 1776, cuando a los franceses picaba la fama de Franklin, y Dutens dice que “una persona fidedigna le ha asegurado que se halló recientemente una medalla latina, con

la inscripción “Jupiter Elicius”, o Eléctrico, representando a Júpiter en lo alto, rayo en mano, y abajo un hombre que empina una cometa, por cuya manera se puede electrizar una nube, y sacar fuego de ella”,— a lo que pudiese yo juntar lo que me dijo en Belize la mujer de Le Plongeon, del que se quiso llevar de Yucatán las ruinas de los Mayas, donde se ve, en una de las piedras pintadas de un friso, a un hombre sentado, de cuya boca india sale un rayo, y otro hombre frente a él, a quien da el rayo en la boca. —Otro libro es un Goethe en francés. En Goethe, y mucho más lejos, en la Antología Griega, — y en la poesía oceánica, como los pantunes, se encuentran los ritornelos, refranes y estrambotes que tiene la gente novelera, y de cultura de alfiler, como cosa muy contemporánea: la profecía y censura de las minimeces de hoy, y huecas elegancias, se encuentran, enteras, en los versos sobre Un chino en Roma.

3 de Marzo.

Hallo, en un montón de libros olvidados bajo una consola, uno que yo no conocía: “Les Mères Chrétiennes des Contemporains Illustres”. Lo hojeo, y le descubro el espíritu: con la maña de la biografía, es un libro escrito por el autor de “L’Académie Française au xixme Siéele”, para fomentar, dándola como virtud suprema y cicatriz, la devoción práctica en las casas: la confesión, el “buen cura”, el “Santo abad”, el rezo. Y el libro es rico, de página mayor, con los cantos dorados, y la cubierta roja y oro. El índice, más que del libro, lo es de la sociedad, ya hueca, que se acaba: —“Las altas esferas de la sociedad”. —“El mundo de las letras.” —“El clero.” —“Las carreras liberales.”— Carrera: el cauce abierto y fácil, la gran tentación, la satisfacción de las necesidades sin el esfuerzo original que desata y desenvuelve al hombre, y lo cría, por el respeto a los que padecen y producen como él, en la igualdad única duradera, porque es una forma de la arrogancia y el egoísmo, que asegura a los pueblos la paz solo asequible cuando la suma de desigualdades llegue al límite mínimo en que las impone y retiene necesariamente la misma naturaleza humana.

Es inútil, y generalmente dañino, el hombre que goza del bienestar de que no ha sido creador: es sostén de la injusticia, o tímido amigo de la razón, el hombre que en el uso inmerecido de una suma de comodidad y placer que no está en relación con su esfuerzo y servicio individuales, pierde el hábito de crear, y el respeto a los que crean. Las carreras, como aún se las entiende, son odioso, y pernicioso, residuo de la trama de complicidades con que, desviada por los intereses propios de su primitiva y justa potencia unificadora, se mantuvo, y mantiene aún, la sociedad autoritaria: —sociedad autoritaria es, por supuesto, aquella basada en el concepto, sincero o fingido, de la desigualdad humana, en la que se exige el cumplimiento de los deberes sociales a aquellos a quienes se niegan los derechos, en beneficio principal del poder y placer de los que se los niegan: mero resto del estado bárbaro. —Lo

del índice de “Las Madres Cristianas”: “Las altas esferas de la Sociedad”. —“El mundo de las le tras”. —“El clero”. —“Las carreras liberales”. — Por donde dice “Madame Moore” abro el libro. Madame Moore, la madre de Tomás Moore, a cuya “Betsy” admiro, leal y leve; y siempre fiel, y madre verdadera, a su esposo danzarín y vano. Como muy santa madre da el libro a la de Moore, y lo de ella lo prueba por la vida del hijo. Pero no dice lo que es: que por donde el hijo cristiano comenzó, fue por la traducción picante y feliz de las odas de Anacreonte. — De Margarita Bosco habla mucho, que es madre de cardenal, que recuerda mucho la del cura mimado de “La Regenta” de Alas, — aquel cura sanguíneo a quien la madre astuta le ponía la cama y la mesa. Conocí yo a un hijo del príncipe Bosco: el padre había sido amante de la reina de Nápoles, de la última reina: el hijo había sido en Texas capitán de la milicia montada, y en Brooklyn era domador de caballos. —Una madre es “Madame Río”, de A. Del Río, el ilustre autor de “L'Art Chrétien”. Otra “Madame Pie”, la del obispo de Poitiers. “Madame Osmond” es otra, la del conde que escribió “Reliques et Impressions”. Otra es la madre de Ozanam, el católico elocuente y activo. Y otra la de Gerando, aquel cuyas metafísicas leía atento Michelet, cuando vestía frac y zapatos de hebilla, y daba clase de historia a las princesas.

3 de Marzo

Me voy a pelar, a la mísera barbería de Martínez, en la calle de la Playa: él reluce de limpio, chiquitín y picante, en la barbería empapelada a retazos, con otros de mugre, y cromos viejos: y en el techo muy alto, de listones de lienzo, seis rosas de papel. —“¿Y usted, Martínez, será hombre casado?” —“Hombre como yo, ambulante, no puede casar.” —“¿Y dónde aprendió su español?” —“En San Tomas: yo era de San Tomas, santomeño”. —“¿Y ya no lo es usted?” —“No, ahora soy haitiano. Soy hijo de danés, no vale de nada: soy hijo de inglés, no vale de nada: soy hijo de español, peor: España es la más mala nación que hay en el mundo. Para hombre de color, nada vale de nada. “¿Conque no quiere ser español? —“Ni cubano quiero yo ser, ni puertorriqueño, ni español. Si era blanco español inteligente, sí, porque le doy la gobernación de Puerto Rico con \$500 mensuales: si era hijo de Puerto Rico, no. Lo peor del mundo, español.” —A la pordiosera que llega a la puerta: “Todavía no he ganado el primer cobre”.

4 de Marzo.

Y abrí los ojos en la lancha, al canto del mar. El mar cantaba. Del Cabo salimos, con nubarrón y viento fuerte, a las diez de la noche; y ahora, a la madrugada, el mar está cantando. El patrón se endereza, y oye erguido, con una mano a la tabla y otra al corazón: el timonel, deja el timón a medio ir: “Bonito eso”: “Eso es lo más bonito que yo haya oído en este mundo”: “Dos veces no más en toda mi vida he oído yo esto bonito”. Y luego se echa a reír: que los voudous, los hechiceros haitianos, sabrán lo que eso es: que hoy es día

de baile voodoo, en el fondo de la mar, y ya lo sabrán ahora los hombres de la tierra: que allá abajo están haciendo los hechiceros sus encantos. La larga música, extensa y afinada, es como el son unido de una tumultuosa orquesta de campanas de platino. Vibra igual y seguro el eco resonante. Como en ropa de música se siente envuelto el cuerpo. Cantó el mar una hora, más de una hora: —La lancha piafa y se hunde, rumbo a Monte Cristi.

6 de Marzo.

¡Ah, el eterno barbero, con el sombrero de paja echado a la nuca, los rizos perfumados a la frente, y las pantuflas con estrellas y rosas! En la barbería no hay más que dos espejos, de marco de madera, con la repisa de pomos vacíos, un cepillo mugriento, y pomadas viejas. A la pared está un muestrario de panamás de cinta fina, libros descuadernados y papelería revuelta. En medio del salón, de grandes manchas de agua, está la silla donde el pinche empolva al que se alza de afeitarse. —“Mira, muchacho de los billetes: ven acá.” —“Cómprale un billete: dale un peso.”

6 de Marzo

Oigo un ruido, en la calle llena del sol del domingo, un ruido de ola, y me parece saber lo que es. Es. Es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante, quemando con los ojos, con su bata limpia de calicó morado oscuro, y la manta por los hombros. —La haitiana tiene piernas de ciervo. El talle natural y flexible de la dominicana da ritmo y poder a la fealdad más infeliz. La forma de la mujer es conyugal y cadenciosa.

De sobremesa se habló de animales: de los caos negros; y capaces de hablar, que se beben la leche, —de cómo se salva el ratón de las pulgas, y se relame el rabo que hundió en la manteca, —del sapo, que se come las avispa, —del murciélago, que se come al cocuyo, y no la luz. Un cao bribón veía que la conuquera ordeñaba las vacas por las mañanas, y ponía la leche en botellas: y él, con su pico duro, se sorbía la primera leche, y cuando había secado el cuello, echaba en la botella piedrecitas, para que la leche subiera. El ratón entra al agua con una mota de algodón entre los dientes, adonde las pulgas por no ahogarse vuelan; y cuando ya ve la mota bien negra de pulgas, la suelta el ratón. El sapo hunde la mano en la miel del panal, y luego, muy sentado, pone la mano dulce al aire, a que la avispa golosa venga a ella: y el sapo se la traga. El murciélago trinca al cocuyo en el aire, y le deja caer al suelo la cabeza luminosa.

29 de Marzo.

Venimos de la playa, de ver haces de campeche y mangle espeso: venimos por entre la tuna y el aroma. Y un descalzo viene cantando desde lejos, con voz rajada y larga, una trova que no se oye, y luego ésta:

“Te quisiera retratar
En una concha de nacle,
Para cuando no te vea
Alzar la concha, y mirarte.

30 de Marzo

César Salas, que dejó ir su gente rica a Cuba, para no volver más que “como debe volver un buen cubano”, es hombre de crear, sembrador e industrial, con mano para el machete y el pincel, e igual capacidad para el sacrificio, el trabajo y el arte. De las cuevas de San Lorenzo, allá en Samaná, viene ahora; y cuenta las cuevas. La mayor es como la muestra de las muchas que por allí hay, con el techo y las paredes de pedrería destilada, que a veces cuelga por tierra como encaje fino, y otras exprime, gota a gota, “un agua que se va cuajando en piedra”. Es grande el frescor, y el piso de huano blanco y fino, que en la boca no desagrada, y se disuelve. La galería, de trecho en trecho, al codear, cría bóveda, y allí, a un mismo rumbo, hay dos caras de figuras pintadas en la pared, a poco más de altura de hombre, que son como redondeles imperfectos, donde está de centro un rostro grande humano sobre el vértice de un triángulo, crestado a todo el borde, con dos rostros menores a los lados, y a todo el rededor dibujos jeroglíficos de homúnculos con la azada en una mano, o sin ella; de caballo o mula, de gallina: —la conquista acaso, y las minas bárbaras, ofrecidas a la religión del país, en los altares de las cuevas de asilo. —Allí ha hallado César Salas caracoles innúmeros, de que debió vivir la indiada; y hachas grandes de sílex, de garganta o de asta. Los caracoles hacen monte, a las aberturas. Por cuatro bocas se entra la cueva. Por una, espumante y resonante, entra el mar. De una boca, por entre bejucos, se sube al claro verde.

1ro de Abril.

A paso de ansia, clavándonos de espinas, cruzábamos, a la media noche oscura, la marisma y la arena. A codazos rompemos la malla del cambrón. El arenal, calvo a trechos, se cubre a manchones del árbol punzante. Da luz como de sudario, al cielo sin estrellas, la arena desnuda: y es negror lo verde. Del mar se oye la ola, que se exhala en la playa; y se huele la sal. —De pronto, de los últimos cambronerías, se sale a la orilla, espumante y velada —y como revuelta y cogida— con ráfagas húmedas. De pie, a las rodillas el calzón, por los muslos la camisola abierta al pecho, los brazos en cruz alta, la cabeza aguileña de pera y bigote, tocada del yarey, aparece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. —El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza.

3 de Abril.

La ingratitud es un pozo sin fondo, —y como la poca agua, que aviva los incendios, es la generosidad con que se intenta corregirla. No hay para un hombre peor injuria que la virtud que él no posee. El ignorante pretencioso es como el cobarde, que para disimular su miedo da voces en la sombra. La indulgencia es la señal más segura de la superioridad. La autoridad ejercitada sin causa ni objeto denuncia en quien la prodiga falta de autoridad verdadera.

3 de Abril.

Pasan volando por lo alto del cielo, como grandes cruces, los flamencos de alas negras y pechos rosados. Van en filas, a espacios iguales uno de otro, y las filas apartadas hacia atrás. De timón va una hilera corta. La escuadra avanza ondeando.

3 de Abril.

En medio de la mar, recuerdo estos versos:

“Un rosal cría una rosa
Y una maceta un clavel.
Y un padre cría una hija
Sin saber para quién es.”

4 de Abril

En la goleta “Brothers”, tendido en cubierta, veo, al abrirse la luz, el rincón de Inagua, de árbol erizados, saliendo, verdoso, de entre sus ruinas y salinas. Rosadas como flamencos, y de carmín negruzco, son las nubes que se alzan, por el cielo perlado, de las pocas casas. Me echo a la playa, a sujetar bribones, a domarlos, a traerles a la mano el sombrero triunfador. Lo logro. En las idas y las venidas, ojeo el pueblo: mansiones desiertas y descabezadas, muros roídos del abandono y del fuego, casas blancas de ventanas verdes, arbolejos de púas, y florales venenosos. No tiene compradores: la mucha sal de la isla; yace el ferrocarril; quien tuvo barcos los vende; crece penosa la industria del henequén; el salón de leer tiene quince socios, a real mensual; el comerciante de más brillo es tierno amigo de un patrón contrabandista; el capitán del puerto, —ventrudo mozo es noble de alma, y por tanto cortés, y viste de dril blanco: el sol salino ciega. Contra una pared rota duerme una pila de guayacancillo, el “leño de la vida”, que “arde como una antorcha”, con su corazón duro: dos burros peludos halan de un carro, mal lleno de palos de rosa, rajados y torcidos: junto a un pilar hay un saco de papas del país: de una tienda, mísera, sale deshecha una vieja, blanca, de espejuelos, pamelita y delantal, a ofrecernos pan, anzuelos, huevos, gallina, hilo: la negraza, de vientre a la nariz, y los pendientes de coral al hombro, dice, echada en el mostrador de su tienda vacía, que “su casa de recibir no es allí”, donde tres

hombres escaldados reposan un instante, secándose el sudor sangriento, en los cajones que hacen de sillas: y por poder sentarse, compran a la tendera, de dientes y ojos de marfil, todo el pan y los dulces de la casa: tres chelines: ella cubre de sus anchas sonrisas el suelo. Pasa Hopkins, cuarentón de tronco inglés y tez, de cobre, vendiendo “su gran corazón”, su pecho valiente, que sirve por dos pechos”, los botines rastreros, que se saca de los pies, un gabán roto: El irá “a todas partes, si le pagan”, porque “él es un padre de familias, que tiene dos mujeres”: él es “un alma leal”: —él se cose a los marineros, y les va envenenando la voluntad, para que no acepten el oficio que no se quiso poner en él: revende un pollo, que le trae de las patas un policía de casco de corcho, patillas de chuleta y casimir azul de bocas rojas. —Pasa el guadalupeño, de torso color de chocolate, y la cana rizada de sus setenta y cuatro años: lleva al aire los pechos y los pies, y el sombrero, de penca: ni bebió ni fumó, ni amó más que en casa, ni necesita espejuelos para leer de noche: es albañil, y contratista, y pescador. —Pasa, con su caña macaca de puño neoyorquino, el patrón contrabandista, de sortija recia al anular, y en la cabeza de respeto el panamá caro. Pasa el patrón blandilocuo, de lengua patriarcal y hechos de zorro, el que a la muerte del hijo “no lloró el dolor, sino que lo sudó”; y rinde, balbuceando, el dinero que robaba. Pero él es “un caballero, y conoce a los caballeros”: y me regala, sombrero en mano, una caneca de ginebra.

5 de Abril

El vapor carguero, más allá de la mar cerúlea de la playa, vacía su madera de Mobila en la balsa que le flota al costado, de popa a proa, en el oleaje turquí. Descuelgan la madera, y los trabajadores la halan y la cantan. Puja el vapor al sesgo por arrimar la balsa a la orilla: y los botes remolcadores se la llevan, con los negros arriba en hilera, halando y cantando.

5 de Abril.

David, de las islas Turcas, se nos apegó desde la arrancada de Montecristi. A medias palabras nos dijo que nos entendía, y sin espera de paga mayor, ni tratos de ella, ni mimos nuestros, él iba creciéndonos con la fuga de los demás; y era la goleta él solo, con sus calzones en tiras, los pies roídos, el levitón que le colgaba por sobre las carnes, el yarey con las alas al cielo: Cocinaba él el “locrío”, de tocino y arroz; o el “sancocho”, de pollo y pocas viandas; o el pescado blanco, el buen “muttonfish”, con salsa de mantequilla y naranja agria: él traía y llevaba, a “gudilla” pura, —a remo por timón,— el único bote: él nos tendía de almohada, en la miseria de la cubierta, su levitón, su chaquetón, el saco que le era almohada y colcha a él: él, ágil y enjuto, ya estaba al alba bruñendo los calderos. Jamás pidió, y se daba todo. El cuello fino, y airoso, le sujetaba la cabeza seca: le reían los ojos, sinceros y grandes: se le abrían los pómulos, decidores y fuertes: por los cabos de la boca,

desdentada y leve, le crecían dos rizos de bigote: en la nariz, franca y chata, le jugaba la luz. Al decimos adiós sé le hundió el rostro, y el pecho, y se echó de bruces, llorando, contra la vela atada a la botavara. — David, de las islas Turcas.

6 de Abril

Es de pilares, de buena caoba, la litera del capitán del vapor, —el vapor carguero alemán, que nos lleva al Cabo Haitiano. La litera cubre las gavetas, llenas de mapas. En la repisa del escritorio, entre gaceteros y navegadores, está Goethe todo, y una novela de Gaudy. Preside la litera el retrato de la mujer, cándida y huesuda. A un rincón, la panoplia es de una escopeta de caza, dos puñales, un pistolín perrero, y dos pares de esposas, —“que uso para los marineros algunas veces”. Y junto hay un cuadro, bordado de estambre, “del estambre de mi mujer”, que dice, en letras góticas:

“In allen Stürmen,
In allen Noth,
Mög er dich berschirmen
Per treue Gott.”

7 de Abril

Por las persianas de mi cuarto escondido me llega el domingo del Cabo. El café fue “caliente, fuerte y claro”. El sol es leve y fresco. Chacharea y pelea el mercado vecino. De mi silla de escribir, de espaldas al cancel, oigo el fustán que pasa, la chancleta que arrastra, el nombre del poeta Tertulien Guilbaud, el poeta grande y pulido de Patrie y el grito de una frutera que vende “¡caïmite!” Suenan, lejanos, tambores y trompetas. En las piedras de la calle, que la lluvia desencajó ayer, tropiezan los caballos menudos. Oigo: “le bon Dieu”, y un bastón que se va apoyando en la acera. Un viejo elocuente predica religión, en el crucero de las calles, a las esquinas vacías. Le oigo: “Es precisó desterrar de este fuerte país negro a esos mercaderes de la divinidad salvaje que exigen a los pobres campesinos, como el ángel a Abraham, el sacrificio de sus hijos a cambio del favor de Dios: el gobierno de este país negro, de mujeres trabajadoras y de hombres vírgenes, no debe matar a la infeliz mujer que mató ayer a su hija, como Abraham iba a matar a Isaac, sin acabar, “con el rayo de la luz”, al papáboco. Al sacerdote falso que se les entra en el corazón con el prestigio de la medicina y el poder sagrado de la lengua de los padres. Hasta que la civilización no aprenda criollo, y hable en criollo, no civilizará. Y el viejo sigue hablando, en soberbio francés, y puntúa el discurso con los bastonazos que da sobre las piedras. Ya lo escuchan: un tambor, dos muchachos que ríen, un mocete de corbata rosada, pantalón de perla, y bastón de puño de marfil. Por las persianas le veo al viejo el traje pardo, aflautado y

untoso. A los pies le corre, callada, el agua turbia. La vadea de un salto, con finos botines, una mulata cincuentona y seca, de manteleta, y sombrero, y libro de horas y sombrilla: escarban, sus ojos verdes. Del libro a que vuelvo, en mi mesa de escribir, caen al suelo dos tarjetas, cogidas por un lazo blanco: la mínima, de ella, dice “M’elle. Elise Étienne”. Cap Haitien: la de él, la grande, dice: “Mr. Edmond Férére: —Francés”. —Es domingo de Ramos.

8 de Abril

Por el poder de resistencia del indio se calcula cuál puede ser su poder de originalidad, y por tanto de iniciación, en cuanto lo encariñen, lo muevan a fe justa, y emancipen y deshielen su naturaleza. —Leo sobre indios.

8 de Abril.

Del flaco Moctezuma acababa de leer, y de la inutilidad de la timidez y de la intriga. Con mucho amor leí de Cacama, y de Cuitlahuac, que a cadáveres heroicos le tupían los cañones a Cortés. Leí con ira de la infame o infortunada Tecuichpo, que con Cuauhtémoc en la piragua real, defendió el águila, y a pecho de pluma se echó sobre el arcabuz, y luego, —la que había dormido bajo los besos indios del mártir, —se acostó a dormir, de mujer de español, en la cama de Alonso de Grado, y de Pedro Callejo, y de Juan Cano. El verso caliente me salta de la pluma. Lo que refreno, desborda. Habla todo en mí, lo que no quiero hablar, —ni de patria, ni de mujer. A la patria ¡más que palabras! De mujer, o alabanza, o silencio. La vileza de nuestra mujer nos duele más, y humilla más, y punza más, que la de nuestro hombre. —Entra Tom a mi cuarto escondido, —Tom, el negro leal de San Thomas, que con el siglo a espaldas sirve y ama a la casa de Dellundé. Con un doblez de papel en que pido libros, para escoger a la librería de la esquina, la librería haitiana, le doy un billete de dos pesos, a que lo guarde en rehenes, mientras escojo. —Y el librero, el caballero negro de Haití, me manda los libros, —y los dos pesos.

DE CABO HAITIANO A DOS RÍOS

9 Abril. — Lola, jolongo, llorando en el balcón. Nos embarcamos.

10.— Salimos del Cabo. Amanecemos en Inagua. —Izan el bote. Salimos a las 11. Pasamos rozando a Maisí y vemos la farola. Yo en el puente. A las 7 1/2, oscuridad. Movimiento a bordo. Capitán conmovido. Bajan el bote. Llueve grueso al arrancar. Rumbamos mal. Ideas diversas y revueltas en el bote. Más chubasco. El timón se pierde. Fijamos rumbo. Llevo el remo proa. Salas rema segundo. Paquito Borrero y el General ayudan de popa. Nos ceñimos los revólvers. Rumbo al abra. La luna asoma, roja, bajo una nube.

Arribamos a una playa de piedras, (La Playita, al pie de Cajobabo.) Me quedo en el bote el último, vaciándolo. Salto. Dicha grande. Viramos el bote, y el garrafón de agua. Bebemos Málaga. Arriba por piedras, espinas y cenegal. Oímos ruido, y preparamos, cerca de una talanquera. Ladeando un sitio, llegamos a una casa. Dormimos cerca, por el suelo.

12. — A las 3 nos decidimos a llamar. Blas, Gonzalo, y la Niña. —José Gabriel, vivo, va a llamar a Silvestre. —Silvestre dispuesto. —Por repechos, muy cargados, subimos a buscar a Mesón, al Tacre, — (Záguere). En el monte claro, esperamos, desde las 9, hasta las 2. —Convenzo a Silvestre A que nos lleve a Imía. —Seguimos por el cauce del Tacre. —Decide el General escribir a Fernando Leyva, y va Silvestre. Nos metemos en la cueva, campamento antiguo, bajo un farallón a la derecha del río. Dormimos: hojas secas: Marcos derriba: Silvestre me trae hojas.

13.— Viene Abraham Leyva, con Silvestre cargado de carne de puerco, de cañas, de buniatos, del pollo que manda la Niña. Fernando ha ido a buscar el práctico. —Abraham, rosario al cuello. Alarma; y preparamos, al venir Abraham, a trancos. Seguía Silvestre con la carga; a las 11. De mañana nos habíamos mudado a la vera del río, crecido en la noche, con estruendo de piedras que parecía de tiros. —Vendrá práctico. Almorzamos. Se va Silvestre. Viene José a la una con su yegua. Seguiremos con él. —Silbidos y relinchos: saltamos: apuntamos: sin Abraham. —Y Blas. —Por una conversación de Blas supo Ruen que habíamos llegado, y manda a ver, a unírseos. Decidimos ir a encontrar a Ruen al Sao del Nejesial. —Saldremos por la mañana. Cojo hojas secas para mi cama. —Asamos buniatos.

14.— Día mambí. —Salimos a las 5. A la cintura cruzamos el río, y recruzamos por él: bagás altos a la orilla. Luego, a zapato nuevo, bien cargado, la altísima loma, de yaya de hoja fina, majagua de Cuba, y cupey, de piña estrellada. Vemos, acurrucada en un lechero, la primera jutía. Se descalza Marcos, y sube. Del primer machetazo la degüella: “Está aturdida”. “Está degollada.” Comemos naranja agria, que José coge, retorciéndolas con una vara: “¡qué dulce!” Loma arriba. Subir lomas hermana hombres. Por las 3 lomas llegamos al Sao del Nejesial: lindo rincón, claro en el monte, de palmas viejas, mangos, y naranjas. Se va José. —Marcos viene con el pañuelo lleno de cocos. Me dan la manzana. Guerra y Paquito de guardia. Descanso en el campamento. César me cose el tahalí. Lo primero fue coger yaguas, tenderlas por el suelo. Gómez con el machete, corta y trae hojas, para él y para mí. Guerra hace su rancho; cuatro horquetas: ramas en colgadizo: yaguas encima: Todos ellos, unos raspan coco, Marcos, ayudado del General, desuella la jutía. La bañan con naranja agria, y la salan. El puerco se lleva la naranja, y la piel de la jutía. Y ya está la jutía en la parrilla improvisada, sobre el fuego de leña. De pronto hombres: “¡Ah hermanos!” Salto a la guardia. La guerrilla de Ruen,

Félix Ruen, Galano, Rubio, los 10. —Ojos resplandecientes. Abrazos. Todos traen rifle, machete, revólver Vinieron a gran loma. Los enfermos resucitaron. Cargamos. Envuelven la jutía en yagua. Nos disputan la carga. Sigo con mi rifle y mis 100 cápsulas, loma abajo, tibisial abajo. Una guardia. Otra. Ya estamos en el rancho de Tavera, donde acampa la guerrilla. En fila nos aguardan. Vestidos desiguales, de camiseta algunos, camisa y pantalón otros, otros chamarreta y calzón crudo: yareyes de pico: negros, pardos, dos españoles, —Galano, blanco. Ruen nos presenta. Habla erguido el General. Hablo. Desfile, alegría, cocina, grupos. —En la nueva avanzada: volvemos a hablar. Cae la noche, velas de cera, Lima cuece la jutía y asa plátanos, disputa sobre guardias, me cuelga el General mi hamaca bajo la entrada del rancho de yaguas de Tavera. Dormimos, envueltos en las capas de goma. ¡Ah! antes de dormir, viene, con una vela en la mano, José, cargado de dos catauros, uno de carne fresca, otro de miel. Y nos pusimos a la miel ansiosos. Rica miel, en panal. —Y en todo el día, ¡qué luz, qué aire, qué lleno el pecho, qué ligero el cuerpo angustiado! Miro del rancho afuera, y veo, en lo alto de la cresta atrás, una palma y una estrella. El lugar se llama Vega de la [...]

15.— Amanecemos entre órdenes. Una comisión se mandará a las Veguitas, a comprar en la tienda española. Otra al parque dejado en el camino. Otra a buscar práctico. Vuelve la comisión con sal, alpargatas, un cucurucho de dulce, tres botellas de licor; chocolate, rom, y miel. José viene con puercos. La comida. —puerco guisado, con plátano y malanga— De mañana, frangollo, el dulce de plátano y queso, y agua de canela y anís, caliente.—Viene, a Veguitas Chinito Columbié; montero, ojos malos: va halando de su perro amarillo: Al caer la tarde, en fila la gente, sale a la cañada el General, con Paquito, Guerra y Ruenes. “¿Nos permite a los 3 solos?” Me resigno mohíno: ¿Será algún peligro? Sube Angel Guerra, llamándome, y al Capitán Cardoso. Gómez, al pie del monte, en la vereda sombreada de plátanos, con la cañada abajo, me dice, bello y enternecido, que, aparte de reconocer en mí al Delegado, el Ejército Libertador, por él su jefe electo en consejo de jefes, me nombra Mayor General. Lo abrazo. Me abrazan todos. —A la noche, carne de puerco con aceite de coco, y es buena.

16.— Cada cual con su ofrenda buniato, salchichón, licor de rosa, caldo de plátano. —Al mediodía, marcha loma arriba, río al muslo, bello y ligero bosque de pomarosas; naranjas y caimitos. Por abras, tupidas y mangales sin fruta llegamos a un rincón de palmas, en lo hondo de un cesto de montes risueños. Allí acamparemos— La mujer, india cobriza de ojos ardientes, rodeada de 7 hijos, en traje negro roto, con el pañuelo de toca atado a lo alto por las trenzas, pila café. La gente cuelga hamacas, se echa a la caña, junta candela, traen caña al trapiche, para el guarapo del café. Ella mete la caña, descalza: —Antes, en el primer paradero, en la casa de la madre e hijona espantada, el General me dio a beber miel, para que probara que luego de

tomarla se calma la sed. —Se hace ron de pomarosa. —Queda escrita la correspondencia de Nueva York, y toda la de Baracoa.

17.— La mañana en el campamento. —Mataron res ayer y al sentir el sol, ya están los grupos a los calderos. Domitila, ágil y buena, con su pañuelo egipcio, salta al monte, y trae el pañuelo lleno de tomates, culantro y orégano. Uno me da un chopo de malanga. Otro, en taza caliente, guarapo y hojas. Muelen un mazo de cañas. Al fondo de la casa, la vertiente cara al río, cargada de casas y plátanos, de algodón y tabaco silvestre: al fondo, por el río, el cuajo de palmas; por los claros, naranjos: al rededor los montes, redondos y verdes: y el cielo azul arriba, con sus nubes blancas, y una palma, mitad en la nube, — mitad en lo azul. —Me entristece la impaciencia. —Saldremos mañana. —Me meto la Vida de Cicerón en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas. Escribo cartas. —Prepara el General dulce de raspa de coco Con miel. Se arregla la salida para mañana. Compramos miel al ranchero de los ojos azorados y la barbija: primero, 4 reales por el galón; luego, después del sermón, regala dos galones. Viene Jaragüita. —Juan Telesforo Rodríguez,— que ya no quiere llamarse Rodríguez, porque ese nombre llevaba de práctico de los españoles, —y se va con nosotros. Ya tiene mujer. Al irse, se escurre. —El Pájaro, bizambo y desorejado, juega al machete; pie formidable; le luce el ojo como marfil donde da el sol en la mancha de ébano. —Mañana salimos de la casa de José Pineda: —Goya, la mujer— (Jojó Arriba)

18.— A las 9 ½ salimos. Despedida en fila. —Gómez lee las promociones. —El Sargento Puerto Rico dice: “Yo muero donde muera el General Martí” Buen adiós a todos, a Ruenes y a Galano, al Capitán Cardoso, a Rubio, a Dannery, a José Martínez, a Ricardo Rodríguez. Por altas lomas pasamos 6 veces el río Jobo. Subimos la recia loma de Pavano, con el Pomalito en lo alto, y en la cumbre la vista de naranja de China. Por la cresta subimos, y a un lado y otro flotaba el aire leve veteado de manaca. A lo alto, de mata a mata colgaba, como cortinaje, tupido, una enredadera fina; de hoja menuda y lanceolada. Por las lomas, el café cimarrón. La pomarosa bosque. En torno, la hoya, y más allá los montes azulados, y el penacho de nubes. En el camino a los Calderos, —de Angel Castro— decidimos dormir en la pendiente. A machete abrimos claro. De tronco a tronco tendemos las hamacas. —Guerra y Paquito por tierra. La noche bella no deja dormir. Silba el grillo; el lagartijo quiquiquea, y su coro le responde; aun se ve, entre la sombra, que el monte es de cupey y de pagua, la palma corta y espinuda; vuelan despacio en torno las animitas: entre los ruidos estridentes, oigo la música de la selva, compuesta y suave, como de finísimos violines; la música ondea, se enlaza y desata, abre el ala y se posa, titila y se eleva, siempre sutil y mínima: es la minada del son fluido: ¿qué alas rozan las hojas? ¿Qué violín diminuto, y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿Qué danza de almas de hojas? Se nos olvidó la comida: comimos salchichón, y chocolate, y una lonja de chopo asado. —La

ropa se secó a la fogata.

19.— Las 2 de la madrugada. Viene Ramón Rodríguez, el práctico, con Angel, —traen hachos, y café— Salimos a las 5, por loma áspera. A los Calderos en alto. El rancho es nuevo, y de adentro se oye la voz de la mambisa: “Pasen sin pena, aquí no tienen que tener pena”. El café en seguida, con su miel por dulce: ella seria, en sus chancletas, cuenta, una mano a la cintura y por el aire la otra, su historia de la guerra grande: murió el marido, que de noche pelaba sus puercos para los insurrectos, cuando se lo venían a prender: y ella rodaba por el monte, con sus tres hijos a rastro, “hasta que este buen cristiano me recogió, que aunque le sirva de rodillas nunca le podré pagar.” Va y viene ligera; le chispea la cara: de cada vuelta trae algo, más café, culantro de Castilla, para que “cuando tengan dolor al estómago por esos caminos, masquen un grano y tomen agua encima”: trae limón. Ella es Caridad Pérez y Piñó. —Su hija Modesta, de 16 años, se puso zapatos y túnico nuevo para recibirnos, y se sienta con nosotros, conversando sin zozobra, en los bancos de palma de la salita. De las flores de muerto, junto al cercado, le trae Ramón una, que se pone ella al pelo. Nos cose. El General cuenta “el machetazo de Caridad Estrada en el Camagüey.” El marido mató al chino denunciante de su rancho, y a otro: a Caridad la hirieron por la espalda; el marido se rodó muerto: la guerrilla huyó: Caridad recoge a un hijo al brazo, y chorreando sangre, se les va detrás: “¡si hubiera tenido un rifle!” Vuelve, llama a su gente, entierran al marido, manda por Boza: “¡vean lo que me han hecho!” Salta la tropa: “¡queremos ir a encontrar a ese capitán! No podía estar sentado el campamento. Caridad enseñaba su herida. Y siguió viviendo, predicando, entusiasmando en el campamento —Entra el vecino dudoso Pedro Gámez y trae de ofrenda café y 1 gallina. —Vamos haciendo almas. —Valentín, el español que se le ha puesto a Gómez de asistente, se afana en la cocina. —Los 6 hombres de Ruenes hacen su sancocho al aire libre. —Viene Isidro, muchachón de ojos garzos, muy vestido, con sus zapatos orejones de vaqueta: ése fue el que se nos apareció donde Pineda, con un dedo recién cortado: no puede ir a la guerra: “tiene que mantener a 3 primos hermanos”. A las 2 ½ después del chubasco, por lomas y el río Guayabo, al mangal, a 1 legua de Imía. Allí Felipe Dom el alcalde de Imías —Juan Rodríguez nos lleva, en marcha ruda de noche, costeando vecinos, a cerca del alto de la Yaya, la marcha con velas, a las 3 de la mañana.

20.— De allí Teodoro Delgado, al Palenque: monte pedregoso, palos amargos y naranja agria: al rededor, casi es grandioso el paisaje: vamos cercados de montes, serrudos, tetudos, picudos: monte plegado a todo el rededor: el mar al Sur. A lo alto, paramos bajo unas palmas. Viene llena de cañas la gente. Los vecinos: Estévez, Frómita, Antonio Pérez, de noble porte, sale a San Antonio. De una casa nos mandan café, y luego gallina con arroz. Se huye Jaragüita. ¿Lo azoraron? ¿Va a buscar a las tropas? Un montero trae

de Imía la noticia de que han salido a perseguirnos por el Jobo. Aquí esperaremos, como lo teníamos pensado, el práctico para mañana. —Jaragua, cabeza cónica: un momento antes me decía que quería seguir ya con nosotros hasta el fin. Se fue a la centinela, y se escurrió. Descalzo, ladrón de monte, práctico español: la cara angustiada, el hablar ceceado y chillón, bigote ralo, labios secos, la piel en pliegues, los ojos vidriosos, la cabeza cónica. Gaza sinsontes; pichones, con la liria del lechugo. Ahora tiene animales, y mujer. Se descolgó por el monte. No lo encuentran. Los vecinos le temen. —En un grupo hablan de los remedios de la nube en los ojos: agua de salliche del ítamo, “que le volvió la vista a un gallo”, —la hoja espinuda de la rosetilla bien majada, —“una gota de sangre del primero que vio la nube”. Luego hablan de los remedios para las úlceras: —la piedra amarilla del río Jojó, molida a polvo fino, el excremento blanco y peludo del perro, la miel de limón: —el excremento, cernido, y malva. Dormimos por el monte, en yaguas. —Jaragua, palo fuerte.

21.— A las 6 salimos con Ant^o, camino de S. Antonio. —En el camino nos detenemos a ver derribar una palma, a machetazos al pie, para coger una colmena, que traen seca, y las celdas llenas de hijos blancos. Gómez hace traer miel, exprime en ella los pichones, y es leche muy rica. A poco, sale por la vereda el anciano negro y hermoso, Luis González, con sus hermanos, y su hijo Magdaleno, y el sobrino Eufemio. Ya él había enviado aviso a Perico Pérez, y con él, cerca de San Antonio, esperaremos la fuerza. Luis me levanta del abrazo. Pero ¡qué triste noticia! ¿Será verdad que ha muerto Flor? ¿El gallardo Flor?: que Maceo fue herido en traición de los indios de Garrido: que José Maceo rebanó a Garrido de un machetazo. Almorzábamos buniato y puerco asado cuando llegó Luis: ponen por tierra, en un mantel blanco, el casabe de su casa. Vamos lomeando a los charrascales otra vez y de lo alto divisamos al ancho río de Sabanalamar, por sus piedras lo vadeamos, nos metemos por sus cañas, acampamos a la otra orilla. —Bello, el abrazo de Luis, con sus ojos sonrientes, como su dentadura, su barba cana al rape, y su rostro, espacioso y sereno, de limpio color negro. Él es padre de todo el contorno; viste buena rusia, su casa libre es la más cercana al monte. De la paz del alma viene la total hermosura a su cuerpo ágil y majestuoso. —De su tasajo de vaca y sus plátanos comimos mientras él fue al pueblo, y a la noche volvió por el monte sin luz, cargado de vianda nueva, con la hamaca al costado, y de la mano el cataure de miel lleno de hijos. —Vi hoy la yaguama, la hoja fénica, que estanca la sangre, y con su mera sombra beneficia al herido: “machuque bien las hojas, y métalas en la herida, que la sangre se seca”. Las aves buscan su sombra. —Me dijo Luis el modo de que las velas de cera no se apagasen en el camino, y es empapar bien un lienzo, y envolverlo apretado al rededor, y con eso la vela va encendida y se consume menos cera. —El médico preso, en la traición a Maceo ¿no será el pobre Frank? ¡Ah, —Flor!

22.— Día de espera impaciente. Baño en el río, de cascadas y hoyas, y grandes piedras, y golpes de cañas a la orilla. Me lavan mi ropa azul, mi chamarreta. A mediodía vienen los hermanos de Luis, orgullosos de la comida casera que nos traen: huevos fritos, puerco frito y una gran torta de pan de maíz. Comemos bajo el chubasco, y luego de un macheteo, izan una tienda, techada con las capas de goma. Toda la tarde es de noticias inquietas: viene desertado de las escuadras de Guantánamo un sobrino de Luis, que fue a hacerse de arma, y dice que bajan fuerzas: otro dice que de Batiquirí, —donde está de teniente el cojo Luis Bertot, traidor en Bayamo, han llegado a San Antonio dos exploradores, a registrar el monte. Las escuadras, de criollos pagados, con un ladrón feroz a la casa, hacen la pelea de España, la única pelea temible en estos contornos. A Luis, que vino al anochecer, le llegó carta de su mujer: que los exploradores, —y su propio hermano es uno de ellos, — van citados por Garrido, el teniente ladrón, a juntársele a La Caridad, y ojeará todo Cajuerí que en Vega Grande y los Quemados y en muchos otros pasos nos tienen puestas emboscadas. —Dormimos donde estábamos, divisando el camino: —Hablamos hoy de Céspedes y cuenta Gómez la casa de portal en que lo halló, en las Tunas, cuando fue, en mala ropa, con quince rifleros a decirle cómo subía, peligrosa, la guerra desde Oriente. Ayudantes pulcros, con polainas. Céspedes: kepis; y tenacillas de cigarro. La guerra abandonada a los jefes, que pedían en vano dirección, contrastaba con la festividad del cortejo tunero. A poco, el gobierno tuvo que acogerse a Oriente. —“No había nada, Martí”: —ni plan de campaña, ni rumbo tenaz y fijo. —Que la sabina, olorosa como el cedro, da sabor, y eficacia medicinal, al aguardiente. —Que el té de yagruma, —de las hojas grandes de la yagruma— es bueno para el asma. —Juan llegó, el de las escuadras, —él vio muerto a Flor, muerto, con su bella cabeza fría, y su labio roto, y dos balazos en el pecho: el 10 lo mataron. Patricio Corona, errante once días de hambre, se presentó a los Voluntarios. Maceo y 2 más se juntaron con Moncada Se vuelven a las casas los hijos y los sobrinos de Luis—, Ramón, el hijo de Eufemio, con su suave tez achocolatada, como bronce carmíneo, y su fina y perfecta cabeza, y su ágil cuerpo púber, —Magdaleno, de magnífico molde, pie firme, caña enjuta, pantorrilla volada, muslo largo, tórax pleno, brazos graciosos, en el cuello delgado la cabeza pura, de bozo y barba crespa: el machete al cinto, y el yarey alón y picudo. —Luis duerme con nosotros.

23.— A la madrugada, listos; pero no llega Eufemio, que debía ver salir a los exploradores, ni llega respuesta de la fuerza. Luis va a ver; y vuelve con Eufemio. Se han ido los exploradores. Emprendemos marcha tras ellos. De nuestro campamento de 2 días, en el Monte de la Vieja salimos, monte abajo, luego. De una loma al claro donde se divisa, por el Sur, el palmar de San Antonio, rodeado de jatiales y charrascos, en la hoya fértil de los cañadones, y a un lado y otro montes, y entre ellos el mar. Ese monte, a la derecha, con un

tajo como de sangre, por cerca de la copa, es Doña Mariana; ése, al Sur; alto entre tantos, es el Pan de Azúcar. De 8 a 2 caminamos, por el jatial espinudo, con el pasto bueno, y la flor roja y baja del guisaso de tres puyas: tunas, bestias sueltas. Hablamos de las escuadras de Guantánamo, cuando la otra guerra.

Gómez elogia el valor de Miguel Pérez: “dio un traspies, lo perdonaron, y él fue leal siempre al gobierno”: “en una yagua recogieron su cadáver lo hicieron casi picadillo”: “eso hizo español a Santos Pérez”. Y al otro Pérez, dice Luis, Policarpo le puso las partes de antiparras. “Te voy a cortar las partes”, le gritó en pelea a Policarpo —“Y yo a ti las tuyas, y te las voy a poner de antiparras: y se las puso.” —“Pero ¿por qué pelean contra los cubanos esos cubanos? Ya veo que no es por opinión, ni por cariño imposible a España.” “Pelean esos puercos, pelean así por el peso que les pagan, un peso al día menos el rancho que les quitan. Son los vecinos malos de los caseríos, o los que tienen un delito que pagar a la justicia, o los vagabundos que no quieren trabajar, y unos cuantos indios de Batiquirí y de Cajuerí. Del café hablamos, y de los granos que lo sustituyen: el platanillo y la boruca. De pronto bajamos a un bosque alto y alegre, los árboles caídos sirven de puente a la primer poza, por sobre hojas mullidas y frescas pedreras, vamos, a grata sombra, al lugar de descanso: el agua corre, las hojas de la yagruma blanquean el suelo, traen de la cañada a rastras, para el chubasco, pencas enormes, me acerco al rumor y veo entre piedras y helechos, por remansos de piedras finas y alegres cascadas, correr el agua limpia.

Llegan de noche los 17 hombres de Luis, y él solo, con sus 63 años, una hora adelante: todos a la guerra: y con Luis va su hijo.

24.— Por el cañadón, por el monte de Acosta, por el mucaral de piedra roída, con sus pozos de agua limpia en que bebe el sinsonte, y su cama de hojas secas, halamos, de sol a sol, el camino fatigoso. Se siente el peligro. Desde el Palenque nos van siguiendo de cerca las huellas. Por aquí pueden caer los indios de Garrido. Nos asilamos en el portal de Valentín, mayoral del ingenio Santa Cecilia. Al Juan fuerte, de buena dentadura, que sale a darnos la mano tibia; cuando su tío Luis lo llama al cercado: Y tú ¿por qué no vienes?”. —“¿Pero no ve como me come el bicho?” —El bicho, —la familia. —¡Ah, hombres alquilados, —salario corruptor! Distinto, el hombre propio, el hombre de sí mismo. —¿Y esta gente? ¿qué tiene que abandonar? ¿la casa de yaguas, que les da el campo, y hacen con sus manos? ¿los puercos, que pueden criar en el monte? Comer, lo da la tierra: calzado, la yagua y la majagua: medicina, las yerbas y cortezas; dulce, la miel de abeja —Más adelante, abriendo hoyos para la cerca, el viejo barbón y barrigudo, sucia la camiseta y el pantalón a los tobillos, —y el color terroso, y los ojos viboreznos y encogidos: —“¿Y Uds., qué hacen?” —“Pues aquí estamos haciendo estas

cercas.” —Luis maldice, y levanta el brazo grande por el aire. Se va a anchos pasos, temblándole la barba.

25.— Jornada de guerra. —A monte puro vamos acercándonos, ya en las garras de Guantánamo, hostil en la primera guerra, hacia Arroyo Hondo. Perdíamos el rumbo. Las espinas nos tajaban. Los bejucos nos ahorcaban y azotaban. Pasamos por un bosque de jigüeras, verdes, pegadas al tronco desnudo, o al ramo ralo. La gente va vaciando jigüeras, y emparejándoles la boca. A las once, redondo tiroteo. Tiro graneado, que retumba; contra tiros velados y secos. Como a nuestros mismos pies es el combate: entran, pesadas, tres balas, que dan en los troncos. “¡Qué bonito es un tiroteo de lejos!” dice el muchachón agraciado de San Antonio, —un niño. “Más bonito es de cerca”, dice el viejo. Siguiendo nuestro camino subimos a la margen del arroyo. El tiroteo se espesa; Magdaleno, sentado contra un tronco, recorta adornos en su jigüera nueva: Almorzamos huevos crudos, un sorbo de miel, y chocolate de “La Imperial” de Santiago de Cuba. —A poco, las noticias: dos vienen del pueblo. Y ya han visto entrar un muerto, y 25 heridos: Maceo vino a buscarnos, y espera en los alrededores: a Maceo, alegremente. Dije en carta a Cármita: —“En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo, los caballos que han tomado a la guardia civil: se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo y nos calzan la espuela” ¿cómo no me inspira horror, la mancha de sangre que vi en el camino? ¿Ni la sangre a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendimos la marcha de victoria, de vuelta al campamento. A las 12 de la noche habían salido, por ríos y cañaverales y espinares, a salvarnos: acababan de llegar; ya cerca, cuando les cae encima el español: sin almuerzo pelearon las 2 horas, y con galletas engañaron el hambre del triunfo: y emprendían el viaje de 8 leguas, con tarde primero alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan, corriendo y voceando. Nos revolvemos, caballos y de a pie en los altos ligeros. Entra al cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. (Cruzamos el ancho ferrocarril: oímos los pitazos del oscurecer en los ingenios: vemos, al fin del llano, los faros eléctricos;) “Párese la columna, que hay un herido atrás. Uno hala su pierna atravesada, y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: “No, amigo: yo no estoy muerto:” y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonríen gloriosos. Se oye algún ay, y más risas, y el habla contenta. “Abran camino”, y llega montado el recio Cartagena, Teniente Coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza, al estribo de cuero. Y otros hachones, de tramos en tramos. O encienden los árboles secos, que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo. El río nos corta. Aguardamos

a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ya es la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderadas, el campamento ya duerme: al pie de un árbol grande iré luego a dormir junto al machete y el revólver y de almohada mi capa de hule: ahora hurgo el jolongo, y saco de él la medicina para los heridos. Cariñosas las estrellas, a las 3 de la madrugada.

A las 5, abiertos los ojos, Coli al costado, machete al cinto, espuela a la alpargata, y a caballo”. — Murió Alcil Duvergié, el valiente: de cada fagonazo, su hombre: le entró la muerte por la frente: a otro, tirador, le vaciaron una descarga encima: otro cayó, cruzando temerario el puente. —¿Y a dónde, al acampar, estaban los heridos? Con trabajo los agrupo, al pie del más grave, que creen pasmado, y viene a andas en una hamaca, colgando de un palo. Del jugo del tabaco, apretado a un cabo de la boca, se le han desclavado los dientes. Bebe descontento un sorbo de Marrasquino. ¿Y el agua, que no viene, el agua de las heridas, que al fin traen en un cubo turbio? La trae fresca el servicial Evaristo Zayas, de Ti Arriba. ¿Y el practicante, dónde está el practicante, que no viene a sus heridos—? Los otros tres se quejan, en sus capotes de goma. Al fin llega, arrebuñado en una colcha, alegando calentura. Y entre todos, con Paquito Borrero de tierna ayuda, curamos la herida de la hamaca, una herida narigona, que entró y salió por la espalda: en una boca cabe un dedal, y una avellana en la otra: lavamos, iodoformo, algodón fenicado. Al otro, en la cabeza del muslo: entró y salió. Al otro, que se vuelve de bruces, no le salió la bala de la espalda: allí está, al salir, en el manchón rojo e hinchado: de la sífilis tiene el hombre comida la nariz y la boca: al último, boca y orificio, también en la espalda: tiraban, rodilla en tierra, y el balazo bajo les atravesó las espaldas membrudas, A Antonio Suárez, de Colombia, primo de Lucila Cortés, la mujer de Merchan, la misma herida. Y se perdió a pie, y nos halló luego.

26.— A formar, con el sol: A caballo, soñolientos. Cojea la gente, aun no repuesta. A penas comieron anoche. Descansamos, a eso de las 10, a un lado y otro del camino. De la casita pobre envían de regalo una gallina al “General Matías” y miel. De tarde y noche escribo, a New York, a Antonio Maceo, que está cerca, e ignora nuestra llegada; y la carta de Manuel Fuentes al World que acabé con lápiz sobre la mano, al alba. A ratos ojeé ayer el campamento tranquilo y dichoso: llama la corneta: traen cargas de plátanos al hombro: mugen las reses cogidas, y las degüellan: Victoriano Garzón, el negro juicioso de bigote y perilla, y ojos fogosos, me cuenta, humilde y ferviente, desde su hamaca, su asalto triunfante a Ramón de las Yaguas: su palabra es revuelta e intensa, su alma bondadosa, y su autoridad natural: mima, con verdad, a sus ayudantes blancos, a Mariano Sánchez y a Rafael Portuondo; y si yerran en un punto de disciplina, les levanta el yerro. De carnes seco, dulce de sonrisa: la camisa azul, y negro el pantalón: cuida, uno a uno, de sus soldados. —José

Maceo, formidable, pasea el alto cuerpo: aún tiene las manos arpadadas, de la maraña del pinar y del monte, cuando se abrió en alas la expedición perseguida de Costa Rica, y a Flor lo mataron, y Antonio llevó a dos consigo y José quedó al fin solo, hundido bajo la carga, moribundo de frío en los pinos húmedos, los pies gordos y rotos: y llegó, y ya vence.

27.— El campamento al fin, en la estancia de Filipinas. Atiendo en seguida al trabajo de la jurisdicción: Gómez, escribe junto a mí, en su hamaca. A la tarde, Pedro Pérez, el primer sublevado de Guantánamo: de 18 meses de escondite, salió al fin, con 37, seguido de muerte, y hoy tiene 200. En el monte, con los 17 de la casa, está su mujer, que nos manda la primera bandera. ¡Y él, sirvió a España en las escuadras, en la guerra grande! Lealtad de familia a Miguel Pérez. —Apoyado en su bastón, bajo de cuerpo, con su leontina de plata, caídas las patillas pocas por los lados del rostro enjuto y benévolo, fue con su gente brava, a buscar a Maceo en vano por todo Baracoa, en los dientes de los indios: su jipijapa está tinto de púrpura, y bordada de mujer es la trenza de color de su sombrero, con los cabos por la espalda. —Él no quiere gente a caballo, ni monta él, ni tiene a bien los capotes de goma, sino la lluvia pura, sufrida en silencio.

28.— Amanezco al trabajo. A las 9 forman, y Gómez, sincero y conciso, arenga: Yo hablo, al sol. Y al trabajo. A que quede ligada esta fuerza en el espíritu unido: a fijar, y dejar ordenada, la guerra enérgica y magnánima: a abrir vías con el Norte, y servicio de parque: a reprimir cualquier intentona de perturbar la guerra con promesas. Escribo la circular a los jefes, a que castiguen con la pena de traición la intentona, —la circular a los hacendados, —la nota de Gómez a las fincas, —cartas a amigos probables, —cartas para abrir el servicio de correo y parque, cartas para la cita a Brooks, —nota al gobierno inglés, por el cónsul de Guantánamo, incluyendo la declaración de José Maceo sobre la muerte casual, de un tiro escapado a Corona, de un marino de la goleta Honor. en que vino la expedición de Fortune Island, —instrucciones a José Maceo, a quien Gómez nombra Mayor General, —nota a Ruenes, invitándole a enviar el representante de Baracoa a la Asamblea de Delegados del pueblo cubano revolucionario para elegir el gobierno que deba darse la revolución, —carta a Masó. Vino Luis Bonne, a quien Gómez buscaba, por sagaz y benévolo, para crearme una escolta. Y de Ayudante trae a Ramón Garriga y Cuevas, a quien de niño solía yo agasajar cuando lo veía travieso o desamado en Nueva York, y es manso, afectuoso, lúcido, y valiente.

29.— Trabajo. Ramón queda a mi lado. En el ataque de Arroyo Hondo un flanco nuestro, donde estaba el hermano de un teniente criollo, mató al teniente, en la otra fuerza. —Se me fue, con su hijada, Luis González. “Ese rostro quedará estampado aquí.” Y me lo decía con rostro celeste.

30.— Trabajo. —Antonio Suárez, el colombiano, habla quejoso y díscolo:

que desatendido, que coronel. —Maceo, alegando operación urgente, no nos esperará. Salimos mañana.

1ro de Mayo. —Salimos del campamento, de Vuelta Corta. Allí fue donde Policarpo Pineda, el Rustán, el Polilla, hizo abrir en pedazos a Francisco Pérez, el de las escuadras. Polilla, un día, fusiló a Jesús: llevaba al pecho un gran crucifijo, una bala le metió todo un brazo— de la cruz en la carne: y a la cruz, luego, le descargó los cuatro tiros. De eso íbamos hablando por la mañana, cuando salió el camino, ya en la región florida de los cafetales, con plátano y cacao, a una mágica hoya, que llaman la Tontina, y en lo hondo del vasto verdor enseña apenas el techo de guano, y al lado, con su flor morada, el árbol del caracolillo. A poco más el Kentucky. El cafetal de Pezuela, con los secaderos grandes de mampostería frente a la casa, y la casa, alegre y espaciosa, de blanco y balcones; y el gran bajo con las máquinas, y a la puerta Nazario Soncourt; mulato fino, con el ron y el jarro de agua en un taburete, y vasos. Salen a vernos los Thoreau, de su vistoso cafetal, con las casitas de mampostería y teja: el menor, colorado, de afán y los ojos ansiosos y turbios, tartamudea: —¿“pero podemos trabajar aquí, verdad? podemos seguir trabajando.” —Y eso no más dice, como un loco. —Llegamos al monte. Estanislao Cruzat, buen montuno, caballero de Gómez, taja dos árboles por cerca del pie, clava al frente de cada uno dos horquetas, y otras de apoyo al tronco, y cruces, y varas a lo largo, y ya está el banco. Del descanso corto, a la vereda espesa, en la fértil tierra de TiArriba. El sol brilla sobre la lluvia fresca; las naranjas cuelgan de sus árboles ligeros: yerba alta cubre el suelo húmedo: delgados troncos blancos cortan, salteados, de la raíz al cielo azul, la selva verde: se trenza a los arbustos delicados el bejuco, a espiral de aros iguales, como de mano de hombre, caen a tierra de lo alto, meciéndose al aire, los cupeyes: de un curujey, prendido a un jobo, bebo el agua clara: chirrían, en pleno sol los grillos. —A dormir, a la casa del “español malo”: huyó a Cuba: la casa, techo de zinc y suelo puerco: la gente se echa sobre los racimos de plátanos montados en vergas por el techo, sobre dos cerdos, sobre palomas y patos, sobre un rincón de yucas. Es la Demajagua.

2.— Adelante, hacia Jaragüeta. En los ingenios. Por la caña vasta y abandonada de Sabanilla: va Rafael Portuondo a la casa, a traer las 5 reses: vienen en mancuerna ¡pobre gente, a la lluvia! Llegamos a Leonor. Y ya, desechando la tardía comida, con queso y pan nos habíamos ido a la hamaca, cuando llega, con caballería de Zefí, el corresponsal del Herald. George Eugene Bryson. Con él trabajo hasta las 3 de la mañana.

3.— A las 5,378 con el Coronel Perié, que vino anoche, a su cafetal de Jaragüeta, en una altura, y un salón como escenario, y al pie en vasto cuadro, el molino, ocioso, del cacao y café. De lo alto, a un lado y otro, cae, bajando, el vasto paisaje, y dos aguas cercanas, de lechos de piedras en lo hondo, y

palmas sueltas, y fondo de monte, muy lejano. Trabajo el día entero, en el manifiesto al Herald, y más para Bryson. A la 1,382 al buscar mi hamaca, veo a muchos por el suelo, y creo que se han olvidado de colgarla. Del sombrero hago almohada: me tiendo en un banco: el frío me echa a la cocina encendida: me dan la hamaca vacía: un soldado me echa encima un mantón viejo: a las 4, diana.

4.— Se va Bryson. Poco después, el consejo de guerra de Masabó. Violó y robó. Rafael preside, y Mariano acusa. Masabó, sombrío, niega: rostro brutal. Su defensor invoca nuestra llegada, y pide merced. A muerte. Guando leían la sentencia, al fondo, del gentío, un hombre pela una caña. Gómez arenga: “Este hombre no es nuestro compañero: es un vil gusano”, Masabó, que no se ha temblado, alza con odio los ojos hacia él. Las fuerzas, en gran silencio, oyen y aplauden: “¡Qué viva!” Y mientras ordenan la marcha, en pie queda Masabó; sin que se le caigan los ojos ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido. Al fin van, la caballería, el reo, la fuerza entera, a un bajo cercano; al sol. Grave momento, el de la fuerza callada, apiñada. Suenan los tiros, y otro más, y otro de remate. Masabó ha muerto valiente. “¿Cómo me pongo, Coronel? ¿De frente o de espalda?” “De frente”. En la pelea era bravo.

5.— Maceo nos había citado para Bocuey, a donde no podremos llegar a las 12, a la hora a que nos cita. Fue anoche el propio, a que espere en su campamento. Vamos, —con la fuerza toda. De pronto, unos jinetes. Maceo, en un caballo dorado, en traje de holanda gris: ya tiene plata la silla, airosa y con estrellas. —Salió a buscarnos, porque tiene a su gente de marcha: al ingenio cercano, a Mejorana, va Maspón a que adelanten almuerzo para cien. El ingenio nos ve como de fiesta: a criados y trabajadores se les ve el gozo y la admiración: el amo, anciano colorado y de patillas, de jipijapa y pie pequeño, trae vermouth, tabacos, ron, malvasía. “Maten tres, cinco, diez, catorce gallinas”. De seno abierto y chancleta viene una mujer a ofrecernos aguardiente verde, de yerbas: otra trae ron puro. Va y viene el gentío. De ayudante de Maceo lleva y trae, ágil y verboso, Castro Palomino. Maceo y Gómez hablan bajo, cerca de mí: me llaman a poco, allí en el portal: que Maceo tiene otro pensamiento de gobierno: una junta de los generales con mando, por sus representantes —y una Secretaría General: —la patria, pues, y todos los oficios de ella, que crea y anima al ejército, como secretaría del ejército. Nos vamos a un cuarto a hablar. No puedo desenredarle a Maceo la conversación: ¿“pero U. se queda conmigo o se va con Gómez?” Y me habla, cortándome las palabras, como si fuese yo la continuación del gobierno leguleyo, y su representante. Lo veo herido— “lo quiero —me dice— menos de lo que lo quería” —por su reducción a Flor en el encargo de la expedición, y gasto de sus dineros. Insisto en deponerme ante los representantes que se reúnan a elegir gobierno. No quiere que cada jefe de Operaciones mande el

suyo, nacido de su fuerza: él mandará los cuatro de Oriente: “dentro de 15 días estarán con Uds.—y serán gentes que no me las pueda enredar allá el Doctor Martí”. —En la mesa, opulenta y premiosa, de gallina y lechón, vuélvese al asunto: me hiere, y me repugna: comprendo que he de sacudir el cargo, con que se me intenta marcar de defensor ciudadanesco de las trabas hostiles al movimiento militar. Mantengo, rudo: el Ejército, libre, —y el país, como país y con toda su dignidad representado. Muestro mi descontento de semejante indiscreta y forzada conversación, a mesa abierta, en la prisa de Maceo por partir. Que va a caer la noche sobre Cuba, y ha de andar seis horas. Allí, cerca, están sus fuerzas: pero no nos lleva a verlas: las fuerzas reunidas de Oriente Rabí, de Jiguaní, Busto, de Cuba, las de José, que trajimos. A caballo, adiós rápido. “Por ahí se van Uds.” —y seguimos, con la escolta mohína; ya entrada la tarde, sin los asistentes, que quedaron con José, sin rumbo cierto, a un galpón del camino, donde no desensillamos. Van por los asistentes: seguimos, a Otro rancho fangoso, fuera de los campamentos, abierto a ataque. Por carne manda Gómez al campo de José: la traen los asistentes. Y así, como echados, y con ideas tristes, dormimos.

7.— De Jagua salimos, y de sus mambises viejos y leales, por el Mijial. En el Mijial los caballos comen la piña forastera, y dé ella, y de cedros hacen tapas para galones. A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno y cocimiento grato. En el camino nos salió Prudencio Bravo, el guardián de los heridos, a decirnos adiós. Vimos a la hija de Nicolás Cedeño, que habla contenta, y se va con sus 5 hijos a su monte de Holguín. Por el camino de Barajagua —“aquí se peleó mucho” “todo esto llegó a ser nuestro”— vamos hablando de la guerra vieja, Allí, del monte tupido de los lados, o de los altos y curvos enlomados del camino, se picaba a las columnas, que al fin, cesaron: por el camino se va a Palma y a Holguín. Zefí dice que por ahí trajo él a Martínez Campos, cuando vino a su primer conferencia con Maceo: “El hombre salió colorado como un tomate, y tan furioso que tiró el sombrero al suelo, y me fue a esperar a media legua.” Andamos cerca de Baraguá. Del camino salimos a la sabana de Pinalito, que cae, corta, al arroyo de las Piedras, y tras él, a la loma de La Risueña, de suelo rojo y pedregal, combada como un huevo, y al fondo graciosas cabezas de monte, de extraños contornos: un bosquecillo, una altura que es como una silla de montar, una escalera de lomas. Damos de lleno en la sabana de Vio, concha verde, con el monte en torno, y palmeras en él, y en lo abierto un cayo u otro, como florones, o un espino solo, que da buena leña: las sendas negras van por la yerba verde, matizada de flor morada y blanca: A la derecha, por lo alto de la sierra espesa, la cresta de pinos. Lluvia recia. Adelante va la vanguardia, uno con la yagua a la cabeza, otro con una caña por el arzón, o la yagua en descanso, o la escopeta. El alambre del telégrafo —se revuelca en la tierra. Pedro pasa, con el portabandera desnudo, —una vara de [...]: A Zefi, con la

cuchara de plomo en la cruz de la bandolera, le cose la escarapela el ala de atrás. A Chacón, descalzo, le relumbra, de la cintura a la rodilla, el pavón del rifle. A Zambrano, que se hala, le cuelga por la cadera el cacharro de hervir. Otro, por sobre el saco, lleva una levita negra. Miro atrás, por donde vienen, de cola de la marcha, los mulos y los bueyes, y las tercerolas de retaguardia, y sobre el cielo gris veo, a paso pesado, tres [] y uno, como poncho, lleva por la cabeza una yagua. Por la sabana que sigue, por Hato del Medio, famosa en la guerra, seguimos, con la yerba ahogada del aluvión, al campamento, allá detrás de aquellas pocas reses. “Aquí, me dijo Gómez, nació el cólera, cuando yo vine con doscientas armas y 4 000 libertos, para que no se los llevasen los españoles, y estaba esto cerrado de reses, y mataron tantas que del hedor se empezó a morir la gente, y fui regando la marcha con cadáveres: 500 cadáveres dejé en el camino a Tacajó.” Y entonces me cuenta lo de Tacajó, el acuerdo entre Céspedes y Donato Mármol. Céspedes, después de la toma de Bayamo, desapareció. Eduardo Mármol, culto y funesto, aconsejó a Donato la Dictadura. Félix Figueredo pidió a Gómez que apoyase a Donato, y entrase en lo de la Dictadura, a lo que Gómez le dijo que ya lo había pensado hacer y lo haría, no por el consejo de él, sino para estar dentro, y de adentro impedirlo mejor: “Sí, decía Félix, porque a la revolución le ha nacido una víbora.” “Y lo mismo era él”, me dijo Gómez. De Tacajó envió Céspedes a citar a Donato a conferencia cuando ya Gómez estaba con él, y quiso Gómez ir primero, y enviar luego recado. Al llegar donde Céspedes, como Gómez se venía con la guardia que halló como a un cuarto de legua, creyó notar confusión y zozobra en el campamento, hasta que Marcano salió a Gómez que le dijo: “Ven acá, dame un abrazo”. —Y cuando los Mármoles llegaron, a la mesa de cincuenta cubiertos, y se habló allí de la diferencia, desde las primeras consultas se vio que, como Gómez los demás opinaban por el acatamiento a la autoridad de Céspedes. “Eduardo se puso negro.” “Nunca olvidaré el discurso de Eduardo Arteaga: “El sol, dijo, con todo su esplendor suele ver oscurecida su luz por repentino eclipse; pero luego brilla con nuevo fulgor más hirviente por su pasajero oscurecimiento: así ha sucedido, al sol Céspedes.” Habló José Joaquín Palma. ¿Eduardo? Dormía la siesta un día, y los negros hacían bulla en el batey. Mandó callar y aún hablaban. “¿Ah, no quieren entender?” Tomó el revólver —él era muy buen tirador: y hombre al suelo, de una bala en el pecho. Siguió durmiendo” —Ya llegamos, a son de corneta, a los ranchos, y la tropa formada bajo la lluvia, de Quintín Bandera. Nos abraza, muy negro, de bigote y barbija, en botas, capa y jipijapa, Narciso Moncada, el hermano de Guillermo: “¡ah, sólo que falta un número!” Quintín, sesentón, con la cabeza metida en los hombros, troncado el cuerpo, la mirada baja y la palabra poca, nos recibe a la puerta del rancho: arde de la calentura: se envuelve en su hamaca: el ojo, pequeño y amarillo, parece como que le viene de hondo, y hay que asomarse a él: a la cabeza de su hamaca hay un tamboril. Deodato

Carvajal es su teniente, de cuerpo fino, y mente de ascenso, capaz y ordenada: la palabra, por afinarse, se revuelve, pero hay en él método, y mando, y brío para su derecho y el ajeno: me dice que por él recibía mis cartas Moncada. Narciso Moncada, verboso y fornido, es de bondad y pompa: “en verbo de licor; no gasto nada”: su hermano está enterrado —“más abajo de la altura de un hombre, con planos de ingeniero—, donde sólo lo sabemos unos pocos, y si yo me muero, otro sabe, y si ése se muere, otro, y la sepultura siempre se salvará.” “¿Y a nuestra madre, que nos la han tratado como si fuera la madre de la patria?” Dominga Moncada ha estado en el Morro tres veces: y todo porque aquel General que se murió la llamó para decirle que tenía que ir a proponerle a sus hijos, y ella le dijo: Mire, General, si yo veo venir a mis hijos por una vereda, y lo veo venir a U. del otro lado, les grito: “huyan, mis hijos, que éste es el general español.” —A caballo entramos al rancho, por el mucho fango de afuera, para podemos desmontar y del lodo y el aire viene hedor, de la mucha res que han muerto cerca: el rancho, gacho, está tupido de hamacas. —A un rincón, en un cocinazo, hierven calderos. Nos traen café, ajengibre, cocimiento de hoja de guanábana. Moncada, yendo y viniendo, alude al abandono en que dejó Quintín a Guillermo —Quintín me habla así: “y luego tuvo el negocio que se presentó con Moncada, o lo tuvo él conmigo, cuando me quiso mandar con Masó, y pedí mi baja.

Carvajal había hablado de “las decepciones” sufridas por Bandera: Ricardo Sártorius, desde su hamaca, me habla de Purnio, cuando les llegó el telegrama falso de Cienfuegos para alzarse: me habla de la alevosía con su hermano Manuel, a quien Miró hurtó sus fuerzas, y “forzó a presentarse: “le iba esto”, —la garganta. —Vino Calunga de Masó, con cartas para Maceo: no acudirá a la cita de Maceo muy pronto, porque está amparando una expedición del Sur que acaba de llegar. Se pelea mucho en Bayamo. Está en armas Camagüey. Se alzó el Marqués, y el hijo de Agramonte. Hiede.

8.— A trabajar a una altura vecina, donde levantan el nuevo campamento: a ranchos de troncos, atados con bejuco, techados con palma. Nos limpian un árbol y escribimos al pie —Cartas a Miró— de Gómez, como a Coronel, seguro de que ayudará “al Brigadier Angel Guerra, nombrado Jefe de Operaciones”, —mía, con el fin de que, sin desnudarle el pensamiento, vea la conveniencia y justicia de aceptar y ayudar a Guerra. —Miró hace de árbitro de la comarca, como Coronel. Guerra sirvió los 10 años, y no le obedecería. —Cartas a prominentes de Holguín, y circulares: —a Guadalupe Pérez, acaudalado, —a Rafael Manduley, procurador, —a Francisco Frexes, abogado.

En la mesa, sin rumbo, funge el consejo de guerra de Isidro Tejera, y Onofre y José de la O. Rodríguez: los pacíficos dieron parte del terror en que pusieron al vecindario: el Capitán Juan Peña y Jiménez.—Juan el Cojo, que

servió “en las tres guerras” de una pierna solo tiene el muñón, y monta a caballo de un salto, —oyó el susto a los vecinos, y vio las casas abandonadas, y depone que los tres le negaron las armas, y profirieron amenazas de muerte. —El consejo, enderezado de la confusión, los sentencia a muerte. Vamos al rancho nuevo, de alas bajas, sin paredes. —José Gutiérrez, el corneta afable que se lleva Paquito, toca a formación. Al silencio de las filas traen los reos: y lee Ramón Garriga la sentencia, y el perdón. Habla Gómez de la necesidad de la honra en las banderas: “ese criminal ha manchado nuestra bandera.” Isidro, que venía llorando, pide licencia de hablar: habla gimiendo, y sin idea, que muere sin culpa, que no lo dejarán morir, que es imposible que tantos hermanos no le pidan el perdón. Tocan marcha. Nadie habla. El gime, se retuerce en la cuerda, no quiere andar. Tocan marcha otra vez, y las filas siguen, de dos en fondo. Con el reo, que implora, Chacón y cuatro rifles, empujándolos. Detrás, solo, sin sus polainas, saco azul y sombrero pequeño, Gómez. —Otros atrás, pocos, y Moncada, —que no va al reo, ya en el lugar de muerte, llamando desolado, sacándose el reloj, que Chacón le arrebató, y tira en la yerbas. [...] manda Gómez, con el rostro demudado y empuña su revólver, a pocos pasos del reo. Lo arrodillan, al hombre espantado, que aún, en aquella rapidez, tiene tiempo, sombrero en mano, para volver la cara dos o tres veces. A dos varas de él los rifles bajos, “¡Apunten!” dice Gómez: ¡Fuego! Y cae sobre la yerba, muerto. —De los dos perdonados, —cuyo perdón aconsejé y obtuve, —uno, ligeramente cambiado el color pardo, no muestra espanto, sino sudor frío: otro, con sus cuerdas por los codos; está como si aún se hiciese atrás, como si huyese el cuerpo, ido de un lado lo mismo que el rostro, que se le chupó y desencajó. —El, cuando les leyeron la sentencia, en el viento y las nubes de la tarde, sentados los tres por tierra, con el pie en el cepo de varas, sé apretaba con la mano las sienes. El otro, Onofre, oía como sin entender, y volvía la cabeza a los ruidos. “El Brujito”, el muerto, mientras esperaba el fallo, escarbaba, doblado, la tierra, —o alzaba de repente el rostro negro, de ojos pequeños, y nariz hundida de puente ancho. —El cepo fue hecho al vuelo: una vara recia en tierra, otra más fina al lado, atada por arriba, y clavada abajo de modo que deje paso estrecho al pie preso. —“El Brujito”, decían luego, era bandido de antes: “puede Ud. Jurar, decía Moncada, que deja su entierro de catorce mil pesos.”—Sentado en un baúl, en el rancho, alrededor de la vela de cera, Moncada cuenta la última marcha de Guillermo moribundo; cuando iba a la cita con Masó. A la prisión entró Guillermo sano, y salió de ella delgado, caído, echando sangre en cuajos a cada tos. Un día, en la marcha, se sentó en el camino, con la mano a la frente: “me duele el cerebro”: y echó a chorros la sangre, en cuajos rojos —“estos son de la pulmonía”— decía luego Guillermo revolviéndolos— “y éstos, los negros, son de la espalda”. Zefi cuenta, y Gómez de la fortaleza de Moncada. “Un día dice, lo hirieron en la rodilla, y se le montó un hueso sobre el otro, así”, y se

puso al pecho un brazo sobre otro: “no se podía poner los huesos en lugar y entonces, por debajo de los brazos lo colgamos, en aquel rancho más alto que éste, y yo me abracé a su pierna, y con todas mis fuerzas me dejé descolgar, y el hueso volvió a puesto, y el hombre no dijo palabra.” Zefí es al tazo, de músculo seco: “y me quedo de bandido en el monte si quieren otra vez acabar esto con infamias”. “Una cosa tan bien plantificada como ésta, dice Moncada, y andar con ella trafagando”: —Se queja él con amargura del abandono y engaño en que tenía a Guillermo Urbano Sánchez, — Guillermo ansioso siempre de la compañía blanca: “le digo que en Cuba hay una división horrorosa.” Y se le ve el recuerdo rencoroso en la censura violenta a Mariano Sánchez, cuando en el Ramón de las Yaguas abogó por que se cumpliera al Teniente rendido la palabra de respetarle las armas, y Mariano que se veía con escopeta, y a otros más, quería echarse sobre los 60 rifles. —“¿Y Ud. quién es, dice Narciso que le dijo Mariano para dar voto en esto?” —Y Gómez expresa la idea de que Mariano “no tiene cara de cubano, por más que U. me diga, —y dispéñeme”. —Y de que el padre anda afuera, y mandó al hijo adentro, para estar a la vez en los dos campos. — Mucho vamos hablando de la necesidad de picar al enemigo aturdido, y sacarlo sin descanso a la pelea,—de cuajar con la pelea el ejército revolucionario desocupado, —de mudar campos como éste, de 400 hombres, que cada día aumentan, y comen en paz y guardan 300 caballos, en fuerza más ordenada y activa, que “yo, con mis escopetas y mis dos armas de precisión, sé cómo armarme”, dice Bandera: Bandera: que pasó allá abajo el día, en su hamaca solitaria, en el rancho fétido.

9.— Adiós; a Banderaa Moncada, —al fino Carvajal, que quisiera irse con nosotros, a los ranchos donde asoma la gente, saludando con los yareyes: “¡Dios los lleve con bien, mis hermanos!” Pasamos, sin que uno solo vuelva a ella los ojos, junto a la sepultura. Y a poco andar por el hato lodoso, se sale a la sabana, y a unos mangos al fondo: es Baraguá: son los mangos, aquellos dos troncos con una sola copa, donde Martínez Campos conferenció con Maceo. Va de práctico un mayaricero que estuvo allí entonces: “Martínez Campos lo fue a abrazar y Maceo le puso el brazo por delante, así: ahí fue que tiró el sombrero al suelo. Y cuando le dijo que ya García había entrado, viera el hombre cuando Antonio le dijo: “¿quiere Vd. que le presente a García?” “García estaba allí, en ese monte: todo ese monte era de cubanos no más. Y de ese lado había otra fuerza, por sí venían con traición”. De los llanos de la protesta, salimos al borde alto, del rancho abandonado, de donde se ve el brazo del río, aún seco ahora, con todo el cauce de yerbal, y los troncos caídos cubiertos de bejuco, con flores azules y amarillas, y luego de un recodo, la súbita bajada: —“¡Ah, Cauto —dice Gómez — cuánto tiempo hacia que no te veía!” Las barrancas feraces y elevadas penden, desgarradas a trechos, hacia el cauce, estrecho aún, por donde corren, turbias y revueltas, las primeras lluvias. De suave reverencia se hincha el pecho, y cariño poderoso, ante el vasto

paisaje del río amado. Lo cruzamos, por cerca de una seiba, y, luego del saludo a una familia mambí, muy gozosa de vernos, entramos al bosque claro, de sol dulce, de arbolado ligero, de hoja acuosa. Como por sobre alfombra van los caballos, de lo mucho del césped. Arriba el curujeyal da al cielo azul, o la palma nueva, o el dagame, que da la flor más fina, amada de la abeja, o la guásima, o la jatía. Todo es festón y hojeo, y por entre los claros, a la derecha, se ve el verde del limpio, a la otra margen, abrigado y espeso. Veo allí el ateje, de copa alta y menuda, de parásitas y curujeyes: el cajueirán, “el palo más fuerte de Cuba”, el grueso júcaro, el almácigo, de piel de seda, la jagua de hoja ancha, la preñada güira, el jigüe duro, de negro corazón para bastones, y cáscara de curtir, el jubabán, de fronda leve, cuyas hojas, capa a capa, “vuelven raso al tabaco”, la caoba, de corteza brusca, la quiebrahacha de tronco estriado, y abierto en ramos recios, cerca de las raíces (el caimitillo y el cupey y la picapica) y la yamagua, que estanca la sangre: —A Cosme Pereira nos hallamos en el camino, y con él a un hijo de Eusebio Venero, que se vuelve a anunciarnos a Altagracia. Aún está en Altagracia Manuel Venero, tronco de patriotas, cuya hermosa hija Panchita murió, de no querer ceder al machete del asturiano Federicón. Con los Venero era muy íntimo Gómez, que de Manuel osado hizo un temido jefe de guerrilla, y por Panchita sentía viva amistad, que la opinión llamaba amores. El asturiano se llevó la casa un día, y en la marcha iba dejando a Panchita atrás, y solicitándola, y resistiendo ella. —“¿Tú no quieres porque eres querida de Gómez?” Se irguió ella, y él la acabó, con su propia mano. Su casa hoy nos recibe con alegría, en la lluvia oscura, y con buen café —Con sus holguineros se alberga allí Miró, que vino a alcanzarnos al camino: de aviso envió a Pancho Díaz mozo que por una muerte que hizo se fue a asilar a Monte Cristi, y es práctico de ríos, que los cruza en la cresta, y enlazador y hoceador de puercos, que mata a machetazos.

Miró llega, cortés en su buen caballo: le veo el cariño cuando me saluda: él tiene fuerte habla catalana; tipo fino; barba en punta y calva; ajos vivaces. Dio a Guerra su gente, y con su escolta de mocetones subió a encontrarnos. —“Venga, Rafael.” Y se acerca, en su saco de nipe amarillo, chaleco blanco, y jipijapa de ala corta a la oreja Rafael Manduley, el procurador de Holguín, que acaba de salir al campo. La gente, bien montada, es de muy buena cepa: Jaime Muñoz, peinado al medio, que administra bien, José González, Bartolo Rocaval, Pablo García, el práctico sagaz, Rafael Ramírez, Sargento primero de la guerra, enjuto, de bigotillo negro, Juan Oro, Augusto Fera, alto y bueno, del pueblo, cajista y de letra, Teodorico Torres, Nolasco Peña, Rafael Peña, Luis Jerez, Francisco Díaz, Inocencio Sosa, Rafael Rodríguez, —y Plutarco Artigas, amo de campo, rubio y tuerto, puro y servicial: dejó su casa grande, su bienestar y “nueve hijos de los diez que tengo, porque el mayor me lo traje conmigo”. Su hamaca es grande, con la almohadilla hecha de manos tiernas; su caballo es recio, y de lo mejor de la comarca; él se va lejos, a otra

jurisdicción, para que de cerca “no lo tenga amarrado su familia”: y “mis hijitos se me hacían una piña al rededor y se dormían conmigo”. Aun vienen Miró y Manduley henchidos de su política local: a Manduley “no le habían dicho nada de la guerra”, —a él que tiene fama de erguido, y de autoridad moral: trae espejeras: iba a ver a Masó: “y yo, que alimentaba a mis hijos científicamente; quién sabe lo que comerán ahora.” Miró, a gesto animado y verba bullente; alude a su campaña de 7 años en La Doctrina de Holguín, y luego en El Liberal de Manzanillo, que le pagaban Calvar y Beattie, y donde les sacó las raíces a los “cuadrilongos”, a los “astures”, a “la malla integrista.” Dejó hija y mujer y ha paseado, sin mucha pelea, su caballería de buena gente por la comarca: Me habla de los esfuerzos de Gálvez, en la Habana, para rebajar la revolución: del grande odio con que Gálvez habla de mí, y de Juan Gualberto: “a Ud., a Ud. es a quien ellos le temen”: “a voz en cuello decían que no vendría Ud., y eso es lo que los va ahora a confundir”. —Me sorprende, aquí como en todas partea, el cariño que se me muestra, y la unidad de alma, a que no se permitirá condensación, y a la que se desconocerá, y de la que se prescindirá, con daño, o por lo menos el daño de demora, de la revolución, en su primer año de ímpetu.

El espíritu que sembré, es el que ha cundido, y el de la Isla, y con él, y guía conforme a él, triunfaríamos brevemente, y con mejor victoria, y para paz mejor. Preveo que, por cierto tiempo al menos, se divorciará a la fuerza a la revolución de este espíritu, —se le privará del encanto y gusto, y poder de vencer de este consorcio natural, — se le robará el beneficio de esta conjunción entre la actividad de estas fuerzas revolucionarias y el espíritu que las anima. —Un detalle: Presidente me han llamado, desde mi entrada al campo, las fuerzas todas, a pesar de mi pública repulsa, y a cada campo que llego, el respeto renace, y cierto suave entusiasmo del general cariño, y muestras del goce de la gente en mi presencia y sencillez. —Y al acercarse hoy uno: Presidente, y sonreír yo: “No me le digan a Martí Presidente: díganle General: él viene aquí como General: no me le digan Presidente”. —“¿Y quién contiene el impulso de la gente, General?”; le dice Miró: eso les nace del corazón a todos.” —“Bueno: pero él no es Presidente todavía: es el Delegado.”—Gallaba yo, y noté el embarazo y desagrado en todos, y en algunos como el agravio— Miró vuelve a Holguín, de Coronel: no se opondrá a Guerra: lo acatará: hablamos de la necesidad de una persecución activa, de sacar al enemigo de las ciudades, de picarlo por el campo, de cortarle todas las proveedurías, de seguirle los convoyes. Manduley vuelve también, no muy a gusto, a influir en la comarca que lo conoce, a ponersele a Guerra de buen consejero, a amalgamar las fuerzas de Holguín e impedir sus choques, a mantener el acuerdo de Guerra, Miró y Feria.— Dormimos, apiñados, entre cortiñas de lluvia —Los perros, ahitos de la matazón, vomitan la res. —Así dormimos en Altagracia. —En el camino, el único caserío fue Arroyo Blanco:

la tienda vacía: el grupo de ranchos: el ranchero barrigudo, blanco, egoísta, con el pico de la nariz caído entre las alas del poco bigote negro: la mujer negra: la vieja ciega se asomó a la puerta, apoyada a un lado, y en el báculo amarillo el brazo tendido: limpia, con un pañuelo a la cabeza: —“¿Y los patipeludos matan gente ahora?” Los cubanos no me hicieron nadita a mí nunca, —no señor.

10.— De Altagracia vamos a La Travesía. — Allí volví a ver de pronto, a la llegada, el Cauto, que ya venía crecido, con su curso ancho en lo hondo, y a los lados, en vasto declive, los barrancos. Y pensé de pronto, ante aquella hermosura, en las pasiones bajas y feroces, del hombre. Al ir llegando, corrió Pablo una novilla, negra, de astas nacientes, y la echan contra un árbol, donde, a vueltas, le van acortando la soga. Los caballos, erguidos, resoplan: les brillan los ojos. Gómez toma del cinto de un escolta el machete, y abre un tajo, rojo, en el muslo de la novilla. —“¡Desjarreten esa novilla!” Uno, de un golpe, la desjarreta, y se arrodilla el animal mugiendo: Pancho, al oír la orden de matar le mete, mal, el machete por el pecho una vez y otra: uno, más certero, le entra hasta el corazón; y vacila y cae la res, y de las bocas sale en chorro la sangre. Se la llevan arrastrando. —Viene Francisco Pérez, de buen continente, enérgico y carirredondo, capitán natural de sus pocos caballos buenos, hombre sano y seguro. Viene el capitán Pacheco, de cuerpo pequeño, de palabra tenaz y envuelta, con el decoro y la aptitud abajo: tomó un arria, sus mismos cubanos le maltrataron la casa y le rompieron el burén, “yo no he venido a aspirar sino a servir a la patria”, pero habla sin cesar y como a medias, de los que hacen, y de los que no hacen, y de que los que hacen menos suelen alcanzar más que el que hace “pero él solo ha venido a servir a la patria”. “Mis polainas son estas”, —las pantorrillas desnudas: el pantalón, a la rodilla, los borceguíes de baqueta: el yarey, amarillo y púrpura. Viene Bellito, el coronel Bellito de Jiguaní, que por enfermo había quedado acá. Lo adivino leal, de ojo claro de asalto, valiente en hacer y en decir. Gusta de hablar su lengua confusa, en que, en las palabras inventadas, se le ha de sorprender el pensamiento. “La revolución murió por aquella infamia de deponer a su caudillo.” “Eso llenó de tristeza el corazón de la gente.” “Desde entonces empezó la revolución a volver atrás.” “Ellos fueron los que nos dieron el ejemplo, “ellos, “los de la Cámara”, —cuando Gómez censura agrio las rebeliones de García, y su cohorte de consejeros: Belisario Peralta, el venezolano Barreto, Bravo y Senties, Fonseca, Limbano Sánchez, y luego Collado. Bello habla dándose paseos, como quien espía al enemigo, o lo divisa, o cae sobre él, o salta de él. “Eso es lo que la gente quiere: el buen carácter en el mando.” “No, señor, a nosotros no se nos debe hablar así, porque no se lo aguanto a hombre nacido.” “Yo he sufrido por mi patria cuanto haiga sufrido el mejor General.” Se encara a Gómez, que lo increpa porque los oficiales dejan pasar a Jiguaní las reses que llevan pase en nombre de Rabí.

—“Los que sean, y además ésa, la orden del jefe, y nosotros tenemos que obedecer a nuestro jefe.” “Ya sé que eso está mal, y no debe entrar res; pero el menor tiene que obedecer al mayor.” Y cuando Gómez dice: “Pues lo tienen a U. bueno con lo de Presidente. Martí no será Presidente mientras yo esté vivo”: —y en seguida, “porque yo no sé qué le pasa a los presidentes, que en cuanto llegan ya se echan a perder, excepto Juárez, y eso un poco, y Washington”, — Bello, airado, se levanta, y da dos o tres trancos, y el machete le baila a la cintura: “Eso será a la voluntad del pueblo”: y murmura. “Porque nosotros, —me dijo otra vez, acodado a mi mesa con Pacheco, —hemos venido a la revolución para ser hombres, y no para que nadie nos ofenda en la dignidad de hombre.” —En lluvias, jarros de café, y plática de Holguín, y Jiguaní llega la noche— Por noticias de Masó esperamos ¿Habrán ido a la concentración con Maceo? Miró, a oscuras, roe en la púa una paloma rabiche. —Mañana mudaremos de casa.

11.— A más allá, en la misma Travesía, a casa menos fangosa. Se va Miró con su gente. Llegamos pronto. —A Rosalío Pacheco, que sirvió en toda la guerra, y fue deportado a España en la chiquita; y allá casó con una andaluza, lo increpa reciamente Gómez. —Pacheco sufre, sentado en la camilla de varas al pie de mi hamaca. —Notas, conversación continua sobre la necesidad de activar la guerra, y el asedio de las ciudades.—

12.— De la Travesía a la Jatía, por los potreros, aún ricos en reses, de la Travesía, Guayacanes y la Vuelta. La yerba ya se espesa, con la lluvia continua. Gran pasto, y campo, para caballería. Hay que echar abajo las cercas de alambre, y abrir el ganado al monte, o el español se lo lleva, cuando ponga en La Vuelta el campamento, al cruce de todos estos caminos. Con barrancas como la del Cauto asoma el Contramaestre, más delgado y claro; y luego lo cruzamos y bebemos. Hablamos de hijos: Con los tres suyos está Teodosio Rodríguez, de Holguín: Artigas trae el suyo: con los dos suyos de 21 y 18 años, viene Bellito. Una vaca pasa rápida, mugiendo dolorosa, y salta el cercado: despacio viene a ella, como viendo poco, el ternero perdido, y de pronto, como si la reconociera, se enarca y arrima a ella, con la cola al aire, y se pone a la ubre: aún muge la madre. —La Jatía es casa buena, de cedro, y de corredor de zinc, ya abandonada de Agustín Maysana, español rico: de cartas y papeles están los suelos llenos. Escribo al aire, al Camagüey, todas las cartas que va a llevar Calunga, diciendo lo visto, anunciando el viaje, al Marqués, a Mola a Montejo. Escribo la circular prohibiendo el pase de reses, y la carta a Rabí. Masó anda por la sabana con Maceo, y le escribimos: una semana hemos de quedarnos por aquí, esperándolo —Vienen tres veteranos de las Villas, uno con tres balazos en el ataque imprudente a Arimao, bajo Mariano Torres, y el hermano, por salvarlo, con uno: van de compra y noticias a Jiguaní: Jiguaní tiene un fuerte/bueno, fuera de la población, y en la plaza dos tambores de manipostería, y los otros dos sin acabar, porque los carpinteros que atendían a

la madera desaparecieron: —y así dicen: “vean como están estos paisanos, que ni pagados quieren estarse con nosotros.” Al acostarnos, desde las hamacas, luego de plátano y queso, acabado lo de escribir hablamos de la casa de Rosalío, donde estuvimos por la mañana, al café a que nos esperaba él, de brazos en la cerca. El hombre es fornido, y viril de trabajo rudo, y bello mozo, con el rostro blanco ya rugoso, y barba negra corrida. —“Aquí tienen a mi señora”, dice el marido fiel, y con orgullo: y allí está, en su túnico morado, el pie sin medias en la pantufla de flores, la linda andaluza, subida a un poyo, pilando el café. En casco tiene alzado el cabello por detrás, y de allí le cuelga en cauda: se le ve sonrisa y pena. Ella no quiere irá Guantánamo, con las hermanas de Rosalío: ella quiere estar “donde esté Rosalío.” —La hija mayor, blanca, de puro óvalo, con el rico cabello corto abierto en dos y enmarañado, aquieta a un criaturín huesoso, con la nuca de hilo, y la cabeza colgante, en un gorrito de encaje: es el último parto. Rosalío levantó la finca; tiene vacas, prensa quesos: a lonjas de a libra nos comemos su queso, remojado en café: con la tetera, en su taburete, da leche Rosalío a un angelón de hijo, desnudo, que muerde a los hermanos que se quieren acercar al padre: Emilia, de puntillas, saca una taza de la alacena que ha hecho de cajones, contra la pared del rancho. O nos oye sentada; con su sonrisa dolorosa, y al rededor se le cuelgan los hijos.—

13.— Esperaremos a Masó en lugar menos abierto, cerca de Rosalío, en casa de su hermano. Voy aquietando: a Bellito, a Pacheco, y a la vez impidiendo que me muestren demasiado cariño. Recorremos de vuelta los potreros de ayer, seguimos Cauto arriba, y Bellito pica espuelas para enseñarme el bello estribo, de copudo verdor, donde, con un ancho recodo al frente se encuentran los dos ríos: el Contra maestre entra allí al Cauto. Allí, en aquel estribo, que da por su fondo a los potreros de la Travesía, ha tenido Bellito campamento: buen campamento: allí arboleda oscura, y una gran ceiba. Cruzamos el Contra maestre, y, a poco, nos apeamos en los ranchos abandonados de Pacheco. Aquí fue, cuando esto era monte, el campamento de Los Ríos, donde O Kelly se dio primero con los insurrectos, antes de ir a Céspedes. —Y hablamos de las tres Altagracias, —Altagracia la Cubana, donde estuvimos, —Altagracia de Manduley— Altagracia la Bayamesa. De sombreros: “¡tanta tejedora que hay en Holguín!”. De Holguín, que es tierra seca, que se bebe la lluvia, con sus casas a cordel, y sus patios grandes, “hay mil vacas paridas en Holguín.”—Me buscan hojas de zarza, o de tomate, para untarlas de sebo, sobre los nacidos. Artigas le saca flecos a la jáquima que me trae Bellito. —Ya está el rancho barrido: hamacas, escribir; leer; lluvia; sueño inquieto.

14.— Sale una guerrilla para La Venta. El caserío con la tienda de Rebotoso, y el fuerte de 25 hombres. Mandan, horas después, al Alcalde, el gallego José González, casado en el país, que dice que es Alcalde a la fuerza, y

espera en el rancho de Miguel Pérez, el pardo que está aquí de cuidador, barbero. Escribo, poco y mal, porque estoy pensando con zozobra y amargura. ¿Hasta qué punto será útil a mi país mi desistimiento? Y debo desistir, en cuanto llegase la hora propia, para tener libertad de aconsejar, y poder moral para resistir el peligro que de años atrás preveo, y en la soledad en qué voy, impere acaso, por la desorganización e incomunicación que en mi aislamiento no puedo vencer, aunque, a campo libre, la revolución entraría naturalmente, por su unidad de alma, en las formas que asegurarían y acelerarían su triunfo. —Rosalío va y viene, trayendo recados, leche, cubiertos, platos: ya es prefecto de Dos Ríos. Su andaluza prepara para un enfermo una purga de higuera, de un catre le hace hamaca, le acomoda un traje: el enfermo es José Gómez, granadino, risueño, de franca dentadura: —“Y Ud. Gómez, ¿cómo se nos vino por acá? Cuénteme, desde que vino a Cuba.” “Pues yo vine hace dos años, y me rebajaron, y me quedé trabajando en el Camagüey. Nos rebajaron así a todos, para cobrarse nuestro sueldo, y nosotros de lo que trabajábamos vivíamos. Yo no veía más que criollos, que me trataban muy bien: yo siempre vestí bien, y gané dinero, y tuve amigos: de mi paga, en dos años, solo alcancé doce pesos.—

Y ahora me llamaron al cuartel, y no sufrí tanto como otros, porque me hicieron cabo; pero aquello era maltratar a los hombres, que yo no lo podía sufrir y cuando un Oficial me pegó dos cocotazos, me callé, y me dije que no me pegarían más, y me tomé el fusil y las cápsulas, y aquí estoy.” Y a caballo, en su jipijapa y saco pardo, con el rifle por el arzón de su potranca, y siempre sonriendo.—Se agolpan al rancho, venideros de la Sabana, de Hato del Medio, los balseros que fueron a preguntar si podían arrear la madera: vuelven a Cauto del Embarcadero, pero no a arrearla: prohibidos, los trabajos que den provecho, directo o indirecto, al enemigo. Ellos no murmuran: querían saber: están preparados a salir, con el Comandante Coutiño— Veo venir, a caballo, a paso sereno bajo la lluvia, a un magnífico hombre, negro de color con gran sombrero de ala vuelta, que se queda oyendo, atrás del grupo, y con la cabeza por sobre él —Es Casiano Leyva, vecino de Rosalío, práctico por Guamo, entre los tumbadores el primero, con su hacha potente: y al descubrirse, le veo el noble rostro, frente alta y fugitiva, combada al medio, ojos mansos y firmes, de gran cuenca; entre pómulos anchos; nariz pura; y hacia la barba aguda la pera canosa: es heroica la caja del cuerpo, subida en las piernas delgadas: una bala, en la pierna: él lleva permiso, de dar carne al vecindario—, para que no maten demasiada res. Habla suavemente, y cuanto hace tiene inteligencia y majestad. El luego irá por Guamo— Escribo instrucciones generales a los Jefes y Oficiales.

15.— La lluvia de la noche, el fango, el baño en el Contramaestre: la caricia del agua que corre: la seda del agua. A la tarde; viene la guerrilla: que Masó anda por la Sabana, y nos lo buscan: traen un convoy, cogido en La

Ratonera. Lo vacían a la puerta: lo reparte Bellito: vienen telas, que Bellito mide al brazo: tanto a la escolta tanto a Pacheco, el Capitán del convoy, y la gente de Bellito, —tanto al Estado Mayor: velas, una pieza para la mujer de Rosalío, cebollas y ajos y papas y aceitunas para Valentín. Guando llegó el convoy, allí el primero Valentín, al pie, como oliendo, ansioso. Luego la gente alrededor. A ellos, un galón de “vino de composición para tabaco”, —mal vino dulce— Que el convoy de Bayamo sigue sin molestar a Baire, repartiendo raciones. Lleva once prácticos y Francisco Diéguez entre ellos: “Pero a vendrá: él me ha escrito: lo que pasa es que en la fuerza teníamos a los bandidos que persiguió él, y no quiere venir, los bandidos de El Brujito, el muerto de Hato del Medio”. —Y no hay fuerzas al rededor con que salirle al convoy, que va con 500 hombres. Rabí, —dicen— atacó el tren de Cuba en San Luis, y quedó allá. —De Limbano hablamos, de sobremesa: y se recuerda su muerte, como la contó el práctico de Mayarí, que había acudido a salvarlo, y llegó tarde. Limbano iba con Mongo, ya deshecho, y llegó a casa de Gabriel Reyes, de mala mujer, a quien le había hecho mucho favor: le dio las monedas que llevaba; la mitad para su hijo de Limbano, y para Gabriel la otra mitad, a que fuera a Cuba, a las diligencias de su salida: y el hombre volvió con la promesa de \$2 000, que ganó envenenando a Limbano. Gabriel fue al puesto de la guardia civil, que vino, y disparó sobre el cadáver para que apareciese muerto de ella. Gabriel vive en Cuba, execrado de todos los suyos: su ahijado le dijo: “Padrino, me voy del lado de U., porque U. es muy infame.” — Artigas, al acostarnos pone grasa de puerco sin sal sobre una hoja de tomate; y me cubre la boca del nacido.—

16.— Sale Gómez a visitar los alrededores. —Antes, registro de los sacos, del Teniente Chacón, Oficial Díaz, Sargento P. Rico, que murmuran, para hallar un robo de $\frac{1}{2}$ botella de grasa. —Conversación de Pacheco, el Capitán: que el cubano quiere cariño, y no despotismo: que por el despotismo se fueron muchos cubanos al gobierno, y se volverían a ir: que lo que está en el campo es un pueblo, que ha salido a buscar quien lo trate mejor que el español, y halla justo que le reconozcan su sacrificio. Calmo, —y desvió sus demostraciones de afecto a mí, y las de todos. Marcos, el dominicano: “¡Hasta sus huellas!” De casa de Rosalío vuelve Gómez —Se va libre el alcalde de la Venta: que los soldados de la Venta, andaluces, se nos quieren pasar —Lluvia, escribir, leer.

17.— Gómez sale, con los 40 caballos, a molestar el convoy de Bayamo. Me quedo, escribiendo, con Garriga y Feria, que copian las Instrucciones Generales a los Jefes y Oficiales: —conmigo doce hombres, bajo el Teniente Chacón, con tres guardias, a los tres caminos; y junto a mí, Graciano Pérez. Rosalío, en su arrenquín, con el fango a la rodilla, me trae, en su jaba de casa, el almuerzo cariñoso: “por Ud. doy mi vida.” Vienen, recién salidos de Santiago, dos hermanos Chacón, dueño el uno del arria cogida anteayer, y su

hermano rubio, bachiller y cómico, —y José Cabrera, zapatero de Jiguaní, trabado y franco, —y Duane, negro joven, y como labrado, en camisa, pantalón y gran cinto, y [...] Ávalos, tímido, y Rafael Vásquez, y Desiderio Soler, de 16 años, a quien Chacón trae como hijo— Otro hijo hay aquí, Ezequiel Morales, con 18 años, de padre muerto en la guerra. Y estos que vienen, me cuentan de Rosa Moreno, la campesina viuda, que le mandó a Rabí su hijo único Melesio, de 16 años: “allá murió tu padre: ya yo no puedo ir: tú ve.” Asan plátanos, y majan tasajo de vaca, con una piedra en el pilón, para los recién venidos. Está muy turbia el agua crecida del Contramaestre, —y me trae Valentín un jarro hervido en dulce, con hojas de higo.

Selección de cartas, circulares y manifiestos de Martí entre el 19 de febrero y el 19 de mayo de 1895

A MARÍA MANTILLA

Maricusa mía:

¿Cuántos días hace ya que no te acuerdas de mí? Yo te necesito más, mientras menos te veo. Anoche, a las cuatro de la madrugada, estaba en el batey, como aquí llaman al patío de las casas de campo, al claro desyerbado que rodea la casa de vivienda: en el cielo, de un azul que parecía vivo, estaban encendidas las estrellas: la luna recortada, y como de un fuego suave, iluminaba de arriba un mazo de palmas: las hojas de las palmeras se mecían suavemente, en el claro silencio: yo pensaba en ti. —Y cuando el día antes había pasado por el camino, lleno todo, a un lado y otro, de árboles frutales, de cocos y mangos, de caimitos y mameyes, de aguacates y naranjos, pensaba en Vds., y en tenerlas conmigo, para sentarlas en la yerba, y llenarles la falda de frutas. —Estás lejos, entusiasmada con los héroes de colorín del teatro, y olvidada de nosotros, los héroes verdaderos de la vida, los que padecemos por los demás, y queremos que los hombres sean mejores de lo que son. Malo es vestir de saco viejo, y de sombrero de castor: cualquier tenor bribón, con un do en la garganta, le ocupa los pensamientos a una señorita, con tal que lleve calzas lilas y jubón azul, y sombrero de plumas. Ya ves que estoy celoso, y que me tienes que contentar. Es que por el aire, que lleva y trae almas, no me han llegado las cartas que esperaba recibir de ti. —Le hable de ti en el camino a una guajirita que sabe leer letra de pluma: a una huérfana de nueve años: —ahora le llevo de regalo un libro: se lo llevo en tu nombre. —Haz tú como yo: haz algo bueno cada día en nombre mío. —Visita a Aurora, y a mi gran baby. —Y no le dejes solo el pensamiento a tu mamá. Rodéala y cuídala. —Un beso

triste de tu

José Martí

Santiago de los Caballeros, 19 Feb. [de 1895]

**

A GONZALO DE QUESADA

Mi Gonzalo querido:

Montamos a caballo en Montecristi el 11 de este mes, por caminos y a jornadas que no nos permitieron escribir por el New York: pero ahora, de vuelta a Montecristi, y con el corazón ya más ligero, nos detenemos unas cuantas horas en Santiago, para escribirles por Puerto Plata, y seguir viaje. — Lo primero, y lo mayor, es esto: por error de concepto, imposible de desarraigar, prefiriendo la sucesión en los dos golpes a la conjunción de ellos, que preferiría yo, podía peligrar nuestra obra, o demorarse, si por irresolución, o temor, o consecuencia de ese error de concepto, demora la Isla; pero, a esta hora ya, y vadeadas desde aquí en todo lo posible las dificultades de la distancia, y de las formas necesarias pa. la confianza plena del interior, y del sigilo acá, no parece que, —si encaja bien, como espero, la remesa ahí pedida por cable, —deba haber aquí dificultad ni tardanza. Compuesto ya a esta fecha lo necesario a este fin, —y por dos lados, contra el caso improbable de fallo en uno, —volvemos a Montecristi, a aguardar de Vds. y de Cuba. —Acaso yo, para despistar, —sin miramiento por mi cuerpo, —me eche al camino otra vez, luego de asegurado lo que pende aún, pa. una visita a la capital; cinco días a caballo. Si no, escribiré tendido en Montecristi, que será lo mejor, para dejar afuera bien abiertos los caminos, por donde deben vaciarse, fáciles y crecientes, los recursos, y el modo de emplearlos con seguridad periódica, cuyo servicio queda ya casi enteramente organizado. De aquí eso es la sustancia. ¿Y de allá?

Le hablaré de los cablegramas. El del miércoles 13: Ready etc., en respuesta al mío. El encargo, sólo llegó a mis manos en Santiago el domingo por la mañana, cuando yo, muy ansioso me preparaba a pesar de los riesgos del paso, a pedirles acuse de recibo: pero como en ese cablegrama me pedían en la 4a palabra, o me pareció que me pedían, instrucciones, que yo había dejado en 29 cable de M. Cristi para aligerar el 1º, creí que, por cualquier causa indescifrable —por esto que de aquí sin denuncia no podemos usar el telégrafo interior no habían puesto a Vds. el 2 cablegrama, —y decidí repetirlo: luego, por carta de M. Cristi, vi que el cable de Vds. estaba allí desde el miércoles; y que probablemente ya habían recibido, cuando la respuesta Ready etc., llegó a mí, el 2º cablegrama Mausoleum P etc. —

Ahora ¿hallaré en Montecristi de Vds. el anuncio de la entrega? Lo anhelo.

Ayer martes pudo salir de New York el Clyde. Así se anda, como Vds. han andado. El que no falla, convida y obliga a los demás a no fallar. Acá, no he hallado obstáculos, sino cariño, buena suma aún salvada, y voluntad y facilidad: hallaría obstáculo invencible que por tanto no promuevo, en la idea, a mi juicio no desatendible, y esencial tal vez, de confluir lo nuestro con lo de adentro; pero no lo hallo, de ninguna especie visible, en irlo agrupando todo, de modo que esté a punto de caer sobre la Isla alzada. Y acá es todo difícil, porque cada paso crece y resuena: un comisionado importantísimo, que sale hoy a Cuba, no ha podido ir sin que por escrito lo diga así el general Gómez al Gobernador, antes de q. este le concediese el pasaporte. —Ayer fue un día hermoso, de buenas almas. Volví a abrazar a Mayía, que no cesa ni permite. Trabajamos bien, valió el viaje las 10 leguas de ida, y las de vuelta. Llegará el eco, con la visita —no muy inmediata— de un hombre bueno, de un eje. Y ayer fue cuando recibí el cablegrama de V, sobre Julio: ¡con qué deseos espero carta de Vd.! He capeado, con la verdad como siempre, la dificultad que el cablegrama denuncia: respondí ya: Resistless etc.: (Return commissioner assuring brother command reserved him). Aquí incluyo carta a J. G. Otras han ido por otras vías. Ese caso estaba previsto. —Vd. habrá mandado a Julio mis dos cartas, las que escribí por el camino a la venida. —Prudencia sin desaire, con sincero propósito de confianza plena al fin. —Vds. por esa vía, nada concreto. Ni a nadie: a J. G. —si se sigue escribiendo (como que eso va escrito) la indicación general, que encierre la realidad, y no la revele. —poa Juan recibiría Vd. el otro cablegrama: Tell Smith.

Lo de Maceo, sólo por cartas, cuando Vd. me cuente lo del magno viaje a la Florida, lo podré atender. Lo que el cable dice, es imposible e innecesario. No haya pena. Este es tiempo virtuoso, y hay que fundirse en él. Luego caerán sobre mí las venganzas. Bueno. El comerciante en poder compra del dinero público las simpatías venideras que lo deban encumbrar. Mi poder, invencible y humilde, no necesita de compras. Mientras más lo ofendan, mejor florecerá. Está en desdeñar la autoridad mundana, en echármela al hombro cuando da sudor de muerte, en salir de ella huyendo, a vivir de mi pan, y a que me den Vds. un domingo de comer, entre Angelina y Aurora. Vea quien puede quitarme este título, sino el faltar a la obligación de hoy por ambiciones de mañana. Ya Vd. sabe que llevo los ojos claros por este camino sangriento; si me dejan poner vivo el pie en nuestro país ¿quiere que le diga desde ahora cómo y de quiénes, uno por uno, será la campaña, implacable, de la codicia burlada, del miedo de no ser ayudado de mí en el apetito del poder, del desamor natural en ciertos hombres a una honradez más enérgica que su tentación? Viejos y jóvenes, de una región y de otra, odiándose entre sí, y sólo unidos en celarme, se están ya afilando los dientes. Aquí está la carne. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira: y en tener en Vd. un hijo. ¿Quién me quitará, en la pelea rabiosa de los hombres, ese tierno

remanso? En esto como en todo, Gonzalo, estaremos a lo inevitable, cuando esto sea útil al país, y se nos pudiera acusar de quitarle un brazo bueno por el valor de un higo: pero no seremos aturdidos ni precipitados.

¿Qué más, que le interese? No pasa hora sin que hablemos de Vd. y de Benjamín, de Tomás Estrada y de la casa de Carmita. Acá todo es contento y fe en Vds. ¿Y Patria? ¿Y las reuniones de N. York y Filadelfia? ¿Y el concierto? De todo, grande y pequeño, me traerá el Clyde noticias. —Yo, andando por los caminos, siento a veces que llevo más floja la brida en las manos: y es que me acuerdo de aquel último instante que vi pena de cosa mía en el rostro de Angelina, y calló Aurora en su hombro, como amorosa y sobrecogida, y le vi aún más nobleza al alma recta y entusiasta de Lucianita, y toda su amistad al corazón bueno del Doctor. No me lastime a Angelina, ni con una flor. Es raro en el mundo, y entre las mujeres de este mundo, hallar en tan pocos años, cualidades venerables. ¿La volveré a ver? Vamos de frente y acaso no vuelva; pero siento alrededor de mí su presencia benévola y pura.

Adiós ahora. Perdone, en nuestras cosas, cualquier falta ajena. Haga y perdone. Hacer, es el único modo eficaz de responder. Sólo empujan el ejemplo, y el éxito. Vallas a la picardía, y magnífico silencio a los picaros. Y a los arrepentidos, paz lenta y decorosa: ni la arrogancia del vencedor, ni la confianza sólo debida, en justicia y prudencia, a aquellos que no tienen culpa grave y voluntaria de qué arrepentirse. Por la piedad inmoderada suele entrar, en los hombres y en los pueblos, la desdicha.

Adiós de veras. Esta carta va de sermón porque un zapatero, que está disimulando unas suelas, me da media hora de respiro: y con Vd. se me pone el alma charlatana. ¿Toma Angelina su vino Delaroché? ¿Aurora pasea? ¿Dejé en Lucianita alguna buena memoria? ¿Merezco aún la defensa valiosa, y valerosa, de mi sincero Doctor? A Vd, —mi orgullo. Y mi encargo de que en nada se trasluzca mi actividad por estas tierras, o la posible utilidad de ellas. Que crean que vuelvo. Nada ahora para nosotros, —ni decimos que nos queremos, —porque va mejor sin decir, y porque no es nuestra ahora nuestra persona, y hablar de sí mismo parece un robo. Un gran cariño de

su

J. Martí

Santiago de los Caballeros, 19 Febro. 1895.

**

A TOMÁS ESTRADA PALMA

Santiago [de los Caballeros], 19 Feb. [de 1895]

Sr. Tomás Estrada Palma.

Mi amigo querido.

No puedo dejar ir el correo sin escribirle, en el poco papel que me queda, sobre la mesa de mi hato, esta prueba de que voy en su compañía. El viaje ahora es para M. Cristi; y parece loguable y logrado, a pesar de la publicidad y las distancias, cuanto nos era lícito desear. De allá, que sólo nos vengan, mientras los de aquí tienen el alma en camino, voces que les aseguren de que hay alma a la espalda. —El nombre de Vd. va y viene sin cesar en nuestros recuerdos de Cuba, ya en labios de Borrero ya en los del general Gómez, ya en los míos; y siempre es de manera que Vd. tendría placer en que oyesen sus hijos. Yo les contaré, cuando sean grandes, si de esta nueva luz salgo con vida. Bajo esta naturaleza hermosa donde haya un hombre verdadero o un niño habla de Vd. largamente su

Martí

**

A JOSÉ NICOLÁS RAMÍREZ

Mi querido Nicolás:

Estas líneas son p^a ponerte al pie la clave de los telegramas que puedes recibir de Hatton, y el modo con que me los debes transmitir inmediatamente. Pon mucho cuidado.

—Si recibes un telegrama que diga “Suspenda compra burros” me pones enseguida uno que diga “Mande Miguel con L [...]

—Si el telegrama es: “Compre diez más”, me lo trasmites así: “Mándame pronto a Miguel”.

—Si el telegrama es: “Compre quince”, tú me pondrás “Gracias cariños con Miguel”.

—Si el telegrama dice: “Despache burros”, tú me pones este: “Esperamos Miguel sábado”.

—Si el telegrama es: “Remita (y después el nombre de cualquier persona o casa de comercio)”, no me pones telegrama, sino me lo envías por carta, y muy enseguida, con un expreso que no pierda momento.

Tú conoces la importancia de todo esto. Reserva y seguridad quedan logradas con esa doble clave. Celeridad en ti es lo que hace falta. Y esa no ha de faltar, para que los telegramas me lleguen a tiempo. —Te saluda

**

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Montecristi, 26 de febrero 1895

Sr. General Antonio Maceo

Al General escribo hoy, aún más que al amigo: la guerra, a que estamos obligados, ha estallado en Cuba. Y a la vez que la noticia de ella, que por obedecer a nuestros anuncios y arreglos nos revela su importancia, y nos llena de solemne deber, recibo de New York la confirmación de su declaración de Vd. —que a quien le conociese menos que yo parecería un obstáculo, un obstáculo injusto e imprevisto, pero que para mí no lo es. El patriotismo de Vd. que vence a las balas, no se dejará vencer por nuestra pobreza, —por nuestra pobreza, bastante para nuestra obligación.

El vapor del Norte sale momentos después de recibidos estos cables, y mi resolución tiene que ser inmediata. Conociendo hombre por hombre la fuente de nuestros recursos, y seguro de que no tendríamos más de lo imprescindible, ni menos, — una vez desviados nuestros vapores, escribí a Vd. a mi acelerada salida de New York, diciéndole que —ajustado con la Isla y a petición de ella el alzamiento— y teniendo presente lo que en Costa Rica vi, y traté con Flor y dije a Vd., sobre los modos de ir de ahí a Cuba, —tendría Vd., en el momento de ir a su disposición la suma de \$2 000 en oro, única que podía ofrecerle, para un plan de salida igual al que lleva al General Gómez y a mí: “Decidido” rogué a Vd. que me pusiera por cable, lo que quería decir que Vd. estaba dispuesto a ir con ese plan; pero el cable me decía a la vez que necesitaba seis mil pesos, suma hoy imposible de allegar. Y hoy, estallada ya la revolución en Cuba, recibo otra vez la noticia de que Vd. considera indispensable, p^a. su salida, la suma de cinco mil pesos oro: —suma que no se tiene, siendo así que se tiene en la mano la de dos mil, y está enfrente, ardiendo ya, la revolución en Cuba. ¿Qué hacer en este conflicto?

Vd. debe ir, con su alta representación, y los valientes que están con Vd. Pero Vd. me dice una vez y otra, que requiere una suma que no se tiene. Y como la ida de Vd. y de sus compañeros es indispensable, en una cáscara o en un leviatán, y Vd. ya se está embarcando, en cuanto le den la cáscara, —y yo tengo de Flor Crombet la seguridad de que, con menos de la suma ofrecida, puede tentarse con éxito la salida de los pocos que de ahí pueden ir, en una embarcación propia, —decido que Vd. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí la expedición, dentro de los recursos posibles, porque si él tiene modo de que Vds. puedan arrancar de ahí con la suma que hay, ni Vd. ni yo debemos privar a Cuba del servicio que él puede prestar. —Y él pondrá a las órdenes de Vd. la labor que Vd. me reitera que no puede hacer en su San José, sino por una suma hoy imposible, —y que no puede quedarse sin hacer, cuando hay quien la echa sobre sí, por una suma que se tiene, y la pondrá hecha en manos de Vd. Ahora, detalles, abnegación, abandonado de todo, menos de la idea de subir al tren y a la mar, costo de los pocos de San José que deben bajar a la costa, olvido inmediato de las costas tentadoras de la

tierra, para lo cual se requiere mis valor que para encararse al enemigo ¿cómo he de ponerme yo a hablar de estas cosas con Vd.? ¿A pedirle virtud? ¿A permitir que nadie dude de que la mostrará suprema? ¿A creer que hay en nadie mis valor y desinterés que en Vd.? Cuba está en guerra, General. Se dice esto, y ya la tierra es otra. Lo es ya para Vd. y lo sé yo. Que Flor, que lo tiene todo a mano, lo arregle todo como pueda. ¿Que de Vd. pudiera venirle el menor entorpecimiento? ¿De Vd. y Cuba en guerra? No me entrará ese veneno en el corazón. Flor tendrá sus modos. Del Norte irán las armas. Ya sólo se necesita encabezar. No vamos a preguntar, sino a responder. El ejército está allá. La dirección puede ir en una uña. Esta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como le decimos a Vd. que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que Vd., ni en el brío del corazón, ni en la magnanimidad y prudencia del carácter. —Allá arréglense, pues, y ¡hasta Oriente! Cree conocerlo bien su amigo,

José Martí

**

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Dajabón a las 3. [Santo Domingo, 2 de marzo de 1895]

General muy querido:

Con la generosidad de Montesinos he hallado buen caballo, y compañero, y por una bagatela estaré en el Cabo mañana, después de ver de aquí a un instante a Marsán. Aquí no hallo la huella de lo que buscamos: veré con Marsán. A Pancho, sujetándome el corazón, se lo devuelvo: allá estará a su lado en estos días, y allá puede tener más quehacer en este instante. —Lo que no le devuelvo es su capa, que llevo a que me ampare, —más que a librarme de la lluvia: —ni unos pantalones muy cariñosos y ya amados. Va contento y esperanzado, y con el pensamiento en su casa

Su

Martí

El viaje fue un sueño. Recuérdeme a Collazo, muy citado por Montesinos, y a Margarita. Que las hermanas me perdonen la falta a la cita.

**

A MARIA MANTILLA

[Cabo Haitiano, marzo de 1895]

Mi María:

¿Y cómo me doblo yo, y me encojo bien, y voy dentro de esta carta, a darte

un abrazo? ¿Y cómo te digo esta manera de pensarte, de todos los momentos, muy fina y penosa, que me despierta y que me acuesta, y cada vez te ve con más ternura y luz? No habrá quien más te quiera; y solo debes querer más que a mí a quien te quiera más que yo.

¿A que de París, de ese París que veremos un día juntos, cuando los hombres me hayan maltratado, y yo te lleve a ver munido antes de que entres en los peligros de él, —a que de París vas a recibir un gran recuerdo mío, por mano de un amigo generoso de Cabo Haitiano, del padre de Rosa Dellundé? Yo voy sembrándote, por donde quiera que voy, para que te sea amiga la vida. Tú, cada vez que veas la noche oscura, y el sol nublado, piensa en mí.

En mi nombre visita a Benjamincito, y a Aurora, y a Mercedes, a quien escribiré antes de salir de aquí, y ve con ella a llevarle flores a mi pobrecita Patria. Que tu madre sienta todos los días el calor de tus brazos. Que no hagas nunca nada que me dé tristeza, o yo no quisiera que tú hicieses. Que te respeten todos, por decorosa y estudiosa. Que entiendas cuánto, cuánto te quiere

Tu

Martí

Y ¿esa oreja de mi leal Ernesto? Le mando un beso, allí donde se le heló, tú se lo das.

**

A CARMEN MANTILLA

[Cabo Haitiano, marzo de 1895]

Mi Carmita buena:

Con tu cartica sentí como un beso en la frente. Bien lo necesita mi mucha pena. Es bueno sufrir, para ver quién nos quiere, y para agradecerlo. Cuando te vuelva a ver, te he de tener mucho tiempo abrazada, —aunque esto es siempre así, aunque tú no lo sientas, porque yo velo por ti, y estoy siempre junto a ti, y te defenderé de todas las penas de la vida. —Quiere mucho a tu madre, que no he conocido en este mundo mujer mejor. No puedo, ni podré nunca, pensar en ella sin conmovirme, y ver más clara y hermosa la vida. Cuida bien ese tesoro. —El libro de citas, tú verás cómo va a alejar de mí todo peligro: lo llevaré siempre del lado del corazón. —A Soto, que estudie, hasta que su padre lo respete.

A Ernesto, que me ha de acompañar mucho en esta vida.

Un beso en la mano de tu

J. M.

**

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

Mi General:

Estoy en Gobernación desde temprano, esperando a que se levante Guelito, en el deseo de q. supiésemos algo antes de salir Mayía. Pero ya el vapor está en puerto, y acaso él se dispone en este instante a salir. Aquí quedo en la Administración de Correos, esperándolo, por si viene, —y conmigo dinero pa. el viaje, que no me atrevo a fiar al mensajero

Su

J. Martí

A las 9 [Montecristi, 11 de marzo de 1895]

**

A JOHN POLONEY

[Telegrama]

11 marzo 95

Cristi Santiago

Poloney Cristi

Rase sympathy tilt propensity buckheat illegitimate deafmute closet largest chant unsuitable barret abel astound protrude warbler inoculate assignment jones trombone

Ramírez

Shiraz. —

**

A TOMÁS ESTRADA PALMA

Sr. Tomás Estrada Palma

Mi amigo muy querido:

Es Manuel carta viva, y él le contará mucho de mí, porque me ha visto vivir, y morir más— en estos días. Óigalo, y no le pierda palabra. Yo creo que al fin, podré poner el pie en Cuba, como un verdadero preso. Y de ella, se me echara, sin darme ocasión a componer una forma viable de gobierno, ni a ajustar como hubiera sido mi oficio, las diferencias ya visibles, entre los que no entienden que para defender la libertad se deba comenzar abdicando de ella, —y los que a la misma libertad entregan, y vuelven la espalda, si no les viene en beneficio propio. Entre las realidades funestas, y las rebeldías

imprudentes me hubiera puesto yo, como me he puesto afuera: que no se me permitirá. Qué rogarle desde ahora, sino que con el peso de sus declaraciones y de su respeto, contribuya desde ahí, y pronto, y de modo resonante, y del más eficaz y solemne que le ocurra, a impedir que en Cuba se prohíba, como se quiere ya prohibir toda organización de la guerra que ya lleva en sí una república, que no sea la sumisión absoluta a la regla militar, a la que de antemano y por naturaleza se opone el país, y que detendría— ¿o acaso cerraría totalmente el paso de las armas libertadoras? Esta es la ocasión y Vd. tiene voz de padre, y hallará modo, si lo cree oportuno, de hacerle oír discretamente. En mí, no pienso: tendré que poner de lado enteramente mi persona, para lograr tal vez, con la supresión de ella, alguna forma menos odiosa e imprudente. En todo lo de mi persona cederé, y ya la doy por muerta. Ni temo a la larga, porque conozco a nuestro país: no temo por él. Pero es preciso irle evitando estorbos desde ahora, y ponerle sangre buena en la raíz. De mí, ya le digo, voy preso, y seguro de mi inmediato destierro: —y también de la utilidad para mi patria de este Martirio. No espere pues de mí, porque sería injusto, aquella ofuscación de la persona propia, y escondido deseo de noble premio, que pudieran entorpecer los acomodos indispensables, aun cuando ilógicos y violentos, a una realidad necesaria y urgente. Espere de mí, seguro, los más amargos sacrificios; ni extremare por la mayor justicia, conflicto de que, en vez de su victoria, nazca un desacuerdo fatal. Con esa alma vivo, y no habrá tentación alguna que me la mude; y a toda exigencia de naturaleza pública, si me viera en el doloroso caso de hacerla, precederá la desistencia total de mi persona. Dicho esto, de mí para Vd. innecesario, por la mayor tranquilidad de Vd., —halle modo, si lo cree tan oportuno como lo creo yo, de expresar sus deseos o sus conceptos de manera que llegue a tiempo a Cuba, —con la fuerza mayor de lo indirecto— para influir en que nuestro país se dé una ordenación tal que, ni incapacite la unidad y concentración de la guerra, ni la dañe o acorrale por ir contra el propósito y espíritu de la revolución cubana. ¡Esto lo escribo al vuelo, y a escondidas, —yo, que me muero de vergüenza, en cuanto tengo un sólo instante que ocultar la verdad! Pero Vd. juzga y conoce mis dolores, —y cree sin duda necesario que yo le escriba a Vd. así.

Quiera aún un poco más a
su amigo

José Martí

Montecristi, marzo 16 [de 1895]

**

A LA DELEGACIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO

[Montecristi, marzo de 1895]

Shiraz

New York

Send rapid commissioners Cuba advising immediate arrival Gómez second expedition full resources prepared. Collazo goes immediately sole command Occident. Distinguish yourself sustaining strenuously intent. Cable name provinces, explain about Jones, Lestet, Mark, Hughes.

[Traducción]

[Montecristi, marzo de 1895]

Shiraz

New York

Envíe rápido comisionados a Cuba anunciando arribo inmediato Gómez. Preparada segunda expedición abundantes recursos. Collazo va inmediatamente único jefe Occidente. Distíngase manteniendo activamente propósito. Cablegráfíe nombre provincias, explique acerca Jones, Lester, Marx, Hughes.

**

A GONZALO DE QUESADA Y ARÓSTEGUI

[Montecristi, 18 de marzo de 1895]

Gonzalo querido:

Empápese bien de todo. Refrénese; pero guíese. A Correoso, píntemele mis esfuerzos, si aún no ha entrado a camino, —y cuanto se diga y haga vaya derecho, sin una sola imprudencia de lenguaje, a influir en Cuba sobre las obligaciones de república con que nace la revolución, y la certeza de que se constituirá, sobre las experiencias pasadas, de modo que en la unidad y fuerza de la guerra vayan las garantías de paz y orden futuras sin que la guerra no sería fuerte ni viable. Pero sumo tacto, —y prescindencia absoluta de mi persona. Si es así, acaso conviene que me ponga por clave, en cuanto llegue Manuel, El Camagüey insiste en sus objeciones etc., a fin de que la verdad pese cuanto pueda desde hoy en los ánimos. —Adiós al hijo. —Acuérdense de mí hoy más que nunca.

Su

J. Martí

Y gran silencio. —

**

AL DOCTOR ULPIANO DELLUNDÉ

Montecristi, 20 marzo [de 1895]

Sr. Ulpiano Dellundé

Amigo muy querido:

El más afectuoso agradecimiento le escribe estas líneas, no sólo por el fino regalo, que llegó bien, y ha sido estimadísimo, sino por su carta de alarma a Montesinos, y por las otras dos a la casa del General, que me llegaron casi a la vez que esa primera. De Vd. y de su amigo, podemos decir, y diremos: “Esos son hombres.” Es gusto grande el de dar cima a algo difícil, en compañía de quienes, como nosotros acá, sabemos estimarlo. Yo me apego más a Vd. y al amigo Lambert, y siento como que algo sagrado nos junta, y es el corazón igual en una hora de prueba. Todo bien, pues: —y todo irá bien.

De Cuba; no se reciben felizmente malas noticias. Por el eco medimos los golpes. Por diversas vías se nos confirma la unanimidad y robustez de la revolución: y con insistencia grande, y de varias fuentes se viene hablando de un suceso importante en La Habana, ya de una sorpresa cubana victoriosa a un depósito de armas en la ciudad, ya de un incendio en La Habana por los insurrectos, ya de la salida de Julio Sanguily, luego de sorprender un depósito de armas con un buen número de jóvenes de La Habana: —eso acaso es lo que quiere encubrir el boletín del cable al decir que “la policía ha sorprendido en La Habana 40 depósitos de armas”. Lo cierto es que afuera llega un eco creciente y sostenido, y por eso, —aparte de nuestro conocimiento, —es lícito suponer que la tierra adorada se ha alzado con empuje y disciplina. —Rivadavia, el argentino, tema razón: “Estos pueblos se salvarán.” Estos amigos suyos, en cuanto a sus personas, le agradecen tiernamente el cuidado que por ellas muestra.

Y ahora, usted: ¿qué caedera es esa que me le ha entrado en el espíritu, que por ella, viene Vd. a imaginarse, y a estar enfermo del cuerpo? No más que una enfermedad tiene Vd., y es la prisión de su espíritu culto y diverso en condiciones feas y hostiles: —Pero ¿qué sacrificio es superior o la pena que cause, el bienestar y orgullo de domarlo, sobre todo cuando se tiene en la casa un buen golpe de cielo; y se sienta uno a la mesa suficiente del trabajo propio, y descansa uno y crece con la medicina de la lectura, y puede uno rehacerse el cuerpo aflojado en el trato íntimo con la naturaleza? Entre en sí mismo, y en la salud de sobreponerse a la contrariedad que le rodea, lo que es cosa fácil, con esas almas amorosas que le pueblan su rincón, y una obra de empeño que se ponga Vd. a escribir, y el hábito de acompañar en sus cabalgatas al amigo Lambert. Tardes y domingos, a la yerba. Levántese de su inconformidad, —mírela desde arriba, con la ocupación y contenido de algún trabajo sostenido y fuerte, —y verá nuevo, colorado y sin hígado a su noble amigo Dellundé. —

Sea quien es, y no se deje picotear por la menudencia. ¿No ve, desde el balcón de su casa, el monte? Vaya a él, —y álcese con él. —Y sabiéndolo más quieto, y hecho a la molestia pasajera de ese destierro en que le están floreciendo tan puras y útiles las hijas, y donde la mayor pena de Lola es verlo cabizbajo a Vd. ;tendrá un placer vivo, sean cualesquiera sus angustias y ansiedad, este agradecido huésped que ya se ve orgulloso como cosa de su casa, —y ahora más, con el regalo muy valioso de Rosa a María. A María le servirá mucho. — Le Petit Francais, para la escuela que van a poner ella y su hermanita. — Escudo: la casa de Vd. y amistad, la que les tiene su

José Martí

**

MANIFIESTO DE MONTECRISTI
EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO
A CUBA

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber, —sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituida, —de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país hartado probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable —por ir firmada por la muerte— que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible

que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar, sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. —Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía. —Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio, —su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados, —su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, —su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es, —y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. —En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo, por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispanoamérica. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros; de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana con pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza

indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían, —no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conoedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o —en la misma isla continuaron preparando—, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono, —aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad. —Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen. —No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte, y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles

para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicualemente levantar, por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan— del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le nacieron demagogos inmundos, o almas airadas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, —con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación [de] cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama. La emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arranco de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansia. Más

que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírseles que de combatimos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular, donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiaran los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a su golpe del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, concedora de su desinterés, no

hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. — La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra, —y las prácticas necesarias a la guerra, y que esta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, —y permitan —en vez de entorpecer— el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía. —Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y a título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: —son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz de pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al

pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo: ¡apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa! —A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones, las causas locales y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto de derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, —y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. —Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en el por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de Marzo de 1895.

José Martí — M. Gómez

**

A LA MADRE

Madre mía:

Hoy 25 de marzo, en vísperas de un largo viaje, estoy pensando en Vd. Yo sin cesar pienso en Vd. Vd. se duele, en la cólera de su amor, del sacrificio de mi vida; y ¿por qué nací de Vd. con una vida que ama el sacrificio? Palabras, no puedo. El deber de un hombre está allí donde es más útil. Pero conmigo va siempre, en mi creciente y necesaria agonía, el recuerdo de mi madre.

Abrace a mis hermanas, y a sus compañeros. ¡Ojalá pueda algún día verlos a todos a mi alrededor, contentos de mí!

Y entonces sí que cuidaré yo de Vd. con mimo y con orgullo. Ahora, bendígame, y crea que jamás saldrá de mi corazón obra sin piedad y sin limpieza. La bendición.

Su

J. Martí

[Montecristi] 25 marzo 1895

Tengo razón para ir más contento y seguro de lo que Vd. pudiera imaginar. No son inútiles la verdad y la ternura. No padezca.

**

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN J. GUERRA

Gonzalo y Benjamín:

Partimos. Toda palabra les parecería innecesaria o escasa. Cuanto puedo pedirles, está dicho. Ni sosiego, ni oportunidad, he hallado para ninguna declaración pública, que pudiera parecer más verbosa que útil. Ya será luego, con la majestad del país. Guíenlo todo, si aún tenemos autoridad, sin pompa y sin triunfo, ni más ansia que la de cumplir, con el mayor silencio, la mayor suma de deber. ¿No me regañan? ¿No me dicen predicador e intruso? ¿No me han olvidado aún? Las mujeres y las niñas ¿o me piensan aún, de vez en cuando? ¿Y Flor, y Serafín y Rodríguez, y Hatton? Yo, tal vez pueda contribuir a ordenar la guerra de manera que lleve adentro sin traba la república, tal vez deba, con amargo valor, obedecer la voluntad de la guerra, y mi conciencia, y volver a abrazarlos. No flaquearé por ningún exceso, ni por el de la aspiración, fatal al deber, ni por el de condescendencia. —Amo y venero cuanto sacrificio respetable se hace alrededor de mí. Voy con la justicia.

Partimos, pues. Les dejo parte. —Ahí, pidan poco. Lo que dejo preparado, con lo natural se hace. En seguida, Hatton. —Por el orgullo del cariño de Vds. de la dulce hermandad de Vds., es más fuerte. —

Su

J. Martí

[Montecristi] 25 de marzo [de 1895]

**

A MARÍA Y CARMEN MANTILLA

Mi María y mi Carmita:

Salgo de pronto a un largo viaje, sin pluma ni tinta, ni modo de escribir en mucho tiempo. Las abrazo, las abrazo muchas veces sobre mi corazón. Una carta he de recibir siempre de Vds., y es la noticia, que me traerán el sol y las estrellas, de que no amarán en este mundo sino lo que merezca amor, —de que se me conservan generosas y sencillas, —de que jamás tendrán de amigo a quien no las iguale en mérito y pureza. —Y ¿en qué pienso ahora, cuando las tengo así abrazadas? En que este verano tengan muchas flores: en que en el invierno pongan, fas dos juntas, una escuela para diez niñas, a seis pesos, con piano y español, de nueve a una: y me las respetarán, y tendrá pan la casa. Mis niñas ¿me quieren? Y mi honrado Ernesto. —Hasta luego. Pongan la escuela. No tengo qué mandarles más que los brazos. Y un gran beso de su

Martí

[Montecristi] 25 de marzo. —[1895]

**

A LA DELEGACIÓN DEL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO [Cablegrama]

Monte Cristi, 28 marzo 1895

Shiraz

N. Y.

Sholar cancerous torpor furrier

Vidi

[Traducción]

Shiraz

N. Y.

Erudito canceroso letargo peletero

Vidi

**

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN J. GUERRA

[Montecristi, 1° de abril de 1895]

Sres. Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra

En el caso de tenerse noticia cierta de la llegada de G. y M. a Cuba, —y de no poderse arreglar nada con [Hatton] y de no hallar absolutamente [goleta] en N. York, o no hallarle capitán, —y de ser indispensable, por no haber otro medio, que vaya a [N. York], la [goleta] a buscar armas y gente, —o de ser conveniente valerse de un hombre probado para llevar a Cuba parque abundante y unos pocos hombres de custodia, que busquen las fuerzas y las traigan a recoger en la costa el parque oculto, —la Delegación, en vista del servicio anterior y de su sigilo, recomienda a [John Poloney], de [Montecristi].

Como guía para el precio de servicios, conviene decir que se le ha comprado en propiedad [la goleta Marijohn, en mil pesos oro], y por el resto de sus servicios se le dio la mitad de eso. El hombre vale más; pero ya se tiene [goleta]. Ama su provecho, y tiene buenas facilidades. Sería justa una buena compensación, y la paga de los gastos.

**

A BENJAMÍN J. GUERRA Y GONZALO DE QUESADA

Montecristy, 1° de abril, 1895

Sres B. J. Guerra y G. de Quesada

Tesorero y Sec. del P. R. Cubano

New York

Mis distinguidos compatriotas:

De acuerdo con el anuncio hecho a Vds. sobre la persona del señor John Poloney, del puerto de Montecristi, escribo a su favor esta carta de introducción a fin de que, por carta o de persona, puedan en caso necesario como está previsto, tratar con dicho señor sobre servicios relacionados especialmente con el transporte de armas, municiones, documentos y personas a Cuba en cualquiera de las dos goletas de la propiedad del Partido, a nombre hoy de la señora Bernarda de Gómez, que quedan las dos o cualquiera de ellas en manos del Señor John Poloney, quien las disfrutará hasta que el Partido creyese necesario disponer de otro modo de ellas.

Se recomienda por sus servicios y persona leal al Sr. Poloney y saluda afectuosamente a Vds.

El Delegado

José Martí

**

A GONZALO DE QUESADA Y BENJAMÍN J. GUERRA

Gonzalo y Benjamín:

Anoto al vuelo aquí estos puntos importantes.

Hemos comprado aquí dos goletas —una a John Poloney comerciante de Montecristi, la Marijohn, por \$2 000 mexicanos, —y está hoy cedida por documento a él a la Sra. Bernarda Toro de Gómez:

Otra al Capitán Bastian, por \$700, oro a nombre de John Poloney, y cedida por él en documento privado a la misma Sra.

La 1ª queda en poder de Poloney hasta tanto que Vds. la pidan para otros usos, si él no puede, por la publicidad del caso actual u otras razones, establecer el servicio de correos y municiones que tal vez, ayudado del Capn. Bastian en Inagua, puedan establecer felizmente: —o hasta tanto que Vds. por conducto de Francisco Gómez, ordenen su venta, por no necesitarse el servicio de la goleta, y sí su importe.

La 2ª puede también volver a manos de John Poloney o quedar en las del Capn. Bastian, si así hubiese sido necesario, por la conveniencia en caso dado de moverlo con esa oferta extrema. Si vuelve a manos de Bastian, queda sujeta a servimos, o a ser vendida a la orden formal de Vds.

Para guía de sus arreglos, de ningún modo necesarios con Poloney debo decirles q. este puerto de Montecristi es totalmente inaceptable p^a depósito o transacción alguna; pero Inagua es deseable, porque Bastian, viajero de Nassau a Inagua, donde pueden buscarlo, tiene modo de sacar de allí a Cuba a golpes las municiones etc. que allí se le coloquen, y allí él o su agente reciba: no veo la necesidad de emplear a Poloney si se halla a Bastian, a menos q. Bastian nos resulte sobre el terreno insuficiente. Definitivamente, no creo q. Poloney pueda prestar más servicios que los q. preste por medio de Bastian, a qⁿ. personalmente hemos tenido q. buscar y emplear: Poloney no se ha mostrado desleal, p^o no ofrece capacidades de un servicio seguro, ni su lugar le favorece. —Usenle sólo, si no se puede usar solo y directamente a Bastian, —o si no se puede llegar a este sino por Poloney. —La goleta de Bastian probablemente no volverá a manos de Poloney. —La de Poloney, y la otra si vuelve a él, —y Vds. se lo preguntarán, nos pertenecen, y luego de aparentar un poco de trato, y declarar indispensable el entrar en fondos y el usarla, pueden dar a Fco. Gómez, por carta formal a B. T. de Gómez la orden de vender una o las dos.

M. 1º abril [de 1895]

**

A GONZALO DE QUESADA

Montecristi, 1º de abril, 1895

Gonzalo querido:

De mis libros no le he hablado. Consérvenlos; puesto que siempre necesitaré la oficina, y más ahora —a fin de venderlos pa. Cuba en una ocasión propicia, salvo los de Historia de América, o cosas de América, — geografía, letras, etc. —que Vd. dará a Carmita a guardar, por si salgo vivo, o me echan, y vuelvo con ellos a ganar el pan. Todo lo demás, lo vende en una hora oportuna. —Vd. sabrá cómo. —Envíemele a Carmita los cuadros, y ella irá a recoger todos los papeles. —Vd. aún no tiene casa fija, y ella los unirá a los que ya me guarda. —Ni ordene los papeles, ni saque de ellos literaturas; todo eso está muerto, y no hay ahí nada digno de publicación, en prosa ni en verso: son meras notas. —De lo impreso, caso de necesidad, con la colección de La Opinión Nacional, la de La Nación, la del Partido Liberal, la de la América hasta que cayó en Pérez y aun luego la del Economista podrían irse escogiendo el material de los seis volúmenes principales. Y uno o dos de discursos y artículos cubanos. No desmigaje el pobre Lalla Rookh que se quedó en su mesa. —Antonio Batres, de Guatemala, tiene un drama mío, o borrador dramático, que en unos cinco días me hizo escribir el gobierno sobre la independencia guatemalteca. La Edad de Oro, o algo de ella sufriría reimpresión. Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento: en México del 75 al 77: —en la Revista Venezolana, donde están los arts, sobre Cecilio Acosta y Miguel Peña: —en diarios de Honduras, Uruguay y Chile: —en no sé cuantos prólogos: —a saber. Si no vuelvo, y Vd insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos:

I. —Norteamericanos

II. —Norteamericanos

III. —Hispanoamericanos

IV. —Escenas Norteamericanas

V. —Libros sobre América

VI. —Letras Educación y Pintura

Y de versos podría hacer otro volumen: Ismaelillo, Versos sencillos; y lo más cuidado o significativo de unos Versos libres, que tiene Carmita. —No me los mezcle a otras formas borrosas, y menos características.

De los retratos de personajes que cuelgan en mi oficina escoja dos Vd. —, y otros dos Benjamín. —Y a Estrada, Wendell Phillips.

Material hallará en las fuentes q. le digo p^a. otros volúmenes: el IV podría doblarlo, y el VI.

Versos míos, no publique ninguno antes del Ismaelillo: ninguno vale un ápice. Los de después, ai fin, ya son unos y sinceros.

Mis Escenas, núcleos de dramas, que hubiera podido publicar o hacer representar así, y son un buen número, andan tan revueltas, y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos, que sería imposible sacarlas a luz.

Y si Vd. me hace, de puro hijo, toda esa labor, cuando yo anco muerto, y le sobra de los costos, lo que será maravilla, ¿qué hará con el sobrante? La mitad será para mi hijo Pepe, la otra mitad para Carmita y Alaría.

Ahora pienso que del Lalla Rookh se podría hacer tal vez otro volumen. Por lo menos, la Introducción podría ir en el volumen VI. Andará Vd. apurado para no hacer más que un volumen del material del 6° “El dorador” pudiera ser uno de sus artículos, y otro “Vereschagin” y una reseña de los pintores “Impresionistas”, y el “Cristo de Munkacsy.” Y el prólogo de Sellén, —y el de Bonalde, aunque es tan violento, y aquella prosa aún no había cuajado, y estaba como vino al romper, —Vd. sólo elegirá por supuesto lo durable y esencial.

De lo que podría componerse una especie de espíritu, como decían antes a esta clase de libros, sería de las salidas más pintorescas y jugosas que Vd. pudiera encontrar en mis artículos ocasionales. ¿Qué habré escrito sin sangrar, ni pintado sin haberlo visto antes con mis ojos? Aquí han guardado los “En casa” en un cuaderno grueso: resultan vivos y útiles.

De nuestros Hispanoamericanos recuerdo a San Martín, Bolívar, Páez, Peña, Heredia, Cecilio Acosta, Juan Carlos Gómez, Antonio Bachiller.

De Norteamericanos: Emerson, Beecher, Cooper, W. Phillips, Grant, Sheridan, Whitman. —Y como estudios menores, y más útiles tal vez, hallará, en mis correspondencias a Arthur, Hendricks, Hancock, Conkling, Alcott, —y muchos más.

De Garfield escribí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla: —Y mucho hallará de Longfellow y Lanier, de Edison y Blaine, de poetas y políticos y artistas y generales menores. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

De Cuba ¿qué no habré escrito?: y ni una página me parece digna de ella: sólo lo que vamos a hacer me parece digno. Pero tampoco hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien. En un grupo puede poner hombres; y en otro, aquellos discursos tanteadores y relativos de los primeros años de edificación, que sólo valen si se les pega sobre la realidad y se ve con qué sacrificio de la literatura se ajustaban a ella. Ya usted sabe que servir es mi

manera de hablar. —Esto es lista y entretenimiento de la angustia que en estos momentos nos posee. —¿Fallaremos también en la esperanza de hoy, ya con todo al cinto? Y para padecer menos, pienso en Vd. y en lo que no pienso jamás, que es en mi papelería.

Y falló aquel día la esperanza —el 25 de marzo.— Hoy 1º de abril parece que no fallará. Mi cariño a Gonzalo es grande, pero me sorprende que llegue, como siento ahora que llega, hasta moverme a que le escriba, contra mi natural y mi costumbre, mis emociones personales. De ser mías solas, las escribiría; por el gusto de pagarle la ternura que le debo; pero en ellas habrían de ir las ajenas, y de eso no soy dueño. Son de grandeza en algunos momentos, —y en los más, de indecible y prevista amargura. En la cruz murió el hombre en un día: pero se ha de aprender a morir en la cruz todos los días. Martí no se cansa, ni habla. —¿Conque ya le queda una guía para un poco de mis papeles?

De la venta de mis libros, en cuanto sepa Vd. que Cuba no decide que vuelva, o cuando, —aun indeciso esto, —el entusiasmo pudiera producir con la venta un dinero necesario, —Vd. la dispone, con Benjamín hermano, sin salvar más que los libros sobre nuestra América, —de historia, letras o arte— que me serán base de pan inmediato, si he de volver, o si caemos vivos. Y todo el producto sea de Cuba, luego de pagada mi deuda a Carmita: \$220. 00. Esos libros han sido mi vicio y mi lujo, esos pobres libros casuales, y de trabajo. Jamás tuve los que deseé, ni me creí con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. —Podría hacer un curioso catálogo, —y venderlo, de anuncio y aumento de la venta. — No quisiera levantar la mano del papel, como si tuviera la de Vd. en las mías; pero acabo, del miedo de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas. —

Su

J. Martí

Escenas Norteamericanas

De guía para este volumen pudiera servir la idea matriz de elegir p^a él entre las correspondencias aquellas que describen un aspecto singular, o momento característico de la vida de Norteamérica. Recuerdo ahora, por ejemplo:

Un boxeo, tal vez la 1ra. correspondencia q. se publicó en La Nación.

La Exposición de vacas en Madison Garden, y Lechería

El terremoto de Charleston

La nevada

La ocupación de Oklahoma

Los anarquistas de Chicago Una elección de Presidente La inundación de

Yorktown El linchamiento de los italianos en N. Orleans El negro quemado El centenario de Washington El centenario de la Constitución La Estatua de la Libertad

Y temas así, —culminantes y durables, y de valor humano.

En las correspondencias de La Nación, que hay sueltas, o en cuadernos en la oficina, sólo hay una parte de las escritas al periódico, —y faltan algunas q. en la colección serían esenciales.

**

A JOSÉ MARTÍ Y ZAYAS BAZÁN

[Montecristi] 1º de abril de 1895

Hijo:

Esta noche salgo para Cuba: salgo sin ti, cuando debieras estar a mi lado. Al salir, pienso en ti. Si desaparezco en el camino, recibirás con esta carta la leontina que usó en vida tu padre. Adiós. Sé justo.

Tu

José Martí

**

A ENRIQUE LOYNAZ

Montecristi, [1º de] abril de 1895

Enrique querido:

Sin papel ni tiempo, al salir de un hato, le hago estas líneas para que en los mimos delicados de su corazón sienta el apego y agradecimiento que le tengo, y mi constante memoria de las noblezas que sólo yo conozco enteramente en Vd. Piénsame siempre: cuando lo encienda la fantasía o lo arrebate la indignación. Piense en lo que yo en cada caso le diría si estuviese a su lado.

Escríbale al Marqués, pero no mucho de mí, sino de estas fuerzas invencibles y merecedoras del empuje de aquella alma tenaz.

Dondequiera que yo esté, siéntame siempre a su lado, acompañándole y queriéndole. Y aquietándole la magnífica altivez.

Lo abraza hasta Cuba.

Su

Martí

A MARÍA MANTILLA

A mi María

Y mi hijita ¿qué hace, allá en el Norte, tan lejos? ¿Piensa en la verdad del mundo, en saber, en querer, —en saber, para poder querer, —querer con la voluntad, y querer con el cariño? ¿Se sienta, amorosa, junto a su madre triste? ¿Se prepara a la vida, al trabajo virtuoso e independiente de la vida, para ser igual o superior a los que vengan luego, cuando sea mujer, a hablarle de amores, —a llevársela a lo desconocido, o a la desgracia, con el engaño de unas cuantas palabras simpáticas, o de una figura simpática? ¿Piensa en el trabajo, libre y virtuoso, para que la deseen los hombres buenos, para que la respeten los malos, y para no tener que vender la libertad de su corazón y su hermosura por la mesa y por el vestido? Eso es lo que las mujeres esclavas, —esclavas por su ignorancia y su incapacidad de valerse, —llaman en el mundo “amor”. Es grande, amor: pero no es eso. Yo amo a mi hijita. Quien no la ame así, no la ama. Amor es delicadeza, esperanza fina, merecimiento y respeto. — ¿En qué piensa mi hijita? ¿Piensa en mí?

Aquí estoy, en Cabo Haitiano; cuando no debía estar aquí. Creí no tener modo de escribirte en mucho tiempo, y te estoy escribiendo. Hoy vuelvo a viajar, y te estoy otra vez diciendo adiós. Cuando alguien me es bueno, y bueno a Cuba, le enseño tu retrato. Mi anhelo es que vivan muy juntas su madre y ustedes, y que pases por la vida pura y buena. Espérame, mientras sepas que yo viva. Conocerás el mundo, antes de darte a él. Elévate, pensando y trabajando. ¿Quieres ver como pienso en ti, —en ti y en Carmita? Todo me es razón de hablar de ti, el piano que oigo, el libro que veo, el periódico que llega. Aquí te mando en una hoja verde, el anuncio del periódico francés a que te suscribió Dellundé. El Harper’s Young People no lo leíste, pero no era culpa tuya, sino del periódico, que traía cosas muy inventadas, que no se sienten ni se ven, y más palabras de las precisas. Este Petit francais es claro y útil. Léelo, y luego enseñarás. Enseñar, es crecer. —Y por el correo te mando dos libros, y con ellos una tarea, que harás, si me quieres; y no harás, si no me quieres. — Así, cuando esté en pena, sentiré como una mano en el hombro, o como un cariño en la frente, o como las sonrisas con que me entendías y consolabas; y será que estás trabajando en la tarea, pensando en mí.

Un libro es L’Histoire Générale, un libro muy corto, donde está muy bien contada, y en lenguaje fácil y limpio, toda la historia del mundo, desde los tiempos más viejos, hasta lo que piensan e inventan hoy los hombres. Son 180 sus páginas: yo quiero que tú traduzcas, en invierno o en verano, una página por día; pero traducida de modo que la entiendas, y de que la puedan entender los demás, porque mi deseo es que este libro de historia quede puesto por ti en

buen español, de manera que se pueda imprimir, como libro de vender, a la vez que te sirva, a Carmita y a ti, para entender, entero y corto, el movimiento del mundo, y poderlo enseñar. Tendrás, pues, que traducir el texto todo, con el resumen que va al fin de cada capítulo, y las preguntas que están al pie de cada página; pero como éstas son para ayudar al que lee a recordar lo que ha leído; y ayudar al maestro a preguntar, tú las traducirás de modo que al pie de cada página escrita sólo vayan las preguntas que corresponden a esa página. El resumen lo traduces al acabar cada capítulo. —La traducción ha de ser natural, para que parezca como si el libro hubiese sido escrito en la lengua a que lo traduces, —que en eso se conocen las buenas traducciones. En francés hay muchas palabras que no son necesarias en español. Se dice, — tú sabes —il est, cuando no hay él ninguno, sino para acompañar a es, porque en francés el verbo no va solo: y en español, la repetición de esas palabras de persona, —del yo y él y nosotros y ellos, —delante del verbo, ni es necesaria ni es graciosa. Es bueno que al mismo tiempo que traduzcas, —aunque no por supuesto a la misma hora, —leas un libro escrito en castellano útil y sencillo, para que tengas en el oído y en el pensamiento la lengua en que escribes. Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en La Edad de Oro; para que los niños me entendiesen, y el lenguaje tuviera sentido y música. Tal vez debas leer, mientras estés traduciendo, La Edad de Oro. —El francés de L’Histoire Générale es conciso y directo, como yo quiero que sea el castellano, —de tu traducción; de modo que debes imitarlo al traducir, y procurar usar sus mismas palabras, excepto cuando el modo de decir francés, cuando la frase francesa, sea diferente en castellano. —Tengo, por ejemplo, en la página 19, en el párrafo no 6, esta frase delante de mí: “Les Grecs ont les premiers cherché á se rendre compte des choses du monde”. —Por supuesto que no puedo traducir la frase así, palabra por palabra: —“Los Griegos han los primeros buscado a darse cuenta de las cosas del mundo, “porque eso no tiene sentido en español. Yo traduciría: “Los griegos fueron los primeros que trataron de entender las cosas del mundo.” Si digo: “Los griegos han tratado los primeros”, diré mal, porque no es español eso. Si sigo diciendo “de darse cuenta”, digo mal también, porque eso tampoco es español. Ve, pues, el cuidado con que hay que traducir, para que la traducción pueda entenderse y resulte elegante, —y para que el libro no quede, como tantos libros traducidos, en la misma lengua extraña en que estaba. —Y el libro te entretendrá, sobre todo cuando llegues a los tiempos en que vivieron los personajes de que hablan los versos y las óperas. Es imposible entender una ópera bien, — o la romanza de Hildegonda, por ejemplo, —si no se conocen los sucesos de la historia que la ópera cuenta, y si no se sabe quién es Hildegonda, y dónde y cuándo vivió, y qué hizo. —Tu música no es así, mi María; sino la música que entiende y siente. —Estudia, mi María;— trabaja, y espérame.

Y cuando tengas bien traducida “L’Histoire Générale”, en letra clara, a renglones iguales y páginas de buen margen, nobles y limpias, ¿cómo no habrá quien imprima; y venda para ti, venda para tu casa, —este texto claro y completo de la historia del hombre, mejor, y más atractivo y ameno, que todos los libros de enseñar historia que hay en castellano? La página al día, pues: mi hijita querida. Aprende de mí. Tengo la vida a un lado de la mesa, y la muerte a otro, y mi pueblo a las espaldas: —y ve cuántas páginas te escribo.

El otro libro es para leer y enseñar: es un libro de 300 páginas, ayudado de dibujos, en que está, María mía, lo mejor —y todo lo cierto— de lo que se sabe de la naturaleza ahora. Ya tú leíste, o Carmita, leyó antes que tú, las Cartillas de Appleton. Pues este libro es mucho mejor, —más corto, más alegre, más lleno, de lenguaje más claro, escrito todo como que se lo ve. Lee el último capítulo, La Physiologie Végétale, —la vida de las plantas, y verás qué historia tan poética y tan interesante. Yo la leo, y la vuelvo a leer, y siempre me parece nueva. Leo pocos versos, porque casi todos son artificiales o exagerados, y dicen en lengua forzada falsos sentimientos, o sentimientos sin fuerza ni honradez, mal copiados de los que los sintieron de verdad. Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo, con sus familias de estrellas, —y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno, y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día. Es hermoso, asomarse a un colgadizo, y ver vivir al mundo: verlo nacer, crecer, cambiar, mejorar, y aprender en esa majestad continua el gusto de la verdad, y el desdén de la riqueza y la soberbia a que se sacrifica, y lo sacrifica todo, la gente inferior e inútil. Es como la elegancia, mi María, que está en el buen gusto, y no en el costo. La elegancia del vestido, —la grande y verdadera, —está en la altivez y fortaleza del alma. Un alma honrada, inteligente y libre, da al cuerpo más elegancia, y más poderío a la mujer, que las modas más ricas de las tiendas. Mucha tienda, poca alma. Quien tiene mucho adentro, necesita poco afuera. Quien lleva mucho afuera, tiene poco adentro, y quiere disimular lo poco. Quien siente su belleza, la belleza interior, no busca afuera belleza prestada: se sabe hermosa, y la belleza echa luz. Procurará mostrarse alegre, y agradable a los ojos, porque es deber humano causar placer en vez de pena, y quien conoce la belleza la respeta y cuida en los demás y en sí. Pero no pondrá en un jarrón de China un jazmín: pondrá el jazmín, solo y ligero, en un cristal de agua clara. Esa es la elegancia verdadera: que el vaso no sea más que la flor. —Y esa naturalidad, y verdadero modo de vivir, con piedad para los vanos y pomposos, se aprende con encanto en la historia de las criaturas de la tierra. —Lean tú y Carmita el libro de Paul Bert: a los dos o tres meses, vuelvan a leerlo; léanlo otra vez y ténganlo cerca siempre, para una página u otra, en las horas perdidas. Así sí serán maestras, contando esos cuentos

verdaderos a sus discípulas, en vez de tanto quebrado y tanto decimal, y tanto nombre inútil de cabo y de río, que se ha de enseñar sobre el mapa como de casualidad, para ir a buscar el país de que se cuenta el cuento, o —donde vivió el hombre de que habla la historia.— Y cuentas, pocas, sobre la pizarra, y no todos los días. Que las discípulas amen la escuela, y aprendan en ella cosas agradables y útiles.

Porque ya yo las veo este invierno, a ti y a Carmita, sentadas en su escuela, de 9 a 1 del día, trabajando las dos a la vez, si las niñas son de edades desiguales, y hay que hacer dos grupos, o trabajando una después de otra, con una clase igual para todas. Tú podrías enseñar piano y lectura, y español tal vez, después de leerlo un poco más; y Carmita una clase nueva de deletreo y composición a la vez, que sería la clase de gramática, enseñada toda en las pizarras, al dictado, y luego escribiendo lo dictado en el pizarrón, vigilando porque las niñas corrijan sus errores, —y una clase de geografía, que fuese más geografía física que de nombres, enseñando como está hecha la tierra, y lo que alrededor la ayuda a ser, y de la otra geografía, las grandes divisiones, y esas bien, sin mucha menudencia, ni demasiados detalles yankees, —y una clase de ciencias, que sería una conversación de Carmita, como un cuento de veras, en el orden en que está el libro de Paul Bert, si puede entenderlo bien ya, y si no, en el que mejor pueda idear, con lo que sabe de las cartillas, y la ayuda de lo que en Paul Bert entienda, y astronomía. Para esa clase le ayudarían mucho un libro de Arabella Buckley, que se llama “The FairyLand of Science”, y los libros de John Lubbock, y sobre todo dos, “Fruits, Flowers and Leaves” y “Ants, Bees and Wasps”. Imagínate a Carmita contando a las niñas las amistades de las abejas y las flores, y las coqueterías de la flor con la abeja, y la inteligencia de las hojas, que duermen y quieren y se defienden, y las visitas y los viajes de las estrellas, y las casas de las hormigas. Libros pocos, y continuo hablar. —Para historia, tal vez sean aún muy nuevas las niñas. Y el viernes, una clase de muñecas, —de cortar y coser trajes para muñecas, y repaso de música, y clase larga de escritura, y una clase de dibujo. —Principien con dos, con tres, con cuatro niñas. Las demás vendrán. En cuanto sepan de esa escuela alegre y útil, y en inglés, los que tengan en otra escuela hijos, se los mandan allí: y si son de nuestra gente, les enseñan para más halago, en una clase de lectura explicada —explicando el sentido de las palabras— el español: no más gramática que esa: la gramática la va descubriendo el niño en lo que lee y oye, y esa es la única que le sirve. —¿Y si tú te enforzaras y pudieras enseñar francés como te lo enseñé yo a ti, traduciendo de libros naturales y agradables? Si yo estuviera donde tú no me pudieras ver, o donde ya fuera imposible la vuelta, sería orgullo grande el mío, y alegría grande, si te viera desde allí, sentada, con tu cabecita de luz, entre las niñas que irían así saliendo de tu alma, —sentada, libre del mundo, en el trabajo independiente. Ensáyense en verano: empiecen en invierno. Pasa,

callada por entre la gente vanidosa. Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímalas, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera, como la luz. Deja a otras el mundo frívolo: tú vales más. Sonríe, y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín cuando el entierro de Frank Sorzano: pon un libro, —el libro que te pido, —sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. —Trabaja. Un beso. Y espérame.

Tu

J. Martí

Cabo Haitiano, 9 de abril, 1895

**

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS

[A bordo del vapor Nordstrand en Cabo Haitiano] abril 10 de 1895

Desde la cubierta del vapor escribo, porque nuestro camino del 1º de abril se interrumpió y hay que empezarlo de nuevo.

Escribí el 1º de abril y no creí entonces, al emprender el viaje con apariencias de llegada, que ya a la noche siguiente nos veríamos detenidos en la ruta. Fue rudo y peligroso. Pero al fin, sólo de tiempo fue la pérdida. A la mar otra vez con esperanza mayor. Tal vez de aquí a pocos días esté donde ya sean más difíciles las cartas. Tal vez, con esta esperanza ida, y entrando en la que para eso llevo preparada, les esté escribiendo de aquí a pocos días, algunas líneas más. Se ha de llegar. Lo que me rodea lleva la misma alma que yo. El riesgo común nos ha unido bien, con ayuda de mi servicio real y manso, y —por ahora— he dejado de sufrir.

De [...] fuimos [...] De [...] y después de tres días difíciles vinimos a Cabo Haitiano, que es tierra triste, pero para mí, —querida por la casa buena de Dellundé. Pudiera, y acaso debiera, contar con minuciosidad todo este viaje último; pero aún sería indiscreto, y es cosa pasada, que tampoco podría contar yo, porque la llevé principalmente en mis hombros. Me rodeó y premió el afecto de todos mis compañeros. Pudimos encallar, solos y conocidos, en un rincón sin salida. Y salimos, servidos y queridos... Y otra razón, además: ni antes ni después de nuestra llegada a Cuba debo dejar escrito, ni se ha de divulgar, detalle alguno que indique las vías diversas que hemos recorrido. Así lo mandan a la vez la honradez y la discreción. El alarde de lo hecho puede cerrar el camino a lo que se pueda volver a hacer... no encontrarán, por supuesto, ni lo habrán de buscar, detalles de persona, ni de mis actos o los de

los demás. Si míos, por míos los callo. Si ajenos, son ajenos, y sólo pudiera contarlos si los pudiese celebrar, o si el relato sincero no me obligase a la vez a la celebración, que me es grata, y a la censura, que me es odiosa, y de que se aprovecha luego la curiosidad maligna. En tiempos más serenos, podría ser, para servir luego a la explicación de los hechos públicos, casi siempre determinados, o torcidos, por la bondad o maldad de los caracteres personales. Hoy no fuera posible, sin saber a dónde va lo que se escribe, ni si se pierde en el viaje. Y luego, un diario suele ser un espía, y una alevosa anotación de las personas en cuya intimidad vivimos [...]

**

AL DOCTOR ULPIANO DELLUNDÉ

[A bordo del vapor Nordstrand, en Cabo Haitiano, 10 de abril de 1895]

[...] estaré inquieto hasta no ver a bordo a los compañeros Paquito Borrero, Guerra y Salas.

**

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS

Jurisdicción de Baracoa, 16 de abril de 1895

Carmita querida y mis niñas, y Manuel, y Ernesto:

En Cuba les escribo, a la sombra de un rancho de yaguas. Ya se me secan las ampollas del remo con que halé a tierra el bote que nos trajo. Éramos seis, llegamos a una playa de piedras y espinas, y estamos salvos, en un campamento, entre palmas y plátanos, con las gentes por tierra; y el rifle a su lado. Yo, por el camino, recogí para la madre la primera flor, helechos para María y Carmita, para Ernesto una piedra de colores. Se las recogí, como si los fuese a ver, como si no me esperase la cueva o la loma, sino la casa, la casa abrigada y compasiva, que veo siempre delante de mis ojos.

Es muy grande, Carmita, mi felicidad, sin ilusión alguna de mis sentidos, ni pensamiento excesivo en mí propio, ni alegría egoísta y pueril, puedo decirte que llegué al fin a mi plena naturaleza, y que el honor que en mis paisanos veo, en la naturaleza que nuestro valor nos da derecho, me embriaga de dicha, con dulce embriaguez. Sólo la luz es comparable a mi felicidad. Pero en todo instante le estoy viendo su rostro, piadoso y sereno, y acerco a mis labios la frente de las niñas, cuando amanece, cuando anochece, cuando me sale al paso una flor nueva, cuando veo alguna hermosura de estos ríos y montes, cuando bebo, hincado en la tierra, el agua clara del arroyo, cuando cierro los ojos, contento del día libre. Ustedes me acompañan y rodean, las siento, calladas y vigilantes, a mi alrededor. A mí, sólo ellas me faltan. A ellas, ¿qué les faltará? De sus angustias nuevas, ¿podrán irse salvando? Mi poca

ayuda, ¿cómo la habrán repuesto? Cuba ya tiene escritos sus nombres con mis ojos en muchas nubes del cielo y en muchas hojas de árboles.

Mi dicha de hombre útil hace mayor el pesar de que no me lo vean. ¿Recordarán así a su amigo, con tal lealtad, con tanta vehemencia?

¡Ah, María!, si me vieras por esos caminos, contento y pensando en ti, con un cariño más suave que nunca, queriendo coger para ti, sin correo con que mandártelas, estas flores de estrella, moradas y blancas, que crecen aquí en el monte.

Voy bien cargado, mi María, con mi rifle, al hombro, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato.

El papel se me acaba, y al correo no puede ir mucho bulto. Escribo con todo el sol sobre el papel. Véanme vivo y fuerte y amando más que nunca a las compañeras de mi soledad, a la medicina de mis amarguras. De acá no teman. La dificultad es grande, y los que han de vencerlas, también. Carmita pedirá a Gonzalo que le deje leer lo que hay de personal en la carta que le envío. Manuel bueno, trabaja. Carmita, escríbele a mamá. Carmita hija y María se educan para la escuela. Una palma y una estrella vi, alto sobre el monte, al llegar aquí antier, ¿cómo no había de pensar en Carmita y en María? ¿Y en la amistad de su madre, al ver el cielo limpio de la noche cubana? Quieran a su

Martí

**

A FÉLIX RUENES

[Cerca de Guantánamo] 26 de abril de 1895

C. teniente coronel Félix Ruenes

Jefe de Operaciones de la Jurisdicción de Baracoa

C. Teniente Coronel:

La revolución, ya vigorosa y potente, requiere para desenvolver toda su energía, que sin demora decidan los cubanos que la componen tal cual debe ser la representación que con toda autoridad legal pueda hablar en su nombre, y acordar, y empezar a ejecutar inmediatamente, los planes que han de conducir, con el tacto y la energía a la victoria.

Los poderes creados por el Partido Revolucionario Cubano, al entrar este en las condiciones más vastas y distintas en que le pone la guerra en el país, deben acudir al país y demandarle, como lo hace, que dé al gobierno que lo ha de regir formas adecuadas a las nuevas condiciones.

El Partido Revolucionario Cubano, acude, pues, a todo el pueblo cubano revolucionario visible, y con derecho a elección, que en el pueblo alzado en armas, y a cada comarca de él pide un representante, para que reunidos, sin pérdidas de tiempo, los de las comarcas todas acuerden la forma hábil y solemne de gobierno que en sus actúales condiciones debe darse la revolución.

Invitamos a Vd., pues, formalmente a cumplir este deber supremo, enviando desde ahí enseguida a Manzanillo, donde a la fecha se halle el general Bartolomé Masó, el representante que los cubanos revolucionarios de Baracoa envíen a la Asamblea de Delegados que allí se reunirá; y en caso de ser imposible o difícil el viaje inmediato de un representante que hubiese de salir de ahí, nombre de allí su fuerza, persona de su confianza en estas jurisdicciones que acuda a la Asamblea a representar a Baracoa.

En la seguridad de que el representante de Baracoa contribuirá al mayor acierto y a la feliz armonía de la Asamblea, saludan a Vds., y en Vd.

El Delegado — El General en Jefe

**

CIRCULAR A LOS JEFES

CUARTEL GENERAL EN CAMPAÑA

La Isla de Cuba, en virtud del trabajo general y respetuoso que inició el Partido Revolucionario Cubano, se ha levantado de su libre voluntad después de largo y previo acuerdo con el apoyo ordenado del exterior, para conquistar, con una guerra enemiga de la devastación innecesaria y de la violencia inútil, su independencia absoluta de la dominación española.

Jamás la revolución que ha estallado en Cuba pensó en admitir ni en oír siquiera, —por la incapacidad radical de España y por la insuficiencia patente para Cuba del mayor extremo de libertad española, —proposición alguna de España, directa o indirecta, que tendiese a abatir las armas cubanas con algo menos que con el reconocimiento de la independencia del país.

Cuantos brazos se han alzado para extirpar el gobierno extranjero, han firmado antes la obligación de sustentar, hasta caer, la guerra por la independencia definitiva.

Un pueblo americano como Cuba, con carácter y elementos de vida propios, capaz de gobernarse por la cultura y laboriosidad de sus hijos, y unificados después de la esclavitud en el sacrificio de la guerra, no puede continuar en la servidumbre innecesaria de un pueblo lejano como el español, de espíritu diverso, abocado a una división próxima y cuya viciosa existencia nacional depende principalmente de la explotación pública y secreta de nuestra Isla.

Meros cambios del nombre de los Consejos españoles del gobierno en Cuba, ni 'ninguna otra reforma, pueden mudar, el hecho innegable de la absoluta ineptitud de España para privarse de los recursos pingües que por vías públicas o individuales, tan corrompidas como corruptoras, deriva de la Isla.

La ayuda lamentable de un grupo escaso de cubanos al propósito español de reducir o localizar la guerra suponiéndola, por labios serviciales de hijos del país, tendencias locales o de otra especie, indignas de refutación, y radicalmente diversas del espíritu vasto y grandioso que le conocen de sobra los que de público lo niegan, —no es más que un error tan punible como será oportuno el arrepentimiento de él, o la resistencia natural, y siempre arrollada, de los hombres tímidos al sacrificio, y de los hombres egoístas a los deberes de la humanidad.

Ni el gobierno de España, ni nadie en su nombre puede, ofrecer sinceramente a Cuba concesiones que España por su Constitución nacional, no puede confirmar, que en su mayor extensión no bastarían a las dotes superiores y al grado de desarrollo del país, y que sólo con indignación, y como insulto verdadero, puede oír la dignidad cubana.

La guerra por la independencia de un pueblo útil y por el decoro de los hombres vejados, es una guerra sagrada, y la creación del pueblo libre que con ella se conquista es un servicio universal. El que pretende detener con engaño la guerra de independencia, comete un crimen.

En esta virtud, la Revolución, por sus representantes electos, vigentes hasta que ella se dé nuevos poderes, en descargo de su deber intima a Vd. que, en el caso de que en cualquier forma y por cualquier persona se fe presenten proposiciones de rendición, cesación de hostilidades o arreglo que no sea el reconocimiento de la independencia absoluta de Cuba, —cuyas proposiciones ofensivas y nulas no pueden ser mis, que un ardid de guerra para aislar o perturbar la Revolución, —castigue V. sumariamente este delito, con la pena asignada a los traidores a la Patria.

Saludan a V. y a las fuerzas a su mando en Patria y Libertad.

El Delegado — El General en Jefe

José Martí —Máximo Gómez

[Cerca de Guantánamo] 26 de abril 1895

**

CIRCULAR

CUARTEL GENERAL DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

Señor...

Señor y amigo:

La majestad e ideal hermoso de justicia, de la revolución de independencia que ha estallado en Cuba, con bases y raíces, que no le permitirán morir, exige de los que firmamos, sus representantes electos, el cumplimiento del deber de invitar a las personas representativas de cada comarca, bien sean hijos de España o de Cuba, a ayudar con su cordura y con su servicio previsor, al orden y al triunfo breve de una guerra que aspira a conseguir, por medios generosos y sin devastación inútil, la emancipación de Cuba, como único medio de poner a cubanos y españoles en condiciones de desenvolverse en la paz de la libertad, y con la energía del decoro satisfecho, el país que hoy languidece sacrificado a la necesidad que España tiene de pagar con los rendimientos de Cuba, las obligaciones de nación que no puede pagar por sí, y los vicios crecientes de su política. Cuba está madura para su entrada en el mundo trabajador, y debe emplear en su desarrollo los caudales que hoy paga al desgobierno que la corrompe. Cuba debe redimirse de una vez para siempre, de la vida de inseguridad y desconfianza que impide la concordia de los hombres y el trabajo de la riqueza de su suelo maravilloso. Semejante guerra, compuesta de modo que después de ella puedan vivir en amistad, y en su bienestar respetados cubanos y españoles, tiene derecho a que los hombres de buen sentido, y de verdadero amor al país, coadyuven a su éxito rápido, y contribuyan por métodos prudentes, y la satisfacción justa de las necesidades de la guerra, al orden de la Revolución que, en caso contrario, habría de atender con el exceso de la cólera, a su ley apremiante de existencia.

Jamás intentos más puros movieron el brazo de los hombres, ni se hizo nunca guerra que reúna en igual grado, a la voluntad inquebrantable de vencer, la ausencia completa de odio. Los hombres buenos, y aún los que [no sean más que sagaces, entenderán que], ante tal determinación es más honroso y útil tomar puesto en la República futura, por el servicio a tiempo prestado, que pasar por la guerra y asistir a su victoria con la señal de haberla ofendido sin razón, o desatendido cuando se la pudo atender.

El orden revolucionario de esta comarca queda encargado tanto a la moderación y respeto de los jefes, que no excluirán la mayor energía en sus operaciones, como al tacto de las personas de representación, que ayudaran con sus servicios oportunos al comedimiento y benevolencia de la guerra, en vez de provocarla con su oposición injusta, o irritarla con el penoso espectáculo de que los mismos que auxilian a sus enemigos, ven indiferentes su generosidad y abnegación.

Son de Vd.

El Delegado — El Gral. en Jefe

José Martí — Máximo Gómez

[Cerca de Guantánamo] 26 de abril 1895

**

CIRCULAR A LOS HACENDADOS
EJÉRCITO LIBERTADOR DE CUBA
CUARTEL GENERAL EN CAMPAÑA

A los hacendados y dueños de fincas rurales.

Jurisdicción de Cuba:

Duele tener que hacer la guerra, para conquistar la independencia y la honra de la noble Nación Cubana, y hacerla poniendo en vigor sus leyes penosas, pero necesarias.

Al hacer la guerra para extirpar la tiranía en el propio país, y lograr con los sacrificios pasajeros de hoy la paz feliz y durable de mañana, sobre el país han de pesar naturalmente las necesidades inevitables y justas de la contienda empeñada para darle al fin seguridad y orden. Los cubanos que dan la vida por la felicidad de sus compatriotas tienen derecho a que el país porque se sacrifican atienda a las exacciones naturales de la guerra con que lo redimen. Como General en Jefe del Ejército Libertador, cumpliré con imparcialidad y energía todos los deberes que la guerra me impone, y exigiré estrictamente para esta guerra justa los derechos de mantenimiento y respeto que reconocen los pueblos civilizados.

Todo el que respete la revolución será respetado por ella. Todo lo que sirva a los enemigos de la revolución será destruido por ella.

La guerra demandará con moderación los servicios indispensables para su mantenimiento, y usará sin vacilar de los servicios legítimos que con imprudencia, ingratitud e injusticia se le nieguen. Las propiedades extranjeras serán siempre respetadas, en observancia estrecha de las leyes de la guerra culta, a menos que no pierdan de su propia voluntad el derecho que las protege, amparando o sirviendo al enemigo. La guerra tiene derecho a mantenerse del país en cuyo bien se hace, y de él se mantendrá; pero condena la violencia innecesaria y la devastación inútil.

Inquebrantables serán en el ejército de mi mando la moralidad y el orden; y con la misma decisión exigiré de él estos deberes que a los habitantes pacíficos de la Isla la satisfacción debida a las exigencias de la guerra. Invito, pues, a los Sres. Hacendados y Dueños de Fincas Rurales de la Jurisdicción a que, con prudente atención a las justas necesidades de esta guerra honrada y útil, contribuyan a mantener la guerra libre de la violencia y destrucción de que serían únicos responsables los que las hubiesen provocado con su punible hostilidad o su culpable indiferencia.

Doy a los Jefes de Operaciones órdenes terminantes en acuerdo con estas declaraciones.

[El Delegado] — [El General en Jefe]

[José Martí] — [Máximo Gómez]

[Cerca de Guantánamo] 26 de abril de 1895

**

A JOSEPH PULITZER

[Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895]

Al Señor Joseph Pulitzer, propietario de

The New York World.

A petición de su corresponsal, tenemos el mayor placer en contestar a la siguiente pregunta:

¿Piensan Vds. que la guerra puede concluirse bajo la base de independencia, pero pagando Cuba a España una indemnización y sirviendo de árbitros en el asunto los Estados Unidos?

Bajo la base de independencia será posible entrar en negociaciones. En estas se fijaría la forma en que deban los españoles evacuar la Isla de Cuba y se establecerían las futuras relaciones de España con la nueva República Cubana. Creemos que pudiera tratarse también de una indemnización a favor de España, en cantidad razonable.

Eso sería lo honroso, lo práctico y lo conveniente para todos. Pero debiera hacerse lo más pronto posible, pues que la indemnización supondría ahorro de sangre y de dinero, y, pactada a tiempo, salvaría la vida económica de un pueblo que ha jurado su destrucción completa antes que someterse de nuevo a la autoridad de España. Cada día que pase traerá nuevos odios y nuevas ruinas y hará que se vaya extinguiendo la capacidad productora del país. Cuba podrá pagar menos a medida que el tiempo transcurra, no sólo porque a cada momento ganará menos con indemnizar a España, sino porque le será cada vez más difícil cumplir convenientemente lo que entonces estipulara.

La indemnización podría adoptar la forma del reconocimiento y conversión de una parte de la deuda contraída por España, o la entrega de una suma en valores o en dinero, y no veríamos inconveniente, como no lo vemos en que los Estados Unidos intervengan con carácter de árbitros o de amigos officiosos en las negociaciones, siempre que eso no suponga para la Isla de Cuba el sacrificio de su soberanía.

**

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS

Cerca de Guantánamo, 26 de abril de 1895

En el rancho de un campesino escribí mi primera carta, hace unos doce días, en que contaba nuestra llegada feliz, el desembarco de los seis en un bote, y yo, de remero en la lluvia oscura, y la hermandad y la alegría de los cubanos alzados que salieron a recibirnos.

Ahora escribo en la zona misma de Guantánamo, en la seguridad y alegría del campamento de los trescientos hombres de Maceo y Garzón que salieron a recibirnos aquí. Y ¿quién creen que vino al escape de su caballo a abrazarme de los primeros, todavía oliendo al fuego de la pelea? Rafael Portuondo, que desde ayer no se aparta de mí. Por bravo y juicioso lo quieren y respetan, y yo por abnegado y previsor, díganlo a Ritica. Su amigo íntimo es el hijo de Urbano Sánchez. Por el momento veníamos muy seguidos ya por tropa española y contentos y a pie, con la custodia de cuatro tiradores y un negro magnífico, padre de su pueblo y hombre rico y puro, Luis González, que se nos unió con diecisiete parientes, y trae a su hijo; veníamos y estalló a pocos pasos el gran tiroteo de las dos horas: allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después rechazado el enemigo, caímos en brazos de nuestra gente: allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monte y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando los heridos. A las cinco en pie, todos alegres; luego duermen, hablan en grupos, pasan cargados de viandas y reses, me traen mi caballo y mi montura nueva; ¿pelearemos hoy? Organizamos y seguimos rumbo; el alma es una: algunas armas cogidas al enemigo.

Yo escribo en mi hamaca, a la luz de una vela de cera, sujeta junto a mis rodillas por una púa clavada en tierra. Mucho tengo que escribir... Sentía anoche piedad en mis manos, cuando ayudaba a curar a los heridos... Y no les he dicho que esta jomada valiente de ayer cerró una marcha a pie de trece días continuos, por las montañas agrias o ricas de Baracoa, la marcha de los seis hombres que se echaron sin guía, por la tierra ignorada y la noche, a encararse triunfantes contra España.

Éramos treinta cuando abrazamos a José Maceo. Dejamos atrás orden y cariño. No sentíamos ni en el humor ni en el cuerpo la angustiosa fatiga, los pedregales a la cintura, los ríos a los muslos, el día sin comer, la noche en el capote por el hielo de la lluvia, los pies rotos. Nos sonreíamos y crecía la hermandad. Gómez me ha ido cuidando en los detalles más humildes con perenne delicadeza. He observado muy de cerca en él las dotes de prudencia, sufrimiento y magnanimidad. Nuestros Remingtons van sin un solo tropiezo,

rápidamente a su camino. Llama a silencio la cometa: mi trabajo no me permite silencio; en voz baja cuenta cerca de mí Rafael las fuerzas, grandes de veras, de la revolución en Oriente. Los hombres de la guerra vieja se asombran del atrevimiento franco de la gente y su ayuda en esta... envío del cielo libre, un saludo de orgullo por nuestra patria, tan bella en sus hombres como en su naturaleza... No soy inútil ni me he hallado desconocido en nuestros montes; pero poco hace en el mundo quien no se siente amado.

Martí.

**

CIRCULAR POLÍTICA DE LA GUERRA
CUARTEL GENERAL DEL
EJÉRCITO LIBERTADOR

[Guantánamo] Abril 28 de 1895]

La guerra debe ser sinceramente generosa, libre de todo acto de violencia innecesaria contra personas y propiedades, y de toda demostración o indicación de odio al español.

Con quien ha de ser inexorable la guerra, luego de probarse inútilmente la tentativa de atraerlo, es con el enemigo, español o cubano, que preste servicio activo contra la Revolución. Al español neutral, se le tratará con benignidad, aun cuando no sea efectivo su servicio a la Revolución.

Todos los actos y palabras de esta deben ir inspirados en el pensamiento de dar al español la confianza de que podrá vivir tranquilo en Cuba, después de la paz.

A los cubanos tímidos y a los que más por cobardía que por maldad, protesten contra la Revolución, se les responderá con energía a las ideas, pero no se les lastimarán las personas, a fin de tenerles siempre abierto el camino hacia la Revolución, de la que de otro modo huirían, por el temor de ser castigados por ella.

A los soldados quintos se les ha de atraer, mostrándoles compasión verdadera por haber de atacarlos, cuando los más de ellos son liberales como nosotros y pueden ser recibidos en nuestras fuerzas con cariño.

A los prisioneros, en términos de prudencia, se les devolverá vivos y agradecidos.

A nuestras fuerzas se las tratará de manera que se vaya fomentando en ellas, a la vez, la disciplina estricta y el decoro de hombres, que es el que da fuerza y razón al soldado de la Libertad para pelear, no se perderá ocasión de explicarles en arengas y conversaciones, el espíritu fraternal de la guerra; los

beneficios que el cubano obtendrá con la Independencia, y la incapacidad de España para mejorar la condición de Cuba y para vencernos.

En cuanto a las propiedades, se respetarán todas aquellas que nos respeten, y sólo se destruirán, después de anuncios reiterados y de la prueba completa de su hostilidad, aquellas de que se sirva o asile habitualmente el enemigo: o alberguen al cubano que hace armas contra la Revolución.

El desarrollo de la guerra irá precisando más en este punto, la benevolencia o el rigor: por hoy, la regla ha de ser servirse de los auxilios de los propietarios, para las necesidades legítimas de la Guerra, de alimentación, vestuario, y en casos posibles, de armas y parque.

La guerra se debe mantener del país: pero no debe exigirle más de lo necesario para mantenerse, salvo en los casos probados de que se preste mayor o igual auxilio al enemigo, del prestado a la Revolución.

El Delegado — El General en Jefe

José Martí — Máximo Gómez

**

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS

Cerca de Guantánamo, 28 de abril de 1895

[...] Son las nueve de la noche, toca a silencio la corneta del campamento, y yo reposo del alegre y recio trabajo del día escribiendo, mientras en las hamacas del portal, Maceo, Gómez, Bonne y Borrero, se cuentan batallas. Rafael Portuondo, que acaso siga viaje conmigo, me ha estado ayudando hoy, con el valiente y juicioso hijo de Urbano Sánchez Echevarría. ¡Cuán bello es ver a estos jóvenes de casa privilegiada, servir de capitanes al Jefe negro, caballero y moderado, que los abraza y mimas como hijos! A mi lado, en un rincón de yaguas sufre un tísico, que sirvió con el arma en la guerra entera, y esta vez también sigue pálido y seco a su columna, sentado a la mujeriega en su arrenquín; está serena afuera la noche de este día en que no vi el sol sino cuando las fuerzas formadas quisieron oír hablar al que, con un cariño que en esto rechazo, llaman “el Presidente”. Mi alma es sencilla. En vez de aceptar, siquiera en lo íntimo de la conciencia soberbia, este título con que desde mi aparición en estos campos me saludaron, lo pongo aparte, y ya en público lo rechacé, y lo rechazaré oficialmente, porque ni en mí, ni en persona alguna, se ajustaría a las conveniencias y condiciones recién nacidas de la Revolución. Ella crece natural y sana, exquisita como una niña en sus afectos, pura como sólo lo es en el mundo el aire de la libertad. Es innegable el afán revolucionario en campos y poblaciones: no llega a noticia hostil, y cuantas vienen son de adhesión y de servicio: corre aire heroico: ya es una carta de

mujer, amiga admirable, que guía y salva desde su vejez enferma a las tropas hermanas: ya son dos jinetes frenéticos que se lanzan, dando vivas, a nuestro cuello: ya es un pueblo todo, que se quiere salir y pide ayuda: ya la comisión que va, montada en los caballos que tomó a la guardia civil, a recoger las armas que le tiene guardadas el vecino. Y a mí también me han regalado un caballo blanco. De aquí a dos días, volveremos al camino; a seguir ordenando, como aquí, y poniendo en vía igual estas sanas voluntades; a recorrer el Oriente entero, cubierto de nuestra gente, y deponer ante sus representantes nuestra autoridad, y que ellos den gobierno propio a la República. —Me siento puro y leve, y siento en mí algo como la paz de una niña.

¿Por qué me vuelvo a acordar ahora de la larga marcha, —para mí la primera marcha de batalla— que siguió al combate victorioso con que nos recibió el valiente y sencillo José Maceo?

Porque fue muy bella, y quisiera que Vds. la hubieran visto conmigo. ¿O tenía el cielo balcones, y los seres que me son queridos estaban asomados a uno de ellos? A la mañana veníamos aún los pocos de la expedición de Baracoa, los seis, y los que se nos fueron uniendo revueltos por el monte de espinas y con la mano al arma, esperando por cada vereda al enemigo. Retumba de repente el tiroteo como a pocos pasos de nosotros, y el fuego es de dos horas. Los nuestros han vencido. Cien cubanos bisoños han apagado treinta hombres de la columna entera de Guantánamo: trescientos teníamos, pero sólo pelearon cien.

Ellos se van pueblo adentro, deshechos, ensangrentados, con los muertos en brazos, regando las armas. En el camino mismo del combate nos esperaban los cubanos triunfadores: se echan de los caballos abajo; se abrazan y nos vitorean: nos suben a caballo; y nos calzan las espuelas. ¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que hay en el camino, ni la sangre a medio secar de una cabeza que ya está enterrada, en la cartera que le puso de almohada un jinete nuestro? Y al sol de la tarde emprendemos la marcha de victoria, de vuelta al campamento: a las doce de la noche habían salido por ríos y cañaverales y espinares, a salvamos: acababan de llegar, ya cerca, cuando les cae encima el español, sin almuerzo pelearon las dos horas; y con galletas engañaron el hambre del triunfo; y emprendían el viaje de ocho leguas, con tarde primero, alegre y clara, y luego, por bóvedas de púas, en la noche oscura. En fila de a uno iba la columna larga. Los ayudantes pasan corriendo y voceando. Nos revolvíamos caballos y de a pie; en los altos ligeros. Entra al cañaveral, y cada soldado sale con una caña de él. “Párese la columna, que hay un herido atrás”. Uno hala su pierna atravesada y Gómez lo monta a su grupa. Otro herido no quiere: “No, amigo, yo no estoy muerto”, y con la bala en el hombro sigue andando. ¡Los pobres pies, tan cansados! Se sientan, rifle al lado, al borde del camino: y nos sonreían gloriosos. Se oye algún ¡ay!, y más

risas y el habla contenta. “¡Abran camino!” Y llega montado el recio Cartagena, teniente coronel que lo ganó en la guerra grande, con un hachón prendido de cardona, clavado como una lanza al estribo de cuero. Y otros hachones de tramo en tramo. O encienden los árboles que escaldan y chisporrotean, y echan al cielo su fuste de llama y una pluma de humo.

El río nos corta. Aguardamos a los cansados. Ya están a nuestro alrededor, los yareyes en la sombra. Ya es la última agua, y del otro lado el sueño. Hamacas, candelas, calderas. Ya duerme el campamento: al pie de un árbol grande iré luego a dormir, junto al machete y el revólver, y de almohada mi capa de hule: ahora hurgo el jolongo y saco de él la medicina para los heridos. ¡Qué cariñosas las estrellas... a las tres de la madrugada! A las cinco, abiertos los ojos, y a caballo.

Y han de saber que me han salido habilidades nuevas, y que a cada momento alzo la pluma, o dejo el taburete, y el corte de palma en que escribo, para adivinarle a un doliente la maluquera, porque de piedad o casualidad se me han juntado en el bagaje más remedios que ropa, y no para mí, que no estuve más sano nunca. Y ello es que tengo acierto, y ya me he ganado mi poco de reputación, sin más que saber cómo está hecho el cuerpo humano, y haber traído conmigo el milagro del yodo. Y el cariño que es otro milagro; en el que ando con tacto, y con rienda severa, no vaya la humanidad a parecer vergonzosa adulación, aunque es rara la claridad del alma, y como finura en el sentir, que embellece, por entre palabras picaras y disputas y fritos y guisos, esta vida de campamento.

¡Si nos vieran a la hora de comer! Volcamos el taburete, para que en uno nos sentemos dos: de la carne hervida con plátanos, y a poca sal, nos servimos en jicara de coco y en platos escasos: a veces es festín, y hay plátano frito, y tasajo con huevos, y gallina entomatada: lo usual es carnaza, y de postre un plátano verdín, o una uña de miel de abeja. Otros más diestros, cuecen fino; pero este cuartel general, con su asistente español, anda muy ocupado. ¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas.

Se va el correo...

A Estrada, el alma henchida. Cuanto escribo es para él.

Escríbanme por Gonzalo.

Martí

**

AL EDITOR DE THE NEW YORK HERALD

To the Editor

of the New York Herald

The New York Herald ofrece noblemente a la Revolución Cubana por la Independencia de la Isla y la creación de una República durable la publicidad de su diario; y es nuestro deber, como representantes electos de la Revolución, vigentes hasta que ella elija los poderes adecuados a su nueva forma, expresar de modo sumario al pueblo de los Estados Unidos y al mundo, las razones, composición y fines de la Revolución que Cuba inició desde principio del siglo, que se mantuvo en armas con reconocido heroísmo de 1868 a 1878, y se reanuda hoy por el esfuerzo ordenado de los hijos del país dentro y fuera de la Isla, para fundar, con el valor experto y el carácter maduro del cubano, un pueblo independiente, digno y capaz del gobierno propio que abra la riqueza estancada de la Isla de Cuba, en la paz que sólo puede asegurar el decoro satisfecho del hombre, al trabajo libre de sus habitantes y al paso franco del Universo.

Cuba se ha alzado en armas, con el júbilo del sacrificio y la solemne determinación de la muerte, no para interrumpir con patriotismo fanático, por el ideal insuficiente de la independencia política de España, el desarrollo de un pueblo que hubiera podido llegar en paz a su madurez sin estorbar el curso acelerado del mundo que en este fin de siglo se ensancha y renueva, sino para emancipar a su pueblo inteligente y generoso, de espíritu universal y deberes especiales en América, de la nación española, inferior a Cuba en la aptitud para el trabajo moderno y el gobierno libre, y necesitada de cerrar la Isla, exuberante de fuerzas naturales y del carácter creador que las desata, a la producción de las grandes naciones para mantener, con el ahogo violento de un pueblo útil de América, el mercado único de la Industria española, y los rendimientos con que paga Cuba las deudas de España en el continente, y sostiene en la holganza y el poder a las clases favorecidas e improductoras, que no buscan en el trabajo viril la fortuna rápida y pingüe que desde la conquista de España en América esperan un día u otro obtener, y obtienen, de los empleos venales y gabelas inicuas de la colonia.

El pensamiento superficial, o cierta especie de brutal desdén, deshonroso sólo —por la ignorancia que revela— para quien se muestra así incapaz de respetar la virtud heroica, puede afirmar, con increíble olvido de la pelea intelectual y armada de Cuba en todo este siglo, por su libertad, que la revolución cubana es el prurito insignificante de una dase exclusiva de cubanos pobres en el extranjero, o el alzamiento y preponderancia de la especie negra en Cuba, o la inmolarían del país a un sueño de independencia que no podrán sustentar los que la conquistaron. El hijo de Cuba, levantado en la guerra y en el trabajo de la emigración durante un cuarto de siglo, a tal plenitud moral, industrial y política, que no cede a la del mejor producto humano de cualquier otra nación, padece, en indecible amargura, de ver encadenado su suelo y en él su sofocante dignidad de hombre, a la obligación de pagar, con sus manos libres de americano, el tributo casi íntegro de su

producción, y el diario y más doloroso de su honra, a las necesidades y vicios de la monarquía, cuya composición burocrática, y perpetua privanza de los factores nulos y perversos de la sociedad, nacida en las encomiendas y mercedes de América, le impide permitir jamás a la atormentada Isla de Cuba, que, en la hora histórica en que se abre la tierra y se abrazan los mares a sus pies, tienda anchos sus puertos y sus aurígenas entrañas, al mundo repleto de capitales desocupados y muchedumbres ociosas, que al calor de la República firme hallarían en la Isla la calma de la prosperidad y un crucero amigo.

Los cubanos reconocen el deber urgente que les imponen para con el mundo su posición geográfica y la hora presente de la gestación universal; y aunque los observadores pueriles o la vanidad de los soberbios lo ignoren, son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y el ímpetu de su brazo, para cumplirlo: y quieren cumplirlo.

A la boca de los canales oceánicos, en el lazo de los tres continentes, en el instante en que la humanidad va a tropezar a su paso activo con la colonia inútil española en Cuba, y a las puertas de un pueblo perturbado por la plétora de los productos de que en él se pudiera proveer, y hoy compra a sus tiranos, Cuba quiere ser libre, para que el hombre realice en ella su fin pleno; para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América donde el interés de su amo español le prohíbe hoy comprar. Nada piden los cubanos al mundo, sino el conocimiento y respeto de su sacrificio: y dan al universo su sangre.

Un ligero estudio de la composición nacional de España y de Cuba basta a convencer a una mente honrada de la justicia y necesidad de la Revolución, — de la incompatibilidad de carácter nacional, por sus raíces diversas y sus distintos grados de desarrollo, entre España y Cuba, — de los objetos encontrados, y por tanto llamados a choque, de ambos pueblos en la sujeción violenta a la Metrópoli Europea y retrasada, de la Isla americana, contemporánea y laboriosa, y de la pérdida de energía moderna que envuelve la dependencia de un pueblo ágil y bueno, en la época más trabajadora y fraternal del mundo, de un trono obligado, por la viciosa constitución individual de su mayoría decadente, a negar la maravilla natural de Cuba, y el factor enérgico del carácter cubano, a la obra unida, e idéntica sobre sus conflictos superficiales, de las nacionalidades del orbe.

Ligadas hace cuatrocientos años las regiones españolas, ásperas y celosas, contra el moro superior afeminado en la molicie, vino, en mal hora para España, a cuajarse la monarquía y unificarse en la conquista, como todas las conquistas fatal para el vencedor, de las tierras desnudas de América. De sus productos se enriqueció, y con la posesión perenne de las Indias se aquietó y empleó, bajo los reyes, la población soldadesca y aventurera con que se fundó en España la nacionalidad; y a lo más lerdo era entregado, como menor oficio,

el trabajo penoso de la tierra y las industrias, porque la tentación de América arrancaba lo más intrépido y capaz del país, y aun de las clases menores de la llaneza, creaba con la aspiración primero, y luego con la satisfacción, una como orden vagabunda y copiosa de caballería. Amor, peleas y letras, fueron siempre en el español sobrio hasta hace poco, alimento bastante a su vida pródiga e imaginativa; y América vino a ser tan ancha abra de riqueza robusta o pasajero lucro, que a ella y a sus rendimientos fueron amoldándose en España la vida pública y el carácter personal, que en la riqueza cubana, creciente por la solicitud del comercio, el privilegio de la esclavitud y la laboriosidad criolla, a pesar del gobierno predatorio, rehallaron las fuentes que con la pérdida de las colonias continentales les parecían cegadas. La imitación pegadiza, en la España reciente, de las formas suntuosas de la vida moderna, sin la Industria y empuje que en los pueblos brillantes de Europa la crean y excusan, ha aumentado en el pueblo español las necesidades de la existencia, sin aumento correspondiente de las fuentes de producción, que en lo privado continúan siendo en porción muy principal, las granjerías cubanas. España es esta, en su relación con Cuba. —¿Qué es Cuba en canto? Enamorada, a la guía de sus preclaros varones, desde la cuna liberal del siglo, de las ideas y ejercicios del mundo nuevo, y dotada la mente isleña de singular poder de análisis y moderación, buscó Cuba en las naciones pensadoras, y trajo de ellas, un ideal superior a la agria condición de factoría de siervos que envilecía rápidamente a los naturales; y cuando estas ansias de libertad fructificaron en la Revolución de 1868, aquel pueblo de hombres verdaderos redimió en su primer acto de nación la esclavitud negra que le daba a la vez soberbia de amo y gozos de opulencia; y sus mujeres se fueron a los montes a acompañar, vestidas de telas de árbol, a los maridos que peleaban por la libertad; y sus magnates incendiaron sonriendo las casas de su pergamino y señoría. Los letrados regalones anduvieron diez años por el bosque con la República a la espalda, sin más alimento a veces que los animales desdeñados y las raíces salvajes. Los jóvenes elocuentes, con el rifle al hombro, buscaron tribuna a la sombra de los árboles. El petimetre enamorado aprendió, en un golpe de alma, a cercenar de un machetazo las cabezas de la tiranía. El Marqués, descalzo enterraba con sus manos, en el silencio de las selvas a la compañera que trajo auestas a la sepultura. La república nació, imperfecta como un gigante niño, de aquellos ancianos solariegos y demócratas imberbes, y se ganaron batallas en que tres centenas de hombres dejaban por tierra a quinientos siete enemigos, y en los montes fecundados por la Revolución surgían siembras, fábricas y talleres. Y cuando el hábito de localización, criado, a favor de la inexperiencia de los héroes, aisló y vició la guerra, y la perturbó, de modo que pudo disuadirla el español, continuó el pueblo de Cuba, audaz e inteligente esparcido en los trabajos más diversos por los países hábiles de la tierra; vino, en la persona de muchos de sus mantenedores, a

buscar en el goce y la práctica de la libertad en los pueblos americanos el consuelo al eclipse de la propia, y en la fatiga de la vida reemplazó con la autoridad y sustancia del trabajo la timidez y desconfianza que aún se notan, como elemento detractor y deprimente, y consecuencia de los privilegios de la esclavitud, en los elementos que se han criado más cerca del cadalso y del vicio oficial en la sociedad cubana. Los que vivían en Cuba; los veteranos y sus hijos o émulos, acumulaban en el dolor y laboriosidad inútil, y bajo el vejamen continuo, la indignación que, con fuerza de carácter, estalla ahora al llamamiento de los patricios de nuestra libertad. De la tradición de sus hombres de lucidez propia y rebelde, —de la veneración de los mártires de la Independencia, —del largo ejercicio en la guerra y el destierro del poder humano de abnegación y de creación, y del conocimiento y práctica de la vida liberal y trabajadora en las naciones ejemplares, surge a la vida política el hombre cubano verdadero, blanco o de color, con variedad de profesiones y sabiduría, con desusado despejo e inventiva, y con hábitos de tolerancia y convivencia que exceden, o por lo menos igualan, las fuentes de discordia, que sin la guerra y el trabajo común hubieran ahogado tal vez una república constituida de súbito por la relación artificial política entre amos y siervos, sin la sanción y prueba lenta de la realidad gradual. Así, templado al fuego de la vida corriente, es el pueblo cubano. Él conoce las fuerzas de su naturaleza, y ansia deshellarlas. Él habla las lenguas vivas del mundo, y piensa con facilidad en las principales de ellas. Él brilla por su cultura superior, como quien más, en los centros humanos donde más se brilla, y en sus hijos humildes ya ha criado un carácter constante, moderado e iniciador. Él ha alzado de sí, frente a la sociedad apagada e incrédula de la colonia, un pueblo sereno, que se ofrece sin miedo al examen de los hombres justos, seguro de su simpatía y aprobación. Y este carácter nacional cubano ¿vivirá atado, por el permiso culpable de las naciones libres, a la necesidad española de demandarle tributo para mantener a sus clases perezosas, huidas del concierto humano, en la holganza y lucro que en los diez años de la guerra se tiñeron hasta la garganta, y pueden volver a teñirse ahora, con licencia o ayuda de repúblicas madres, en la sangre más pura de la nación cubana?

Esa composición del carácter del hijo de Cuba explica su capacidad para la independencia, que le respetará todo pueblo honrado que la conozca, y un apego tal a su emancipación que no sería justo desdeñarlo u ofenderlo. Ella explica también la vaga tendencia de los cubanos arrogantes o débiles, o desconocedores de la energía de su patria, a apoyar su sociedad naciente y el señorío social con que quisieran imperar en ella, en un poder extraño que se prestase sin cordura a entrar de intruso en la natural lucha doméstica de la Isla favoreciendo a su clase oligárquica e inútil contra su población matriz y productora, como el imperio francés favoreció en México a Maximiliano. Una República sensata de América jamás contribuiría a perpetuar así, con el falso

pretexto de la incapacidad de Cuba, el alma de amo que la sabiduría política y la humanidad aconsejan extirpar en un pueblo puesto por la naturaleza a ser crucero pacífico y próspero de las naciones. Los Estados Unidos, por ejemplo, preferirían contribuir a la solidez de la libertad de Cuba, con la amistad sincera a su pueblo independiente que los ama, y les abrirá sus licencias todas, a ser cómplice de una oligarquía pretenciosa y nula que sólo buscase en ellos el modo de afincar el poder local de la clase, en verdad, ínfima de la Isla, sobre la clase superior, —la de sus conciudadanos productores. No es en los Estados Unidos ciertamente donde los hombres osarán buscar sementales para la tiranía. Y esa capacidad plena del hijo de Cuba para su empleo y gobierno, y el servicio de los deberes que en el movimiento ascendente de la humanidad tiene asignados su patria, se avivó y hubo de parar en el estallido definitivo de la guerra, por el rebotante descontento con que el pueblo de Cuba, atado a un amo de constitución nacional incorregible, paga, —con el producto casi total de sus frutos depreciados en la lucha sin término entre el interés español, impotente para cerrar el único mercado a España en la Isla, y las represalias de la Unión Americana, —no solo las obligaciones corrientes y oprobiosas de la ocupación rapaz del país por la codicia que lo estanca, sino la deuda que España contrajo para ahogarlo en sangre, en los diez años de la Independencia de 1868 y los de todas las guerras que España ha emprendido en América, después de la Independencia de sus colonias y los Estados Unidos, para restablecer en repúblicas libres americanas su dominio europeo y monárquico. Hasta los gastos de las colonias de África debe pagar Cuba. Y a ese presupuesto confeso, mucho más amargo que el sello sobre el té que alzó en revuelta a Boston, únese el presupuesto silente de la Isla, que sus habitantes cubanos y españoles pagan a los encargados de la Ley para burlarla o hacer que se cumpla. Ni el derecho es en Cuba reconocido sin gabela, ni la culpa cae sobre el delincuente que puede comprar su rescate: y es tan familiar la inmoralidad pública que la amistad íntima con el ladrón y la complicidad diaria con él, llegan a parecer actos sin mancha a los que blasonan de honradez. Pudre la Isla el vicio español. Y el presupuesto del cohecho de que se sustenta principalmente la clase política española, pesa sobre Cuba con el gravamen doble del desembolso y el deshonor. Es lícito desear que Cuba emplee en su desarrollo, con ventaja patente de los pueblos que la rodean, los caudales que paga para mantener sobre sí el gobierno que la corrompe, y acoger en su tierra propia, con exclusión forzosa de sus hijos, al español necesitado que huye a barcadas de su pueblo miserable para desalojar al cubano en Cuba de su mesa de artesano y de la propiedad de su suelo. Suspensa la guerra de Cuba en 1878 por su propia fatiga, los revolucionarios previsores entendieron que la constitución irremediable del pueblo español, basada en el goce de las colonias, impediría de parte de España la concesión de ninguna de las reformas políticas extrañas a su naturaleza y hostiles a su

interés, que en diez y siete años ha estado pidiendo, en vano un partido de cubanos pacíficos, sin mis éxito que las mudanzas de un consejo proponente en la Isla, sin autoridad ni sanción, y que por su composición principal de autoridades españolas privilegiadas y una acorralada minoría de entidades señoriales cubanas, jamás propondrá alivio alguno de la Isla en menoscabo del interés español, ni en merma de sus privilegios. La Revolución había venido preparando ordenadamente con un partido elector de bases republicanas, todos los elementos vivos de la independencia de Cuba, a fin de tenerlos a punto de acción en el instante en que, vacía ya la esperanza de reformas españolas, estallase a una voz la Revolución inmortal para la libertad definitiva, sin retirada ni reserva. Las dos generaciones: la de los veteranos y la de sus hijos, —las dos fuerzas de la independencia: la que combate en la Isla y la que de afuera le ayuda a combatir, se unieron durante tres años de ordenación con el entusiasmo del juicio y el poder de la disciplina, —y la Isla entera, radicalmente convencida de la ineptitud de España para privarse de la explotación colonial que la sustenta, y dar vida de hombre y política mejor a los cubanos, se levantó en armas el 24 de Febrero de 1895, para no envainarlas sino ante el triunfo de la república.

¿Qué obstáculos pudiera encontrar esta Revolución nacida de la convicción del cubano de su aptitud para el trabajo y el gobierno; —de la paga cruenta de su mejor sudor a los vicios políticos y desidiosos naturales de la nación que expulsa a los hijos del suelo para ocuparles el rincón con el español privilegiado; del recuerdo perenne, azuzado con las razones diarias de ira, de los hombres extraordinarios que redimieron del grillete el pie de sus esclavos y se alzaron de su sillón de ricos a quebrar con las manos desnudas el cetro español —y del inefable anhelo del cubano piadoso por la integración espiritual del criollo inculto en quien perece sin empleo la natural luz, o cuya familia desgredada huye por el monte, de miedo de no haber pagado la cédula al tirano? La composición actual de los elementos de Cuba demuestra que la revolución magnánima, que verá con indulgencia la timidez de los cubanos lentos, y guardará el puesto a todas las fuerzas sociales, llegará sin dificultad a la victoria contra un enemigo cuyo ejército descontento e incompleto pelea de mal grado en una guerra contra la libertad, y cuyo tesoro no puede ya obligar, como hace veinticinco años, a la Isla insuficiente ya para sus cargas ordinarias, ni acudir al español acaudalado que ya niega hoy a la guerra la fortuna que puso en salvo en la Metrópoli, ni echarse, como en 1868, sobre los bienes de los cubanos, ricos entonces y hoy empobrecidos. En Cuba hay población española y población cubana. De la población española es ya muerto por el despego de sus compatriotas liberales y acriollados, al sistema de odio y castigo, el elemento que, preso por su riqueza en la súbita Revolución de Yara, aprovechó para las masas, hoy menores de voluntarios, el encono de los españoles ínfimos contra el criollo que los miraba de señor.

Y en aquellas mismas masas, ese enojo social, base secreta de la ferocidad política, se ha amenguado, si no desaparecido, con el sufrimiento común bajo la tiranía de cubanos y españoles. De esa clase misma, mucha ha engranado ya en el corazón de Cuba, con la mujer y los hijos, y algún bienestar, y esos cubanos de adopción, si por temor injusto vuelven aún los ojos al Norte, como buscando amparo a las represalias, que no ocurrirán jamás, de la República de Cuba, ya no los vuelven, arrepentidos y avergonzados, al arma que habrían de poner contra el pecho de sus hijos. Los cubanos en presencia de la guerra, se inclinan conforme a la ley general de la naturaleza humana, que conduce a los hombres generosos, cultos o incultos, del lado del sacrificio, que es el más puro goce de la humanidad, y retiene a los egoístas, que son las rémoras del mundo, del lado de los sacrificadores. Los nombres políticos son nuevas vestiduras de esta condición en que se apartan los hombres; y el triunfo de las religiones y de las repúblicas, que llevan en su piedad humana mucho del fuego religioso, enseña que el ímpetu tenaz de los desconsolados, y el juicio previsor que aprovecha esta fuerza que de otro modo acaso se desviaría, pueden siempre más que el asco de pudibundo a las llagas del pobre, y el apego de los hombres sedentarios a las sandalias del hogar y a las prebendas de la vida. Ni el cubano negro, que en su propia cultura y la amistad del blanco justo halla alivio al apartamiento social, que no divide más a blancos y a negros, que en los pueblos viejos de la tierra dividió a nobles y villanos, sólo se alzarán contra quien le suponga capaz de atentar, por la cólera que revelaría inferioridad verdadera, contra la paz de su patria.

La sublime emancipación de los esclavos por sus amos cubanos, borró, sobre la tierra fecundada por la muerte hermana de criados y dueños, el odio todo de la esclavitud. Es honor singular del pueblo de Cuba, del que ha de pedirse respetuoso reconocimiento, el que, sin lisonja demagógica ni precipitada mezcla de los diversos grados de cultura, presenta hoy al observador un liberto más culto, y exento de rencor, que el de ningún otro pueblo de la tierra. El campesino negro, mis cercano a la libertad, vuela a su rifle, con el que jamás en diez años de guerra hirió a la ley, y sólo se le advierte el jubiloso amor con que saluda y la ternura con que mira al hombre de tez de amo que marcha a su lado, o detrás de él, defendiendo la libertad. De la justicia no tienen nada que temer los pueblos, sino los que se resisten a ejercerla. El crimen de la esclavitud debe purgarse, por lo menos, con la penitencia harto suave de alguna mortificación social. Desde los libres campos cubanos, al borde de la fosa donde enterramos juntos al héroe blanco y al negro, proclamamos que es difícil respirar en la humanidad aire mis sano de culpa y vigoroso que el que con espíritu de reverencia rodea a negros y blancos en el camino que del mérito común lleva al cariño y a la paz.

Con el poder de estas justicias; con la fuerza de indignación del hijo de Cuba bajo las vejaciones y gravámenes con que la diezmó España en la guerra

de independencia, y le negó la mis insignificante mejora en diez y siete años de política inútil de espera, y con la responsabilidad del deber de Cuba en el trabajo de liga y acción a que en la junta de los océanos se preparan los pueblos del orbe, han vuelto los cubanos, de un cabo a otro de su tierra, a demandar a la última razón de las armas, sin odio contra su opresor, y por los métodos estrictos de la guerra culta, el puesto de República que permitirá al hijo de Cuba el empleo de su carácter y aptitud y el derecho de abrir su tierra cegada al trato pleno con las naciones a que la acercó la naturaleza y la atrae su capacidad común, y en el cubano a nadie superior para la altivez y el orden de la libertad.

Plenamente conocedor de sus obligaciones con América y con el mundo, el pueblo de Cuba sangra hoy a la bala española, por la empresa de abrir a los tres continentes en una tierra de hombres, la República independiente que ha de ofrecer casa amiga y comercio libre al género humano.

A los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue. Al pueblo de los Estados Unidos mostramos en silencio, para que haga lo que deba, estas legiones de hombres que pelean por lo que pelearon ellos ayer, y marchan sin ayuda a la conquista de la libertad que ha de abrir a los Estados Unidos la Isla que hoy le cierra el interés español. Y al mundo preguntamos, seguros de la respuesta, si el sacrificio de un pueblo generoso, que se inmola por abrirse a él, hallará indiferente o impía a la humanidad por quien se hace.

En demostración de los altos fines y de los métodos cultos de la guerra de independencia de Cuba y en testimonio de singular gratitud a The New York Herald, suscriben aquí, como representantes electos, y hasta hoy vigentes, de la revolución, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano y el General en Jefe del Ejército Libertador, en Guantánamo, a 2 de mayo de 1895.

El Delegado — El General en Jefe

José Martí — Máximo Gómez

**

LA CARTA DE LOS DIRIGENTES CUBANOS

Al Editor del Herald:

The New York Herald ofrece noblemente a la revolución cubana hecha para la independencia de la Isla y la creación de una república estable, la valiosa publicidad de sus páginas. Es pues nuestro deber, como los representantes electos de esa revolución, vigentes hasta que la autoridad propia elija otros, expresar de manera concisa a los ciudadanos de los Estados Unidos, y al mundo, las razones y los fines de esta revolución, establecida por

nosotros en los comienzos del siglo, aquella revolución que se mantuvo con reconocido heroísmo de 1868 a 1878, y que hoy se ha reanudado con los esfuerzos organizados de los nativos, tanto los que se hallan ahora en Cuba como los que residen en otras partes.

OBJETO DE LA REVOLUCIÓN

Los cubanos tienen valor y un carácter maduro, respetable y capaz de autogobernarse y abrir al mundo los abundantes recursos de la Isla, una vez que esta obtenga esa paz en la cual la dignidad del hombre se asegura, y que garantizará el trabajo libre de sus habitantes y a sus trabajos los mercados del mundo.

RAZONES PARA LA REVUELTA

Con el placer del sacrificio y con la solemne determinación de pelear hasta la muerte si fuera necesario, se ha levantado Cuba. Ha tomado las armas. No lo ha hecho por ningún móvil de patriotismo fanático, por mero ideal de independencia de la esclavitud española; ni para precipitar el desarrollo de un país que pudiera haber ganado su madurez en paz, ni por capricho alguno de no impedir la marcha acelerada del mundo, que al final del siglo es más grandiosa que nunca antes. Ni por tales razones se ha levantado Cuba. Se ha alzado para emancipar a un pueblo inteligente generoso, que tiene un lugar especial en la historia de América, y al cual se liberaría así de la dominación de España, nación inferior a Cuba en su aptitud para hacer frente a las demandas de la vida moderna y el gobierno libre.

España ha estado forzada a cerrar esta Isla en todas sus riquezas de recursos y de la facultad creadora de sus habitantes, para mantener, por la opresión y el aislamiento, un mercado para las industrias españolas, y a convertirla en el sostén de sus deudas en el Continente. Y Cuba debe, también, mantener en la lujuria y en el poder a esa clase favorecida e improductiva, que no desea aplicarse al trabajo viril, sino que más bien busca la rápida fortuna que desde la conquista española en América esperan obtener de empleos venales y deshonorosas gabelas de la colonia.

CARÁCTER DE LOS REVOLUCIONARIOS

Aquellos que juzgan superficialmente la heroica virtud que no saben respetar, o tienen hacia ella un desprecio sólo deshonoroso por la ignorancia que revela, pueden olvidar con increíble olvido las luchas intelectuales y vigorosas de Cuba durante todo este siglo. Esos pueden afirmar que la revolución cubana es simplemente el deseo insignificante de una clase de cubanos pobres en tierras extranjeras, o la rebelión de los negros. Pueden afirmar que la revolución significa la inmolación del país a un sueño fantasioso de independencia que los conquistadores no serían capaces de

retener.

Por el contrario, los nativos de Cuba, dignificados por las pruebas de la guerra en su propio país, por años de honrada labor en otros, moral, industrial y políticamente han alcanzado un nivel que no es inferior al de ninguna otra nación. El cubano sufre con indecible angustia al ver al fértil suelo de su isla improductivo bajo la opresión, y constantemente ultrajada su propia dignidad. Sufre cuando, nacido en América, se halla a sí mismo obligado a cederle a la tiranía casi todos los productos de su trabajo. Sufre por las constantes afrentas que sobre él vierten los factores viciosos de un gobierno inspirado y conducido en concordancia con estériles y repugnantes ideas monárquicas. Cuba desea abrir sus puertos, dar sus tesoros a cualquier buscador honrado. Ella daría oportunidad al capital, sitio al trabajador. Libre, ofrecería prosperidad y casa amiga a las muchedumbres.

EL PODER DE CUBA

Los cubanos son conscientes de los deberes urgentes que les impone la ubicación de su Isla. Comprenden que su condición actual es una amenaza para el equilibrio de las instituciones americanas. Los observadores superficiales, vanidosos y soberbios lo ignoran, pero es un hecho. Los cubanos son plenamente capaces, por el vigor de su inteligencia y la fuerza de sus brazos, para cumplir con su deber, desean cumplirlo.

A las bocas de los canales oceánicos, en el caso mismo, de tres continentes, Cuba es de una gran importancia.

Todavía la humanidad está forzada a tropezar en su progreso con un pueblo ordenado a la manera de una improductiva colonia española. Hay perturbación de riquezas, una plétora de productos, que otros pueblos adquirirían —y la adquieren— ahora en parte, pero que no son comprados a los cubanos, sino a sus enemigos. Cuba desea ser libre, de modo que en su Isla el hombre pueda vivir en el disfrute de aquellas libertades a que tiene derecho.

Desea que el mundo pueda llevar sus industrias a esta Isla, que sus tesoros ocultos puedan ponerse de manifiesto. Desea que sus productos puedan venderse en los mercados de América, de acuerdo con su derecho natural. También desea comprar en ellos, pero hasta hoy los gobernantes españoles se lo han prohibido. Nada piden los cubanos al mundo, salvo que sus sacrificios sean conocidos y respetados. Están dando su sangre para el beneficio del mundo.

DEFERENCIAS ENTRE CUBA Y ESPAÑA

Un sucinto estudio de las composiciones nacionales de España y Cuba es suficiente para convencer a cualquier mente honrada y cándida de la justicia y la necesidad de la revolución. La primera es una monarquía, sin ninguna de las

ideas modernas de progreso. Sobresale a la vez por su intolerancia y su ignorancia. Es tiránica, y carente por completo de caridad para sus colonias. La otra es una isla del Nuevo Mundo, obligada por su localización a contemplar la libertad y la justicia en el gobierno, y a aprender de esa contemplación su propia condición desastrosa.

No hay duda de que la inteligencia y el sentimiento de Cuba son tales que, con oportunidad, podría mostrar al mundo un gobierno merecedor de admiración y respeto. Durante cuatrocientos años los diferentes Estados españoles estuvieron unidos contra su enemigo común, el moro, aunque celosos unos de otros. Entonces, en una hora fatal, formaron una alianza. Solamente se confiaron a la riqueza de las Indias cuando sus conquistas cesaron. Los numerosos guerreros y príncipes exigieron sustento, y este fue extraído de sus más nuevas colonias.

Pero las fuentes de la riqueza que fluyó durante años desde las colonias continentales, se secaron finalmente con la pérdida de estas posesiones. Entonces la carga mayor recayó sobre Cuba.

En la España moderna abundan las formas suntuosas de la vida del siglo, pero no existen a la par de ellos aquella actividad industrial que es a un tiempo su excusa y su sostén. Ha habido en la península un gran incremento de las necesidades ficticias de la vida, pero no ha habido el correspondiente aumento de la producción. De esa manera, ha buscado sus suministros en Cuba. Cuba no es así. Ha tenido delante de sí los gobiernos ideales del mundo. Ha aprendido a amar la libertad.

Cuando, en su primera revolución, ganó dominio, su primer acto fue liberar a los esclavos. El mundo ha leído acerca de la fiereza y el valor desplegados de los cubanos en sus esfuerzos por liberarse. En sus guerras cada revolucionario arrojó cada peligro, resistió cada fatiga, no sólo un momento, sino incluso durante años, para poder vencer las fuerzas del tirano. Y hasta pelearon las mujeres al lado de sus hombres en los campos de batalla, los seguían en sus peripecias, hasta que la muerte los reclamaba.

De la revolución de aquellos años nació una República, imperfecta, un gigante todavía niño, procreado por los anhelos puros de los ancianos fieles y los jóvenes ansiosos opuestos a la injusticia.

¡Ay! la inexperiencia de esos héroes impidió su recompensa y ellos en su caída se habían esparcido por el mundo. Han sido honorablemente empleados en muchas tierras, donde han gozado de la libertad que no tuvieron en su patria, y deseado que esa devenga algún día la gloria de Cuba. Y en la propia Cuba permanecieron muchos de sus viejos guerreros. Ellos, sus descendientes, sus émulos, durante años han arrojado la pena y la vergüenza, pero ahora, cuando los despierta el llamado de las armas, se lanzan al conflicto.

HABILIDAD DE LOS CUBANOS

Estos cubanos son hombres que, residiendo en la Isla, han mantenido durante años su fe y sus esperanzas. De ese largo tiempo de represión tienen un tremendo poder de energía. Traen fuerza y propósito inalterable a la revuelta. Los cubanos que han vivido en el goce de la libertad son patriotas que todavía aman a Cuba, pero han ganado el conocimiento de las instituciones republicanas; han desarrollado su hombría.

Traen a la revolución conocimiento y fuerza, y uno y todos, tanto negros como blancos, están preparados para entrar en la vida política aptos para ejercer sus privilegios. Cuentan con variedad de preparación profesional, dominio de los oficios e inusual claridad de conceptos, junto con genio creador. Tienen hábitos de tolerancia y propiedad. De ese modo el cubano es un hombre que se ha probado y fraguado en el fuego real de la vida. Es experto en adaptarse a sus necesidades; es cumplido como un lingüista; es hombre de refinamiento y de cultura; es capaz de autogobernarse. Se ofrece a ser inspeccionado por el mundo con plena seguridad de que todo juez sincero admitirá su valer, declarará sus derechos y lo ayudará con aprecio y simpatía.

Luego, ¿será Cuba llevada a someter su vida al vejaminoso dominio de España? ¿Será forzada a darle a España el tributo que mantenga en perezosa lujuria a las clases favorecidas? ¿Ocurrirá esto con el permiso culpable de las naciones libres? Aun así, ¿ayudará Cuba a ese esplendor que ostentó la pompa española mientras ella se bañaba en la sangre de la batalla? ¿Reprimirán las Repúblicas hermanas su concurso a la sangrante Cuba? ¿Dejarán de socorrerla por el falso pretexto de sus enemigos según el cual no está capacitada para gobernarse por sí misma? ¿No preferirán ser los aliados de su meritoria causa antes que los cómplices de una oligarquía arrogante?

Cuba ha sido forzada a pagar todas las gabelas de guerra de España, incluso aquellas por los gastos de la propia revolución cubana.

Una carga tal es más degradante y opresiva que las contribuciones del timbre o la del té, que precipitaron la Revolución, y un gravamen tal debe atraer la compasión cordial de los Estados libres.

La inmoralidad pública en Cuba es tan familiar, que la intimidad con el ladrón y la diaria complicidad con él son vistas como hechos honorables por aquellos que alardean de honradez. El vicio español pudre a la isla, y el presupuesto del soborno, del que los políticos se nutren principalmente, pesa sobre Cuba con un doble gravamen deshonesto. Es justo que Cuba emplee con ventaja real para los pueblos que la rodean, el dinero que ahora paga para mantener el gobierno que la corrompe.

El español hambriento sale corriendo de su propio país para privar en Cuba

al cubano de su puesto de trabajo y expropiarle la tierra. Los revolucionarios de 1878 comprendieron que la constitución del pueblo español, basada en el disfrute de las colonias, sería un impedimento para que España concediera cualquier tipo de reformas políticas contrarias a su carácter y hostiles a sus intereses. En vano ha demandado Cuba, por medio de un partido de cubanos pacíficos, con el resultado del permiso para establecer en la Isla un consejo sin autoridad alguna y que, principalmente compuesto por el poder español y una pequeña minoría de cubanos, nunca promoverá para la Isla ningún auxilio que vaya en detrimento de los intereses españoles.

La revolución se había preparado ordenadamente para estar lista en el momento en que la esperanza de las reformas españolas se desvaneciera. Entonces debía estallar sin demora ni reserva. Ambas generaciones, la de los veteranos y la de sus hijos, las dos fuerzas de la independencia, la que combate en la Isla y la que ayuda en el extranjero, se unieron durante tres años de preparación con el entusiasmo del juicio y el poder de la disciplina, y toda la Isla se convenció radicalmente de la incapacidad de España para renunciar a la comodidad colonial de la que vive.

La sublime emancipación de los esclavos por sus dueños cubanos, borró el odio de la esclavitud. Es un honor para el pueblo cubano, sobre cuyo respetuoso reconocimiento se preguntará, que sin adulación o mescolanza de los diversos grados de cultura, Cuba sea hoy capaz de presentarle al observador un hombre libre sin animosidad y más culto que cualquiera de país alguno en el mundo.

El campesino negro, más cerca de la libertad, vuela a su rifle. El crimen de la esclavitud debe purgarse, cuando menos con el castigo más bien natural de una vejación social. Desde los campos de Cuba, junto a la arboleda donde sepultamos a héroes blancos y negros, proclamamos que es difícil respirar aire más puro y libre de falta y más vigoroso, que el espíritu de reverencia que rodea a negros y blancos.

Los cubanos están sangrando hoy de balas españolas, sólo por buscar la apertura de tres continentes a esa tierra. Cuba es la república independiente que ofrecerá comercio libre a todos los pueblos del mundo. Al pueblo de la América española nada le decimos de su ayuda, pues los pueblos que se nieguen a socorrernos, estamparemos su propio deshonor. Al pueblo de los Estados Unidos nada le decimos, esperando que haga lo correcto. Estas legiones de hombres están combatiendo por el mismo principio por el cual combatieron los que lucharon ayer, y vamos sin ayuda hacia la conquista de la libertad que ofreceremos a los Estados Unidos y a la cual se opone el interés español.

Y, conscientes de la respuesta, le preguntamos al mundo si este sacrificio

de un pueblo generoso será desatendido por esa humanidad por la cual se hace este sacrificio. Como una demostración de los elevados ideales y avanzados métodos de la guerra de independencia en Cuba, y en testimonio de nuestra singular gratitud al New York Herald, los abajo señalados, como representantes y agentes electos de la revolución, el delegado del partido revolucionario cubano y el General en Jefe, rubricamos a este fin nuestros nombres.

El Delegado

José Martí

El General en Jefe

Máximo Gómez

Cuartel general del ejército cubano, Guantánamo, Cuba, 2 de mayo de
1895.

**

AL GENERAL ANTONIO MACEO

[Guantánamo] 3 de mayo [de 1895]

C. mayor general Antonio Maceo

General y amigo:

Un pesar verdadero he tenido aquí, entre tantos motivos de placer: no hallarlo. Nada daña a lo público, porque su alma generosa y su clara mente lo moverán siempre a hacer cuanto requiere el servicio rápido, y la marcha inmediata y unida, sin trabas innecesarias, de los rodajes todos de la revolución. Pero yo he perdido un buen abrazo. ¿Ahora, cuándo lo veré? ¿Cuándo podré decirle de palabra cómo sólo concibo nuestra obra revolucionaria como un avance sin descanso sobre el enemigo aturdido e insuficiente, cómo —tan pronto como nos demos propia autoridad no hay más a mi juicio, con una sola mente en las varias vías de acción, sino ver cómo una ayuda pronto a la otra, y qué se tiene que hacer, enseguida, para acomodar a ello, los trabajos certeros, y acumular a ese fin, con prisa y prudencia de campaña, los recursos necesarios? Media hora de descanso en esta tarea, nos parece al General y a mí— y a Vd. también, —un verdadero delito. Ya yo sé lo que Vd. por su parte estará haciendo: dominar, con su ocupación rápida, esquivando peligros y pérdidas inútiles, el espíritu ya perturbado del enemigo, e ir afinando el instrumento para la gran arremetida.

De gobierno, he cumplido por mi parte mi deber, de modo que la revolución se dé el que le parezca, que puede ser sencillo y salvar todo lo esencial, sin peligro de choque. Ante la Asamblea depondré, ya en esta nueva

forma, la autoridad que ante ella cesa. Y ayudaré a que el gobierno sea simple y eficaz, útil, amado, uno, respetable, viable. Va la citación. ¿Necesitaré encomiarle, por tantas razones, que envíe muy enseguida, a que nos vean pronto la cabeza, el representante de las fuerzas de esa zona? Demoras son derrotas. Aprovechemos, para todo, para la serenidad y majestad de todos nuestros actos, la confusión del enemigo a quien con cada acto oportuno y rápido se le quiebra más y desconcierta.

¿Conque me voy sin abrazarlo? ¡Cuán bueno José! Ya sabe que esta ausencia de Vd. ha sido pena para

su

José Martí

**

AL GENERAL ANTONIO MACEO

Jarahueca, 4 de [mayo] 1895

Sr. mayor Gral. Antonio Maceo

General y amigo:

Al fin lo vamos a ver, según las cartas que el General recibe ahora, cuando ya le teníamos escritas las cartas que le van. Fortuna y placer es que ande tan cerca. El General consulta con José y los prácticos, y, dada la cita de Vd. en Bircoey, decide salir mañana bien temprano a encontrarlo. No podremos, por supuesto, llegar a las 12, —según los prácticos dicen: pero llegaremos a cualquier hora del día, y de seguro lo hallaremos allí. Acabo, para que el correo salga enseguida, a decirle que vamos, y que no podremos llegar a las doce. —Hasta mañana, pues, en lo que tendrá gusto grande,

su

José Martí

A última hora. Después de consultar con José y prácticos, para que nos veamos más pronto, en vez de ir a Bircoey, seguiremos el camino que lleva Zamora, y estaremos con Vd. más temprano.

**

A CARMEN MIYARES DE MANTILLA Y SUS HIJOS

Altagracia, Holguín, 9 de mayo de 1895

[...]A reserva de más larga carta, que pronto podré escribirles desde Manzanillo, ansioso ya, con más premura que las de las leguas continuas y los sucesos, de poder guiarlos conforme a un plan rápido y general, les pongo

estas líneas ya en tierras de Holguín, tan nuestras como cuanto he visto, y con sus 500 hombres armados, oyendo hablar al fervoroso Miró y al abnegado Rafael Manduley, brillante e impetuoso en Holguín[...]

Vamos a Masó, venimos de Maceo. ¡Qué entusiasta revista la de los 3 000 hombres de a pie y a caballo que tenía a las puertas de Santiago de Cuba! ¡Qué erguido en su hermoso caballo el valiente Rabí! ¡Qué lleno de triunfos y de esperanza Antonio Maceo! Y nosotros hasta hoy paseamos salvos la comarca. Hoy salimos con escasa escolta del campamento de Quintín Bandera. Y de Masó al Camagüey. Se entrará pronto en todas partes, a la vez, en las operaciones más activas que permite ya contra el enemigo aturdido y receloso, la ordenación, entusiasmo y agresión continuas de nuestras fuerzas[...]

100 hombres apiñados respiran en el casuco donde escribo, con la vela en un jarro. He de acabar. Gran cariño he encontrado en Holguín de gente toda blanca, que lee y escribe, y marcial.

Les hubiera enternecido el arrebató del Campamento de Maceo y el rostro resplandeciente con que me seguían de cuerpo en cuerpo los hijos de Santiago de Cuba.

Gómez, organizador enérgico. Mi fatiga será grande y haré cuanto en este campo glorioso puedan Cuba y Vds., esperar de mí...

Adiós les digo, con el júbilo de ver aquí a los cubanos negados a España, y enamorados de la revolución. Auxilio rápido, un gran revuelo, y gloria— y Martirio.

Todos duermen a mi alrededor: velo. El más tierno cariño de su

José Martí

**

A LOS JEFES Y OFICIALES DE LA COMARCA DE JIGUANÍ
CUARTEL GENERAL EN CAMPAÑA
DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

A los Jefes y Oficiales de la
Comarca de Jiguaní

En ausencia en operaciones del Gral. Jesús Rabí, y a nuestro paso por esta comarca, llega a nuestros oídos la noticia, repetida y comprobada, de que con el pretexto indudablemente falso de órdenes del Gral. Rabí, las fuerzas cubanas están permitiendo el paso de reses al enemigo. —Al enemigo a quien se hace la guerra no se le puede estar sirviendo de proveedor. —Al enemigo no hemos de darle alimentos, sino privarlo de alimentos. El que de cualquier

modo permite o ayuda a proveer al enemigo, es su cómplice. —Es imposible que esas órdenes procedan del general Rabí.

Es el deber indestizable del Ejército Libertador de Cuba, y el derecho reconocido de toda guerra civilizada, privar al enemigo de toda especie de recursos con que nos pueda hacer la guerra. Y ese derecho debe ejercerlo lo mismo el primero de los jefes que el último de los soldados. —No se ha de dar alimentos hoy a la ciudad, que con los alimentos que le demos sostiene a los soldados que nos combaten, y se pertrecha para resistir el sitio que le tengamos que poner mañana. Mientras dure la guerra, todas las ciudades enemigas están en sitio, y forzar el sitio, enviando al enemigo provisiones de boca, es una de las formas del delito de traición a la Patria. Se dispone, pues, en tanto que el general Rabí renueve esta orden:

1º que se impida en absoluto el paso de reses, y de cualesquiera otras provisiones de boca, a los poblados, ciudades, o campamentos enemigos.

2º que se prenda, y lleve a la presencia del general Jesús Rabí para juicio a quienquiera que presente o pretexto autorización de él, o de cualesquiera en abuso de su nombre, para el paso de reses o cualesquiera otras provisiones de boca.

El Gral. en Jefe Máximo Gómez

Patria y Libertad en la Jatía a 12 de mayo de 1895.

El Delegado José Martí

**

AL GENERAL ANTONIO MACEO

La Jatía, 12 de mayo de 1895

C. mayor general Antonio Maceo

General y amigo:

No puedo ver salir correo para sus tierras sin decirle cómo ansío saber nuevas de Vds. y de aquel denodado campamento, con el que de seguro habrá Vd. espantado a Santiago, barrido los alrededores, y cerrado todas las vías del enemigo. —Vd. allá, con su ojo de conjunto, habrá hecho lo que por acá está aún por hacer, como que por el territorio desocupado se anda esparciendo, y eligiendo posiciones el enemigo, y ha podido entrar en Bayamo un rico convoy sin obstáculo alguno aunque no lo custodiaban más que soldados cansados. —Tengo mi pena, y es creer que aún no está bien encendido el espíritu que la pujanza de Vd. infundirá en todas partes de un solo paseo. —¿De qué heridos numerosos nos hablan por aquí? ¿De alguna acción brillante de Vd., el día en que lo vi rodeado de aquellas filas que juzgo invencibles?

Eso es lo que me preocupa: que entre pronto la guerra en un plan general, — que ofenda, y ocupe el país, antes que el enemigo aún insuficiente, perezoso y aturdido, — que nos pongamos pronto en marcha para el revuelo final, que, — si no dejamos condensarse al enemigo puede ser cercano. Vea eso en mí, y no más: un peleador: de mí, todo lo que ayude a fortalecer y ganar la pelea. —

A Masó no lo hallamos por aquí, y hemos de esperarlo. —Mientras, escribiré largo al generoso José, que ya no se nos saldrá del corazón agradecido, —y a la ferviente y viril juventud de Santiago. Escribanos en detalle todos sus hechos.

El General está ahogado de catarro, y fía en que yo le escriba por los dos. A él también le preocupa la poquedad de las operaciones, la continua proveeduría de reses a las ciudades, y la desocupación de la mucha gente buena que ansía mi guerra de la que hay. Súbase en los estribos, y haga arder los hombres a su voz. —Se va el correo, y con él un abrazo, y gracias por los sucesos que le adivino en estos días, de su amigo

José Martí

**

A LOS JEFES Y OFICIALES DEL EJÉRCITO LIBERTADOR

[Dos Ríos, 14 de mayo de 1895]

A los Jefes y Oficiales del Ejército Libertador:

El pueblo de Cuba está preparado para vencer en la guerra que ha vuelto a emprender para su libertad; pero será inútil tal vez su sacrificio, o costará demasiado sin necesidad, si todo el Ejército Libertador no obedece a la vez al mismo impulso, si no se hace de todas partes lo mismo a la vez, si no se lleva la guerra adelante con un pensamiento enérgico y claro. El valor suele resolver los encuentros aislados, pero sólo el orden en la guerra y la unidad de pensamiento llevan a la victoria final. La victoria sólo se puede lograr, o se logra más pronto, con el asedio metódico y unánime que aturde al enemigo por su orden implacable, que lo obliga a empezar de nuevo donde cree que ha terminado, que no le deja reposo y lo compele a emplear y dividir sus fuerzas enfermas y cansadas. Hay que fatigar y tener en ejercicio las fuerzas del enemigo, y privarle de recursos, a él, y a las ciudades y poblados donde se asila. Hay que marchar todos, sin descanso y con plan, al mismo fin. Con la resolución indudable del pueblo de Cuba, es imposible la derrota, si hacemos bien la guerra, si no ayudamos al enemigo perdiendo nuestras oportunidades, dejándolo descansar, y contribuyendo a abastecerlo, si entendemos desde hoy los derechos que la guerra nos da, los medios de que podemos usar en ella, el método que debemos seguir, y las obligaciones que nos impone. Expedimos estas instrucciones generales, para obtener sin pérdida de tiempo esta unidad y

energía de acción en el ejército cubano, puesto que ya ha terminado el periodo primero, naturalmente confuso, de formación de las fuerzas, y estamos permitiendo al enemigo que mejore y prepare sus tropas en calma, por no damos prisa a cortarle sus recursos, a sitiario de cerca o de lejos, en las ciudades donde se refugia, a obligarlo a salir a la pelea en busca de provisiones para las ciudades, y a interrumpir todos los trabajos que pueden aprovechar al enemigo, o a los que le paguen contribución, y todas las vías por donde pueda transitar y comunicarse. —Estas instrucciones deben servir de guía constante a los Jefes y Oficiales del Ejército Libertador.

Este principio se ha de tener constantemente en la memoria, y por él se ha de resolver por el Jefe u Oficial cualquier caso imprevisto:

La guerra tiene el deber de destruir todo lo que, de cualquier modo, ayude a mantenerse o defenderse al enemigo: —Y cuando la guerra, como en Cuba, es la patria, cualquier falta de vigilancia, cualquier falta de persecución, cualquier falta de ataque, cualquier descuido que dé al enemigo lo que se le puede quitar, o le permita recibir lo que no debió llegar a él, es un delito de traición a la patria.

Los trabajos pacíficos de cuyo producto va a aprovecharse el enemigo, bien sea por la contribución que cobra sobre ellos, bien por la ganancia de los que la ayudan, —se han de impedir, todos.

Las reses que pasan a alimentar al enemigo, o a los poblados que le sirven de estación, o a las ciudades donde se hace fuerte, donde se prepara a atacamos, y donde se repone de sus pérdidas y enfermedades, —deben ser detenidas y dispersas, sin excepción, y castigados los que las lleven, —o amparen su entrada.

Las ciudades, deben estar aisladas de todo recurso, en zozobra perenne, recibiendo sin cesar pruebas de la actividad de la revolución; para que estén dispuestas a ayudarla, por acabar las privaciones que le vienen de ella, y por su poca confianza en un gobierno que no las puede librar de la escasez o el hambre.

Las vías todas de comunicación, —correo, telégrafo, ferrocarril, deben estar siempre inservibles, —los correos, prohibidos; el telégrafo, cortado; el ferrocarril, destruido, o siempre fuera de uso; y los caminos de agua y tierra, ocupados o molestados en sus cruceros principales.

Cerrar todas esas fuentes de fuerza material y moral al enemigo es el deber de todos, en todas partes, en todos los momentos; y dejar abierta al enemigo, o floja, una sola puerta o vía, es ayudarlo, es contribuir a que se fortalezca y se reponga, —es el delito de traición a la patria. —La parte más importante y decisiva de una guerra no está en las batallas, ni en los hechos de valor

personal; sino en el sistema inexorable con que, de todas partes a la vez, se debilita y empobrece al contrario, se le quitan recursos y se le aumentan obligaciones, se le obliga a pelear contra su plan y voluntad, y se le impide que reponga sus fuerzas. —Y en esa condición, son más fáciles y útiles las batallas. Hay que preparar el éxito de las batallas con este trabajo continuo.

Los trabajos. —Se ha de impedir todo trabajo pacífico cuyo producto pueda aprovechar al enemigo. Todo trabajo cuyo producto va al campo enemigo, le aprovecha a él, y aumenta sus recursos contra la revolución. El gobierno cobra contribución sobre esa riqueza; y los amos de ella, por seguir gozando de ella, apoyan al gobierno español que les defiende el trabajo, con el mismo dinero que sacan de él. Permitir el trabajo que va a ayudar al gobierno español, es dar al gobierno español recursos con que pelear contra Cuba. Todos los trabajos que no sean de los cubanos revolucionarios, para el sostén de sus familias y el de nuestras fuerzas, deben ser impedidos. Así, el gobierno no puede cobrar sobre ellos la contribución que emplea en hacemos la guerra, —los que lo ayudan no tienen con qué ayudarlo, y le pierden respeto porque no los puede proteger, —y los trabajadores, que ya no tienen interés en ser pacíficos, quedan libres para unirse a la revolución.

Las reses. —Se ha de impedir el paso de reses a los campamentos, poblados o ciudades del enemigo. Es fácil entender lo grave que sería permitir el paso de provisiones a un campamento. Las ciudades ocupadas por el enemigo son sus campamentos principales, y se les ha de rodear, y privar de provisiones, lo mismo que a una fortaleza sitiada. Al enemigo a quien se hace la guerra, no se le puede estar sirviendo de proveedor. Al enemigo no hemos de darle alimentos, sino privarlo de alimento. El gobierno español no permite el paso de cargas de vianda y animales que vengan a alimentar el ejército de la revolución: la revolución no puede permitir el paso a los alimentos del ejército español, y de las ciudades donde se defiende, se aísla, se cura, y rehace sus fuerzas para volver a atacamos. Todo el heroísmo de Cuba será estéril, si los cubanos se encargan de reponerle al enemigo en el asilo de las ciudades las fuerzas que en el campo de batalla les hacen perder. Pasar reses, es ser cómplice del enemigo.

Las ciudades. Se ha de mantener a las poblaciones privadas de todo recurso, en alarma continua, y sin capacidad de producir provecho a España, de modo que esta, en vez de sacar contribución de ellas, o mantenerlas en abundancia y trabajo, tenga que atender a ellas y que proveerlas, y los habitantes, viendo al gobierno impotente, respeten o deseen la revolución. Las ciudades juzgan de la potencia de la guerra por el modo con que la guerra llega a ellas. Las ciudades llevan al resto del país, y al mundo que viene en los barcos a sus puertos, las noticias de la fuerza de la guerra. Por las ciudades ve el mundo si la guerra es poca o mucha. Las ciudades son la medida de la

guerra. Es enteramente inútil el estado brillante de la guerra en el campo, y nuestra victoria en él, si ese estado de guerra y esa victoria no se siente y se ve en las ciudades. Si el resto del país, y el mundo, ven las ciudades bien provistas, sin alarma ni escasez, trabajando en paz como si estuvieran en paz, —la sangre de los héroes y el sacrificio de sus casas serán vanos. España puede probar al país y al mundo que no hay guerra en Cuba, o que la guerra es débil y despreciable. El que hace la guerra débilmente, la hace contra sí. —Si las ciudades viven en pánico incesante, si el trabajo es imposible y es grande la estrechez, si ven a las fuerzas del gobierno obligadas a salir en busca de recursos, si sienten la guerra, el país cree en ella, y el mundo.

Todo el que ayuda a la tranquilidad y al abastecimiento de las ciudades, ayuda al enemigo a presentar a la guerra como impotente e infeliz, y es traidor a la misma guerra que hace. —Por eso las ciudades deben estar, todas a la vez, en alarma y escasez continuas.

Si no entran a las ciudades alimentos de boca, el gobierno no puede mantener en ellas fuerzas grandes, o tiene que gastar más en mantenerlas. Si no hay alimentos en las ciudades, el gobierno, mientras las ocupa, tiene que procurarlos, a costa de sangre y enfermedades, y los habitantes, apurados del hambre y la pobreza, o abandonan la ciudad, para el extranjero, privando de sus rendimientos al gobierno, o vienen a la revolución, o se disponen a favorecerla. Si no hay trabajo en las ciudades, el gobierno no tiene de donde sacar en ellas recursos con que hacer la guerra a la revolución. —Las familias de los revolucionarios, aunque sean nuestras familias, ayudan prácticamente al enemigo con el gasto de todo lo que consumen, que le paga al enemigo contribución. El gobierno, que ha de mantener su crédito hasta que se rinda, se verá obligado a surtir las ciudades hasta que las pueda ocupar con seguridad la revolución. El miramiento por las familias de las ciudades, que son los mejores campamentos del enemigo, no puede ser razón, en revolucionarios honrados, para herir de muerte a la revolución, abasteciendo en las ciudades a los campamentos enemigos, —y permitiéndole que la paz de las ciudades desacredite y rebaje la revolución. —Por esas razones, todo descuido en el sitio constante de las ciudades, no es menos que traición.

Caminos, ferrocarriles y telégrafos. —Con el uso de los ferrocarriles, el enemigo saca dos ventajas: —mantiene corrientes las grandes riquezas del país, que le dan recursos con que hacernos la guerra, —y tiene un modo rápido de mover las fuerzas, sin los peligros y la dilación de los caminos, y sin las enfermedades y los obstáculos de la marcha: todos los ferrocarriles deben estar constantemente fuera de uso, para que el enemigo no pueda mover sus fuerzas con una ventaja que no tiene la revolución, —y para que la riqueza del país no tenga recursos que dar al gobierno, y se convenza de que el gobierno es impotente para protegerla, y la revolución es bastante fuerte para impedirle

que trabaje.

Con el telégrafo, el enemigo iguala todas las ventajas que da al cubano el hacer la guerra en su propio país: el telégrafo es el práctico, el denunciante y el espía: continuamente han de estar las líneas por tierra, de modo que sea imposible repararlas.

—Los caminos pueden ser el mejor auxilio de la revolución, si se atiende bien a este ramo de la guerra. Los transeúntes que pasan por los caminos sin hallarse con nuestras fuerzas, o las recuas y carretas que los andan sin ser molestados, van por todas partes publicando que la revolución no tiene fuerzas con que guardar los caminos, o que sus jefes y oficiales son tan desidiosos y torpes que permiten al enemigo el uso Ubre e insolente de sus campos. Pero si se impide, sin perder una ocasión, el paso de provisiones por el camino, y los que lo andan ven a nuestras fuerzas u oyen de ellas, se aumenta el respeto del enemigo y del país por la revolución, se le enseña diariamente que la guerra es fuerte y vigilante, y se mantiene a la comarca agitada con la guerra, y se corta la entrada de recursos a las ciudades. —La revolución debe estar dondequiera que se la deba esperar, y así gana fuerza. La revolución no debe dejar nunca de enseñarse donde se espera que esté, y donde es su deber estar, —porque, si no, pierde crédito y fuerza. —Dejar en uso al ferrocarril, es igual al delito de transportar las fuerzas enemigas: dejar en pie el telégrafo, es lo mismo que servir de práctico al enemigo: dejar de vigilar los caminos, y permitir paso libre a carretas y recuas, es confesar que la revolución no tiene fuerzas ni inteligencia con que combatir al enemigo. Es indispensable destruir el telégrafo, mantener interrumpidos los ferrocarriles, y tener siempre bajo vigilancia los caminos.

El buen trato a los habitantes del país, cubanos y españoles, es otro recurso poderoso de guerra; y el que por el maltrato o el despojo innecesario de los pacíficos espante de los campos a los pobladores que pueden ser ayuda continua de la revolución, u obligue a familias o a sus hombres a irse al enemigo por justo rencor, o en busca de amparo, es culpable del delito de complicidad con el enemigo. La guerra no podría vencer sin el cariño y la ayuda de los pacíficos: los pacíficos fieles a Cuba son nuestros almacenes, nuestras avanzadas permanentes y nuestros hospitales, y los debemos cuidar y respetar como se cuidan y se respetan esos servicios; así como debemos acabar de raíz con los que de cualquier modo ayuden a España, o den albergue y servicios a sus tropas. El peor enemigo de Cuba es el que por su abuso o su maltrato le quita a Cuba servidores, y se los da a España. La guerra tiene derecho a satisfacer sus necesidades legítimas, que son dos: privar al enemigo de toda especie de recursos, —y atender a su alimentación, vestuario y provisión de armas y municiones. Puede tomar la guerra lo que verdaderamente necesite: porque lo que se lleva innecesariamente es un robo a

la revolución, que va a seguir necesitándolo, —y porque cada abuso que se comete es un soldado más que se da al gobierno español. Es indispensable que el país ame la revolución, que la vea sin miedo, que la vea llegar con gusto a sus puertas, en la seguridad de que no le llevará más que aquello a que le reconoce derecho porque le está defendiendo los suyos. La naturaleza humana, y en especial la dignidad cubana, aborrece el abuso, y a los que lo cometen. Los Jefes y Oficiales castigarán, como el delito de abrir banderín para el enemigo, a cuantos abusen de la buena voluntad de los pacíficos leales, o consuman y destruyan los alimentos que no necesiten o desagraden y ofendan a los cubanos y españoles que nos ayuden.

La práctica en los servicios de la guerra es indispensable también para vencer. Con hombres precisos, dispuestos a todas horas para todo, con el corazón más alegre mientras más difícil es el empleo que se les da, con su arma limpia y su caballo entero y pronto, se pueden intentar en la guerra las sorpresas y las improvisaciones que son imposibles con hombres que no encajan de prisa y bien en su puesto, como las diferentes piezas de un arma a la hora de montarla. La hora de acción no es hora de aprender. Es preciso haber aprendido antes. Es preciso tener a los hombres disciplinados, que es tenerlos dispuestos a prestar servicios a una voz, sin perder en preparativos, confusiones y torpezas el tiempo que se ha de emplear en caer silenciosamente sobre el enemigo. Los hombres sueltos, con demasiado tiempo a su disposición, sin trabajos de guerra que los acostumbren a estar listos para ellos, sin el hábito del deber a horas fijas, y de atención rápida a las órdenes que reciben, no sirven bien a la patria, ni le pueden dar el ejército sazonado y seguro que necesita para arrancar su independencia a un enemigo que tiene todas esas condiciones. A un enemigo no se le puede vencer si no se tienen las mismas cualidades que él tiene, o más. Un ejército de hombres descuidados y voluntariosos, un ejército indisciplinado, no puede vencer a un ejército donde todos los hombres tienen la costumbre de ir a la vez a un mismo objeto, montar a los caballos de un mismo salto, de manejar sus armas con facilidad e igualdad, de obedecer la orden al instante en que se recibe, —un ejército disciplinado. Disciplina quiere decir orden, y orden quiere decir triunfo. Puesto que el cubano hace a su patria la ofrenda de su vida, hágala bien, y dele la vida de modo que le sirva, por el orden de sus servicios, en vez de serle inútil, o dañar, por su desorden y torpeza en el instante de defenderla. —La mejor disciplina es el empleo incesante contra el enemigo.

Las propiedades de los que nos respeten y sirvan serán respetadas, siempre que su servicio a la revolución sea tal que permita excusarles su contribución forzosa al enemigo; pero deben destruirse las propiedades donde se albergue o provea, o pueda albergarse o proveerse, el enemigo, y cuanto le valga como posición o ayuda. La guerra debe desde hoy conducirse de modo que no se cause en ella destrucción innecesaria, y de mera venganza o rencor, sino que

cada acto de destrucción esté justificado por la utilidad que el enemigo saque de lo que se destruye, o por la enemistad excesiva e irreconciliable de los dueños. Las propiedades extranjeras deben ser tratadas con especial benignidad, siempre que no den auxilio conocido y voluntario al enemigo, en cuyo caso son instrumentos de él, y deben ser tratados como tales.

Los españoles deben ser tratados de manera que en todo lo que haga o diga la revolución puedan ver el deseo sincero de que los españoles útiles y respetuosos vivan en paz en Cuba, y en el goce de sus bienes, después de la libertad. Se tratará como a enemigos a los que como a enemigos nos traten; pero debe dejárseles ver bien que pueden ser nuestros amigos, si desean serlo. Como el ejército español de hoy tiene muchos soldados jóvenes, y de idea liberal, que están en la tropa contra su deseo, debe ponerse cuidado en hacer saber a los quintos, por quien pueda acercárseles; que los cubanos ven con pena la necesidad de hacerles fuego, y que en vez de servir a la monarquía que los sacó de sus casas y les roba la libertad, pueden venir sin miedo a las filas de la libertad, que son las cubanas, a ganar puesto desde hoy en la tierra que después del triunfo los verá como a sus hijos, y les pagará dándoles modo de vivir en ella felizmente.

Esos principios deben regir los actos todos de los Jefes y Oficiales, y ninguno debe ir contra ellos. En esos principios están todos los derechos que la civilización permite a la guerra: todos los medios de que se puede valer para proveerse y privar al enemigo de recursos, y todas las obligaciones de vigilancia, y acción incesante contra el enemigo, que la guerra tiene inmediatamente que cumplir.

No es posible que la guerra continúe reducida a encuentros casuales sin un plan común. No es posible que la impunidad con que las ciudades se están abasteciendo desmienta al mundo diariamente que en los campos de Cuba pelea un ejército valeroso. No es posible que el ejército cubano se desorganice por la falta de ocupación, mientras el enemigo llena de provisiones sus campamentos, campea sin ser perseguido en los caminos, y descansa en la estación de las lluvias para atacarnos en masa, cuando esté repuesto y aclimatado. Y es indispensable que, como sistema continuo en la guerra, haya siempre en las cercanías de las ciudades, fuerzas ligeras, compuestas de hombres escogidos y honrados, que impidan, sin escape ni perdón, toda entrada de provisiones a las ciudades.

Es indispensable que pequeñas fuerzas, diestras en hacerse sentir sin exponerse a dificultades, vigilen los caminos, como avanzadas permanentes, enseñando la guerra, de modo que la vean y la oigan sin cesar, por donde quiera que pueda ir noticia de ella a las ciudades, —recogiéndola, y trayendo al vuelo, todas las noticias importantes que sepan del enemigo; e impidiendo, donde quiera que se intente, todo trabajo de que el enemigo pueda sacar

ventaja, o los que están con él.

Es indispensable que esas fuerzas ligeras mantengan perpetuamente interrumpidos los telégrafos y ferrocarriles.

Es indispensable que, por esos medios y cuantos más ocurran, se tenga siempre a las ciudades en estado de sitio, privadas de recursos, y alarmadas sin cesar con nuestra cercanía y el efecto de nuestra persecución.

Es indispensable, para estos fines y la marcha general de la guerra, que los Jefes y Oficiales disciplinen a sus fuerzas, acostumbrándolas a hacer bien y al mando los servicios de guerra, y a adquirir la inteligencia viva, la obediencia pronta, el reparto del trabajo, el conocimiento del arma, el buen uso del caballo, y la acción rápida, y de todos a la vez, que aseguran en los encuentros más apurados, la salvación, y logran, aun con fuerzas menores la victoria.

Así, ocupados verdaderamente los campos, destruidas las vías de comunicación, vigilados siempre los caminos, sorprendidos con esa recorrida incesante los movimientos del contrario, reducidas al pánico y a la escasez las ciudades; y bien disciplinado y preparado el Ejército Libertador, —podrá mover sus fuerzas, cuando sea necesario, con la grandeza y rapidez con que en su día han de operar para arrancar al enemigo la independencia de Cuba. —Si no, si no hacemos todo eso, todos a la vez, daremos prueba por falta de sistema, a pesar de nuestro heroísmo, de ser incapaces de conquistarla. Lo cual no será, —porque en el pueblo cubano es tan grande la inteligencia como el valor. Tenemos ya las fuerzas suficientes para el triunfo, tenemos Jefes y Oficiales heroicos, tenemos fuerzas de bravura y de resignación invencibles, tenemos el cariño y la ayuda del país. Movámonos con orden, y con ese plan fijo, sin una falla sola, y habremos colocado pronto entre las naciones libres la bandera de Cuba.

[El Delegado] — [El General en Jefe]

[José Martí] — [Máximo Gómez]

**

AL GENERAL BARTOLOMÉ MASÓ

C. General Bartolomé Masó

Muy estimado general y amigo: Para seis días va ya que andamos buscándolo, con muy cariñoso deseo, y mucha necesidad patriótica de verlo, en estas tierras de donde creímos que andaría cerca; y ahora envía al General nuevo correo y la cuarta de nuestras esquelas, a anticiparle un abrazo y reiterarle la urgencia de que en la marcha de avance de la revolución, que ya demora, y ya puede empezar, esa estación principal, y de resonancia inmediata y decisiva, el paso de las fuerzas que de la guía de Vd. han merecido atención

y fama especiales. Esta es, a la vez, justicia, utilidad pública, y satisfacción de afecto. Ya debe y puede terminar, en este renuevo poderoso de la guerra, el primer período confuso de agregación de las fuerzas; y este núcleo de Vd., y la significación histórica que ya tiene, son base natural, y ocasión de arranque, sobre lo que dejamos atrás, del período nuevo de organización total y suficiente. He visto, —y sólo eso nos falta: concebir en conjunto, poner todos los detalles al fin general, y empezar ya desde las raíces la arremetida, en que, por la historia y la situación, ha de tocar tan brillante parte inicial a las fuerzas que juntó su prestigio, y en que le ayudan tan distinguidos jefes. —Ya, al lado de Vd., se puede ensanchar la obra, y decir algo más al país, sin cesar de andar.

A esas ideas públicas, de que el General y yo hablamos sin cesar, he de unir un muy vivo deseo mío de responder en persona a la carta y estimación de un hombre en quien veo enteras la abnegación y la república de nuestros primeros padres, —y la energía moral que cerró el paso a las debilidades, y al impúdico consejo, en estos primeros meses delicados de nuestra resurrección. —Ni la labor que hemos venido sembrando y juntando me parecerá bien adelantada, hasta dar con Vd.; ni yo me daré premio más grato y apetecido que dejarle sentir en el calor de mi mano todo el cariño con que lo verá, y el anhelo con que ha deseado este encuentro urgente, su amigo y estimador

José Martí

Dos Ríos, 15 de mayo de 1895

**

A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos,

18 de mayo de 1895

Señor Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir: ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quieto, y a esa casa que es mía, y orgullo y obligación; ya estoy todos los cuas en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias p^a alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, —como ese de Vd., y mío, —más

vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal q. los desprecia, —les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald, q. me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de Celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país, —la masa inteligente y creadora de blancos y negros. ¿Y de más me habla el corresponsal del Herald, Eugenio Bryson?: —de un sindicato yankee, —que no será, —con garantía de las Aduanas, hartas empeñadas con los rapaces blancos españoles, p^a q. quede asidero a los del Norte, —incapacitado afortunadamente, por su entabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra del gobierno. Y de más me habló Bryson, —aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución, —el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español, —y la incapacidad de España p^a allegar, en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, q. en la vez anterior sólo sacó de Cuba. —Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender este q. sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los E. Unidos a rendir la Isla a los cubanos. —Y aún me habló Bryson mis: de un conocido nuestro, y de lo q. en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, p. cdo. el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México. Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarían de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana. —Y México —¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría

hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quien la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país: p^o estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodados. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle, —alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar, conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas q. antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor, pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, —la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas: y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. —Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece. Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto q. le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es este y que alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta mis sobre el papel de carta y de periódico que llena al día![...]

Hay afectos de tan delicada honestidad.

**

AL GENERAL MÁXIMO GÓMEZ

[Dos Ríos] 19 mayo [de 1895]

General:

Como a las 4 salimos, p^a llegar a tiempo a la Vuelta adonde pasó desde las 10 la fuerza de Masó, a acampar, y reponer su muy cansada caballería: — desde anoche llegaron. —No estaré tranquilo hasta no verlo llegar a Vd. —Le llevo bien cuidado el jolongo. —La fuerza, aunque sin animales útiles, hubiera querido salir a seguirlo, en la busca del convoy; p^o temían confundirse en idas y venidas, en vez de serle útil. —Mucho ha violentado a Masó el viaje inútil a la Sabana. —

Su

J. Martí

Freeditorial 

¿Te gustó este libro?

Para más eBooks GRATUITOS visita freeditorial.com/es